

El Placer de la Revolución¹

Ken Knabb

1997

¹Traducción de Luis Navarro revisada por Ken Knabb.

Índice general

1. Cosas de la vida	1
1.1. Utopía o quiebra	1
1.2. “Comunismo” estalinista y “socialismo” reformista son simples variantes del capitalismo	1
1.3. Democracia representativa versus democracia delegativa	3
1.4. Irracionalidades del capitalismo	4
1.5. Revueltas modernas ejemplares	5
1.6. Algunas objeciones comunes	6
1.7. El dominio creciente del espectáculo	8
2. Excitación preliminar	9
2.1. Descubrimientos personales	9
2.2. Intervenciones críticas	10
2.3. Teoría versus ideología	11
2.4. Evitar falsas opciones y elucidar las verdaderas	11
2.5. El estilo insurreccional	12
2.6. Cine radical	13
2.7. Opresionismo versus juego	14
2.8. El escándalo de Estrasburgo	15
2.9. La miseria de la política electoral	16
2.10. Reformas e instituciones alternativas	17
2.11. Corrección política, o igualdad en la alienación	19
2.12. Inconvenientes del moralismo y del extremismo simplista	19
2.13. Ventajas de la audacia	21
2.14. Ventajas y límites de la noviolencia	21
3. Momentos decisivos	24
3.1. Causas de las brechas sociales	24
3.2. Convulsiones de postguerra	25
3.3. Efervescencia de situaciones radicales	26
3.4. Autoorganización popular	28
3.5. El FSM	28
3.6. Los situacionistas en mayo de 1968	29
3.7. El obrerismo está obsoleto, pero la posición de los trabajadores sigue siendo pivotal	30
3.8. Huelgas salvajes y ocupaciones	32
3.9. Huelgas de consumo	33
3.10. Lo que pudo suceder en mayo de 1968	34
3.11. Métodos de confusión y cooptación	34
3.12. El terrorismo refuerza el Estado	35
3.13. El momento decisivo	36
3.14. Internacionalismo	38
4. Renacimiento	40
4.1. Los utópicos no prevén la diversidad postrevolucionaria	40
4.2. Descentralización y coordinación	41
4.3. Salvaguardas contra abusos	42
4.4. Consenso, dominio de la mayoría y jerarquías inevitables	43
4.5. Eliminar las raíces de la guerra y el crimen	45

4.6. Abolición del dinero	46
4.7. Absurdo de la mayor parte del trabajo actual	48
4.8. Transformar el trabajo en juego	48
4.9. Objeciones tecnofóbicas	50
4.10. Temas ecológicos	53
4.11. El florecimiento de comunidades libres	54
4.12. Problemas más interesantes	55

Capítulo 1

Cosas de la vida

“Sólo podemos comprender este mundo cuestionándolo como un todo. . . La raíz de la ausencia de imaginación dominante no puede entenderse a menos que seamos capaces de imaginar lo que falta, esto es, lo desaparecido, oculto, prohibido y ya posible en la vida moderna”.

Internationale Situationniste¹

1.1. Utopía o quiebra

Nunca se ha dado en la historia un contraste tan deslumbrante entre lo que podría ser y lo que se da realmente.

Basta hoy examinar todos los problemas del mundo —la mayoría de los cuales son bien conocidos y meditar sobre ellos no tiene normalmente otro efecto que hacernos menos sensibles a su realidad. Pero aunque seamos “lo bastante estoicos para soportar las desgracias de los demás”, a la larga el deterioro social presente nos afecta a todos. Quienes no padecen la represión física directa aún tienen que soportar las represiones mentales impuestas por un mundo cada vez más mediocre, estresante, ignorante y feo. Quienes escapan de la pobreza económica no pueden escapar del empobrecimiento general de la vida.

Ni siquiera a este nivel mezquino puede ya continuar la vida. La destrucción del planeta por el desarrollo mundial del capitalismo nos ha llevado a un punto en que la humanidad puede extinguirse en pocas décadas.

Y sin embargo este mismo desarrollo ha hecho posible abolir el sistema de jerarquía y explotación basado previamente en la escasez material e inaugurar una forma nueva y genuinamente liberada de sociedad.

Saltando de un desastre a otro en su camino a la demencia colectiva y el apocalipsis ecológico, este sistema ha desarrollado un impulso que está fuera de control, incluso para sus supuestos dueños. Cuanto más nos aproximamos a un mundo en el que no somos capaces de abandonar nuestros ghettos fortificados sin vigilantes armados, ni salir a la calle sin aplicarnos protección solar para no coger un cáncer de piel, es más difícil tomar en serio a quienes nos aconsejan mendigar unas cuantas reformas.

Lo que hace falta, creo, es una revolución democrática-participativa mundial que aboliría tanto el capitalismo como el estado. Admito que es mucho pedir, pero me temo que no bastará con ninguna otra solución de menor alcance para llegar a la raíz de nuestros problemas. Puede parecer absurdo hablar de revolución, pero todas las alternativas asumen la continuación del actual sistema, que es aún más absurdo.

1.2. “Comunismo” estalinista y “socialismo” reformista son simples variantes del capitalismo

Antes de entrar en lo que esta revolución debe suponer y responder a algunas objeciones típicas, hay que subrayar que no tiene nada que ver con los estereotipos repugnantes que evoca normalmente la palabra (terrorismo, venganza, golpes de estado, líderes manipuladores que predicán el autosacrificio,

¹“Geopolítica de la hibernación”, *Internationale Situationniste*, §7, pág. 10.

militantes zombies entonando eslóganes políticamente correctos). Particularmente no debería confundirse con los dos fracasos principales del cambio social moderno, “comunismo” estalinista y “socialismo” reformista.

Después de décadas en el poder, primero en Rusia y después en muchos otros lugares, ha llegado a ser obvio que el estalinismo es el opuesto total de una sociedad liberada. El origen de este fenómeno grotesco es menos obvio. Trotskistas y otros han tratado de distinguir el estalinismo del antiguo bolchevismo de Lenin y Trotsky. Es verdad que existen diferencias, pero son más de grado que de tipo. *El Estado y la Revolución* de Lenin, por ejemplo, presenta una crítica más coherente del estado que la que puede encontrarse en la mayoría de los escritos anarquistas; el problema es que los aspectos radicales del pensamiento de Lenin acabaron disfrazando la actual práctica autoritaria bolchevique. Situándose al lado de las masas que afirmaba representar, y con una jerarquía interna correspondiente entre los militantes del partido y sus líderes, el partido bolchevique ya se encaminaba a la creación de las condiciones para el desarrollo del estalinismo cuando Lenin y Trotsky tenían todavía firmemente el control².

Pero debemos tener claro lo que falló si queremos hacerlo mejor. Si socialismo significa plena participación de la gente en las decisiones sociales que afectan a sus propias vidas, no ha existido ni en los regímenes estalinistas del Este ni en los estados del bienestar del Oeste. El reciente colapso del estalinismo no es ni una vindicación del capitalismo ni una prueba del fracaso del “comunismo marxista”. Cualquiera que se haya molestado en leer a Marx (la mayor parte de sus elocuentes crítico obviamente no) sabe que el leninismo representa una severa distorsión del pensamiento marxista y que el estalinismo es su parodia total. Tampoco la propiedad estatal tiene nada que ver con el comunismo en su auténtico sentido de la propiedad común, comunal; es simplemente un tipo diferente de capitalismo en el que la propiedad de la burocracia del estado reemplaza a (o se combina con) la propiedad privada corporativa.

Desde hace mucho tiempo el espectáculo de la oposición entre estas dos variedades de capitalismo oculta su reforzamiento mutuo. Los conflictos serios se limitan entre ellas a batallas por delegación en el Tercer Mundo (Vietnam, Angola, Afganistán, etc.). Ninguna de las partes lleva a cabo un intento real de golpear al enemigo en su mismo corazón. (El Partido Comunista Francés saboteó la revuelta de mayo del 68; los poderes occidentales, que han intervenido masivamente en lugares donde no se lo habían pedido, rechazó enviar ni siquiera las pocas armas antitanques que necesitaban desesperadamente los insurgentes húngaros de 1956). Guy Debord señaló en 1967 que el capitalismo de estado estalinista se había revelado ya simplemente como un “pariente pobre” del clásico capitalismo occidental y que su caída estaba empezando a privar a los dominadores del Oeste de la pseudo-oposición que los reforzaba aparentando representar la única alternativa a su sistema. “La burguesía está en el trance de perder el adversario que objetivamente la apoyaba aportando una unificación ilusoria de toda la oposición al orden existente”. (*La sociedad del espectáculo*, §110–111).

Aunque los líderes del Oeste fingieron dar la bienvenida al reciente colapso estalinista como una victoria natural de su propio sistema, ninguno de ellos lo había visto venir y no tienen obviamente idea de qué hacer con los problemas que esto plantea excepto sacar partido de la situación antes de que se desmorone. Las corporaciones multinacionales monopolísticas que proclaman el “comercio libre” como una panacea son muy conscientes de que el capitalismo de libre mercado habría reventado hace tiempo por sus propias contradicciones si no hubiera sido salvado a pesar de sí mismo mediante unas cuantas reformas pseudo-socialistas estilo New Deal.

Como los situacionistas han mostrado, la burocratización de los movimientos radicales, que degradó a la gente al nivel de simples seguidores constantemente “traicionados” por sus líderes, está ligada a la *espectacularización* creciente de la sociedad capitalista moderna, que ha reducido a las personas a la condición de simples espectadores de un mundo sobre el que no tienen control —un desarrollo que ha llegado a ser cada vez más notorio, aunque normalmente no se entiende de modo suficiente.

Tomadas en conjunto, todas estas consideraciones apuntan a la conclusión de que sólo puede crearse una sociedad liberada mediante la participación activa de la gente como un todo, no mediante organizaciones jerárquicas que actúan supuestamente en su beneficio. No se trata de elegir a los líderes más honestos o “responsables”, sino de evitar conceder un poder independiente a cualquier líder que sea el que sea. Individuos o grupos pueden iniciar acciones radicales, pero una porción sustancial y rápidamente extendida de la población debe tomar parte si un movimiento pretende conducir a una sociedad nueva y no ser simplemente un golpe de estado que instale nuevos dominadores.

²Véase Maurice Brinton: *The Bolsheviks and Workers' Control: 1917-1921*, Voline: *The Unknown Revolution*, Ida Mett: *the Kronstadt Uprising*, Paul Avrich: *Kronstadt 1921*, Peter Arshinov: *History of the Makhnovist Movement*, y Guy Debord: *La sociedad del espectáculo* §98–113. Existe también la edición impresa de Castellote Editores (Madrid, 1978).

1.3. Democracia representativa versus democracia delegativa

No repetiré todas las clásicas críticas socialistas y anarquistas del capitalismo y el estado. Son ampliamente conocidas, o al menos ampliamente accesibles. Pero para acabar con algunas de las confusiones de la retórica política tradicional puede ser útil resumir los tipos básicos de organización social. En atención a la claridad, comenzaré examinando separadamente aspectos “políticos” y “económicos”, aunque están obviamente interrelacionados. Es tan fútil tratar de igualar las condiciones económicas de la gente mediante una burocracia de estado como lo es intentar democratizar la sociedad mientras el poder del dinero permite a una minúscula minoría controlar las instituciones que determinan la conciencia de la realidad social de la gente. Puesto que el sistema funciona como un todo sólo puede ser cambiado fundamentalmente como un todo.

Comenzando con el aspecto político, podemos distinguir de forma aproximativa cinco grados de “gobierno”:

1. Libertad sin restricción
2. Democracia directa
 - a) Consenso
 - b) Dominio de la mayoría
3. Democracia delegativa
4. Democracia representativa
5. Dictadura abierta de una minoría

La sociedad actual oscila entre 4 y 5, es decir, entre el dominio abierto de la minoría y el dominio encubierto de la minoría camuflado por una fachada de democracia simbólica. Una sociedad liberada debe eliminar 4 y 5 y reducir progresivamente la necesidad de 2 y 3.

Discutiré más tarde los dos tipos de 2. Pero la distinción crucial está entre 3 y 4.

En la democracia representativa la gente abdica de su poder en beneficio de candidatos elegidos. Los principios proclamados por los candidatos se limitan a unas cuantas generalidades vagas, y una vez que han sido elegidos hay poco control sobre sus decisiones reales acerca de cientos de problemas —aparte de la débil amenaza de cambiar de voto, unos años más tarde, a cualquier rival político igualmente incontrolable. Los representantes dependen de los ricos mediante sobornos y aportaciones a la campaña; están subordinados a los propietarios de los medios de comunicación, que deciden qué temas consiguen publicidad; y son casi tan ignorantes y débiles como el público general en lo que respecta a muchos asuntos importantes que están determinados por burócratas y agencias secretas independientes. Los dictadores abiertos son a veces derrocados, pero los verdaderos dominadores en los regímenes “democráticos”, la pequeña minoría que posee o controla virtualmente todo, nunca ganan ni pierden el voto. La mayoría de la gente no sabe siquiera quiénes son.

En la democracia delegativa, los delegados son elegidos para propósitos determinados con muy específicas limitaciones. Pueden actuar estrictamente bajo mandato (encargados de votar de una cierta manera en un cierto asunto) o el mandato puede dejarse abierto (los delegados son libres de votar como mejor crean) reservándose la gente que los ha elegido el derecho a confirmar o rechazar cualquier decisión así tomada. Generalmente los delegados son elegidos para períodos muy cortos y están sujetos a revocación en todo momento.

En el contexto de las luchas radicales, las asambleas de delegados se han llamado normalmente “consejos”. La forma del consejo fue inventada por los trabajadores en huelga durante la revolución rusa de 1905 (soviets es la palabra rusa que significa consejo). Cuando los soviets reaparecieron en 1917, fueron sucesivamente apoyados, manipulados, dominados y cooptados por los bolcheviques, que pronto consiguieron transformarlos en parodias de sí mismos: sellos de caucho del “Estado Soviético” (el último soviét independiente que sobrevivió, el de los marineros de Kronstadt, fue aplastado en 1921). No obstante los consejos han continuado para reaparecer espontáneamente en los momentos más radicales de la historia subsiguiente en Alemania, Italia, España, Hungría y otros lugares, porque representan la solución obvia a la necesidad de una forma práctica de autoorganización popular no jerárquica. Y continúan recibiendo la oposición de todas las organizaciones jerárquicas, porque amenazan el dominio de las élites especializadas señalando la posibilidad de una sociedad de la autogestión generalizada: no la autogestión de unos cuantos detalles del sistema presente, sino la autogestión extendida a todas las regiones del globo y a todos los aspectos de la vida.

Pero como señalamos arriba, la cuestión de las formas democráticas no puede ser separada de su contexto económico.

1.4. Irracionalidades del capitalismo

La organización económica puede estudiarse desde la perspectiva del trabajo:

1. Totalmente voluntario
2. Cooperativo (autogestión colectiva)
3. Forzado y explotador
 - a) Abiertamente (trabajo de los esclavos)
 - b) Disfrazado (trabajo asalariado)

Y desde la perspectiva de la distribución:

1. Verdadero comunismo (accesibilidad totalmente libre)
2. Verdadero socialismo (propiedad y regulación colectivas)
3. Capitalismo (propiedad privada o estatal)

Aunque es posible regalar los bienes y servicios producidos por el trabajo asalariado, o aquellos producidos por el trabajo voluntario o cooperativo para convertirse en mercancías para el mercado, la mayor parte de estos niveles de trabajo y distribución tienden a corresponderse unos con otros. La sociedad actual es predominantemente 3: producción y consumo forzados de mercancías. Una sociedad liberada debe eliminar 3 y reducir 2 tan pronto como sea posible en favor de 1.

El capitalismo se basa en la producción de mercancías (producción de bienes para conseguir beneficios) y el trabajo asalariado (la propia fuerza del trabajo se compra y se vende como una mercancía). Como apuntaba Marx, hay menos diferencia entre el trabajador esclavo y el “libres” de lo que parece. Los esclavos, aunque no parecen recibir nada a cambio, son provistos de los medios de supervivencia y reproducción, por lo que los trabajadores (que se convierten en esclavos temporales en sus horas de trabajo) están obligados a pagar la mayor parte de su salario. El que algunos trabajos sean menos desagradables que otros, y que los trabajadores tengan el derecho nominal a cambiar de trabajo, emprender su propio comercio, comprar stocks o ganar a la lotería, encubren el hecho de que la inmensa mayoría de la gente está colectivamente esclavizada.

¿Cómo hemos llegado a esta absurda situación? Si retrocedemos lo suficiente, encontramos que en algún momento la gente fue desposeída por la fuerza: expulsada de la tierra y además privada de los medios para producir los bienes necesarios para la vida. (Los famosos capítulos sobre la “acumulación primitiva” de *El Capital* describen vívidamente este proceso en Inglaterra). En la medida en que la gente acepta esta desposesión como legítima, están obligados a un trato desigual con los “propietarios” (los que les han robado, o quienes han conseguido después títulos de “propiedad” de los ladrones originales) en el que intercambian su trabajo por una fracción de lo que realmente producen, siendo retenida la plusvalía por los propietarios. Esta plusvalía (capital) puede entonces reinvertirse para generar continuamente mayores plusvalías de la misma forma.

A efectos de distribución, una fuente pública de agua potable es un ejemplo simple de verdadero comunismo (accesibilidad ilimitada). Una biblioteca pública es un ejemplo de verdadero socialismo (accesibilidad libre pero regulada).

En una sociedad racional, la accesibilidad debería depender de la abundancia. Durante una sequía, el agua debe ser racionada. A la inversa, una vez que las bibliotecas estuviesen enteramente puestas on-line podrían llegar a ser totalmente comunistas: todos podrían tener acceso libre al instante a cualquier número de textos sin necesidad de fichar ni devolverlos, de seguridad contra ladrones, etc.

Pero esta relación racional está impedida por la persistencia de los intereses económicos separados. Por tomar el último ejemplo, pronto será técnicamente posible crear una “biblioteca” mundial en la que todos los libros escritos, todas las películas realizadas y todas las interpretaciones musicales grabadas podrían ponerse on-line, potencialmente accesibles a cualquiera, para recibir libremente y obtener copias (sin necesidad ya de tiendas, comercios, propaganda, empaquetado, transporte, etc.). Pero como esto eliminaría los beneficios actuales en la publicación, grabación y comercio de películas, se invierte mucha

más energía confeccionando complicados métodos para prevenir o cobrar las copias (mientras otros dedican la energía correspondiente ideando manera de soslayar tales métodos) que en desarrollar una tecnología que podría beneficiar potencialmente a todos.

Uno de los méritos de Marx fue el de superar las oquedades de los discursos políticos basados en principios abstractos filosóficos o éticos (“naturaleza humana” tal y cual, todo el mundo tiene un “derecho natural” a esto o aquello) mostrando cómo las posibilidades sociales y la conciencia social están limitadas y configuradas en alto grado por las condiciones materiales. La libertad en abstracto significa poco si casi todo el mundo tiene que trabajar todo el tiempo simplemente para asegurar su supervivencia. No es realista esperar que la gente sea generosa y cooperativa cuando apenas hay suficiente para todos (dejando de lado las condiciones drásticamente diferentes en que el “comunismo primitivo” floreció). Pero un excedente lo bastante grande abre posibilidades más amplias. La esperanza de Marx y otros revolucionarios de su tiempo estaba basada en el hecho de que los potenciales tecnológicos desarrollados por la revolución industrial aportaban finalmente bases materiales adecuadas para una sociedad sin clases. Ya no era cuestión de afirmar que las cosas “debían” ser diferentes, sino de indicar qué podría ser diferente; la dominación de clase no sólo es injusta, es ahora *innecesaria*.

¿Fue realmente necesaria siquiera en otros tiempos? ¿Acertaba Marx al ver el desarrollo del capitalismo y el estado como etapas inevitables, o podría ser posible una sociedad liberada sin este desvío penoso? Afortunadamente, ya no es preciso ocuparse de esta cuestión. Cualesquiera fuesen las posibilidades en el pasado, las condiciones materiales presentes son más que suficientes para sostener una sociedad global sin clases.

El más serio retroceso del capitalismo no es su injusticia cuantitativa —el mero hecho de que la riqueza esté desigualmente distribuida, de que los trabajadores no perciban el “valor” completo de su trabajo. El problema es que este margen de explotación (incluso si es relativamente pequeño) hace posible la acumulación privada del capital, que finalmente reorienta todo hacia sus propios fines, dominando y deformando todos los aspectos de la vida.

Cuanta más alienación produce el sistema, más energía social debe ser desviada sólo para mantenerlo en marcha —más publicidad para vender mercancías superfluas, más ideologías para tener a la gente embaucada, más espectáculos para tenerla pacificada, más policía y más prisiones para reprimir el crimen y la rebelión, más armas para competir con los estados rivales— todo lo cual produce más frustraciones y antagonismos, que deben ser reprimidos con más espectáculos, más prisiones, etc. Mientras este círculo vicioso continúe, las necesidades humanas reales serán sólo incidentalmente satisfechas, o ni siquiera lo serán en absoluto, al tiempo que casi todo trabajo se canaliza hacia proyectos absurdos, redundantes o destructivos que no sirven a otro propósito que mantener el sistema.

Si este sistema fuera abolido y los potenciales tecnológicos modernos fueran transformados y redirigidos apropiadamente, el trabajo necesario para cubrir las necesidades humanas se reduciría a un nivel tan trivial que podría ser fácil realizarlo voluntaria y cooperativamente, sin requerir incentivos económicos o el reforzamiento del estado.

No es difícil concebir la idea de una superación del poder jerárquico evidente. La autogestión puede verse como el cumplimiento de la libertad y la democracia que son los valores oficiales de las sociedades occidentales. A pesar del condicionamiento sumiso de la gente, cualquiera ha tenido momentos en que rechazaba la dominación y comenzaba a hablar o actuar por sí mismo.

Es mucho más difícil concebir la idea de una superación del sistema económico. La dominación del capital es más sutil y autoreguladora. Las cuestiones de trabajo, producción, bienes, servicios, intercambio y coordinación en el mundo moderno parecen tan complicadas que se acepta mayoritariamente la necesidad del dinero como mediación universal, encontrando difícil imaginar cualquier cambio más allá de la distribución de éste de un modo más equitativo.

Por esta razón pospondré la discusión en extenso de los aspectos económicos hasta más tarde, cuando sea posible entrar en ello más en detalle.

1.5. Revueltas modernas ejemplares

¿Es verosímil tal revolución? Las posibilidades están probablemente en contra. El principal problema es que no hay mucho tiempo. En épocas anteriores era posible imaginar que, a pesar de todas las locuras y desastres de la humanidad, podríamos salir del paso y quizás aprender finalmente de los errores del pasado. Pero ahora que las políticas sociales y los desarrollos tecnológicos tienen ramificaciones ecológicas globales irrevocables, no basta con seguir un método de ensayo y error. Tenemos sólo unas décadas para cambiar las cosas. Y como el tiempo pasa, la empresa se hace más difícil: el hecho de que los problemas

sociales básicos apenas son encarados, y mucho menos resueltos, fortalece cada vez más la desesperación y las tendencias delirantes a la guerra, el fascismo, el antagonismo étnico, el fanatismo religioso y otras formas de irracionalidad colectiva, desviando lo que podría potencialmente actuar en favor de una nueva sociedad en acciones de contención meramente defensiva y en última instancia fútiles.

Pero la mayoría de las revoluciones han ido precedidas de períodos en que todos se burlaban de la idea de que las cosas pudiesen cambiar. A pesar de muchas tendencias desalentadoras en el mundo, hay también algunos signos alentadores, el no menor de los cuales es el extendido desencanto con respecto a las falsas alternativas previas. Muchas revueltas populares de este siglo se han movido ya espontáneamente en la dirección correcta. No me refiero a las revoluciones “exitosas”, que son fraudes sin excepción, sino a esfuerzos menos conocidos, más radicales. Algunos de los ejemplos más notables son Rusia 1905, Alemania 1918–1919, Italia 1920, Asturias 1934, España 1936–37, Hungría 1956, Francia 1968, Checoslovaquia 1968, Portugal 1974–75 y Polonia 1980–81; muchos otros movimientos, desde la revolución mejicana de 1910 hasta la reciente lucha anti-apartheid en Sudáfrica, contuvieron también momentos ejemplares de experimentación popular antes de que fueran puestos bajo control burocrático.

Nadie que no haya analizado cuidadosamente estos movimientos está en disposición de rechazar las expectativas de revolución. Ignorarlas por su “fracaso” es no entender lo más importante³.

La revolución moderna es todo o nada: las revueltas individuales están condenadas a fracasar hasta que estalle una reacción internacional en cadena que se extienda más lejos de lo que la represión pueda abarcar. No es sorprendente que estas revueltas no fuesen más allá; lo que es estimulante es que fuesen tan lejos como lo hicieron. Un nuevo movimiento revolucionario tomará indudablemente formas nuevas e impredecibles; pero estos esfuerzos anteriores siguen llenos de ejemplos de lo que puede hacerse, tanto como de lo que no debe hacerse.

1.6. Algunas objeciones comunes

Se dice con frecuencia que una sociedad sin estado funcionaría si todos fuéramos ángeles, pero debido a la perversidad de la naturaleza humana es necesaria alguna jerarquía para mantener a la gente a raya. Más cierto sería decir que si todos fuéramos ángeles el sistema *presente* podría funcionar tolerablemente bien (los burócratas actuarían honestamente, los capitalistas se abstendrían de empresas socialmente dañinas aunque fuesen provechosas). Es precisamente porque las personas no son ángeles por lo que es necesario eliminar el sistema que permite a algunas de ellas llegar a ser diablos muy eficientes. Mete a cien personas en una pequeña habitación con un solo agujero de ventilación y se pelearán unos con los otros hasta la muerte por alcanzarlo. Déjalos salir y puede que manifiesten una naturaleza diferente. Como decía un graffiti de mayo de 1968, “El hombre no es ni el noble salvaje de Rousseau ni el pecador depravado de la Iglesia. Es violento cuando está oprimido, tierno cuando es libre”.

Otros sostienen que, cualesquiera que sean las causas profundas, la gente está ahora tan fastidiada que necesita ser curada psicológica o espiritualmente antes de que pueda concebir crear una sociedad liberada. En sus últimos años Wilhelm Reich sentía que una “plaga emocional” estaba tan firmemente incrustada en la población que llevaría generaciones de niños crecidos sanamente antes de que fuese capaz de la transformación social libertaria; y que mientras tanto uno debería evitar enfrentarse frontalmente al sistema puesto que esto removería el nido de avispas de la reacción popular ignorante.

Es cierto que las tendencias populares irracionales exigen algunas veces discreción. Pero aunque pueden ser poderosas, no son fuerzas irresistibles. Contienen sus propias contradicciones. Ceñirse a alguna

³“Las referencias superficiales de periodistas y gobernantes al ‘éxito’ o ‘fracaso’ de una revolución no significan nada por la simple razón de que desde las revoluciones burguesas *ninguna otra revolución ha sucedido todavía*: ninguna que haya abolido las clases. La revolución proletaria todavía no ha vencido en ninguna parte, pero el proceso práctico a través del cual su proyecto se manifiesta ya ha creado al menos diez momentos revolucionarios de importancia histórica que pueden ser llamados apropiadamente revoluciones. En ninguno de estos momentos se desarrolló completamente el *contenido total* de la revolución proletaria pero en cada caso se dio una interrupción fundamental del orden socioeconómico dominante y la aparición de nuevas formas y concepciones de vida real —fenómenos abigarrados que sólo pueden ser entendidos y evaluados en su significación conjunta, incluido su significado potencial futuro. . . La revolución de 1905 no derribó el régimen zarista, obtuvo sólo unas cuantas concesiones temporales de él. La revolución española de 1936 no suprimió formalmente el poder político existente: éste surgió, de hecho, fuera del alzamiento proletario iniciado para defender la República contra Franco. Y la revolución húngara de 1956 no abolió el régimen liberal-burocrático de Nagy. Entre otras limitaciones lamentables, el movimiento húngaro fue en muchos aspectos un alzamiento nacional contra la dominación extranjera; y este aspecto nacional-resistente jugó también un cierto papel, aunque menos importante, en el origen de la Comuna de París. La Comuna suplantó el poder de Thiers sólo dentro de los límites de París. Y el soviét de St. Petersburgo de 1905 ni siquiera tomó nunca el control de la capital. Todas las crisis mencionadas aquí como ejemplos, aunque deficientes en sus realizaciones prácticas e incluso en sus perspectivas, produjeron no obstante suficientes innovaciones radicales y pusieron a sus sociedades lo bastante severamente en jaque para ser llamadas legítimamente revoluciones”. (“El comienzo de una nueva era”, *Internationale Situationniste*, §12, págs. 13–14).

autoridad absoluta no es necesariamente un signo de fe en la autoridad; puede ser un intento desesperado de superar las dudas crecientes (la tensión convulsiva de un asimiento que resbala). Quienes se unen a bandas y a grupos reaccionarios, o caen en cultos religiosos o histeria patriótica, están buscando también un sentido de liberación, conexión, propósito, participación, poder sobre su vida. Como Reich mismo mostró, el fascismo da una expresión particularmente dramática y vigorosa a aquellas aspiraciones básicas, lo que sucede porque con frecuencia tiene un encanto más profundo que las vacilaciones, compromisos e hipocresías del progresismo y el izquierdismo.

A la larga la única forma de derrotar a la reacción es presentar expresiones más francas de estas aspiraciones, y oportunidades más auténticas de cumplirlas. Cuando los asuntos básicos son forzados a salir al dominio público, las irracionalidades que florecían bajo la tapa de la represión psicológica tienden a disminuir, como los bacilos de la enfermedad expuestos a la luz del sol y el aire fresco. En cualquier caso, incluso si no nos imponemos, existe alguna satisfacción en luchar por lo que realmente creemos, mayor que en caer en una posición de vacilación e hipocresía.

Existen límites a la medida en que uno puede liberarse (o criar niños liberados) dentro de una sociedad enferma. Pero aunque Reich estaba en lo cierto al señalar que la gente psicológicamente reprimida era menos capaz de imaginar la liberación social, falló al comprender en qué medida el proceso de revuelta social puede ser psicológicamente liberador. (¡Psiquiatras franceses dijeron haber registrado una caída significativa en el número de sus clientes entre las secuelas de mayo de 1968!).

La noción de democracia total eleva el espectro de la “tiranía de la mayoría”. Debemos reconocer que las mayorías pueden ser ignorantes y fanáticas, sin duda. Pero la única solución real es enfrentarse a esta ignorancia y este fanatismo e intentar superarlos. Mantener a las masas en la oscuridad (confiando en jueces progresistas para proteger las libertades civiles o en legisladores progresistas para adoptar discretamente algunas reformas progresivas) sólo conduce a la reacción popular cuando las cuestiones sensibles empiezan a ser públicas.

Examinados más en detalle, sin embargo, la mayor parte de los ejemplos de opresión de una minoría por una mayoría no se deben al dominio de la mayoría, sino al dominio encubierto de una minoría en el que la élite dominante juega con cualquier antagonismo radical o cultural que pueda darse para dirigir las frustraciones de las masas explotadas unas con otras. Cuando la gente tiene poder real sobre su propia vida tienen cosas más interesantes que hacer que perseguir minorías.

Así se evocan tantos abusos o desastres que podrían darse en una sociedad no jerárquica que sería imposible responder a todos ellos. La gente que resignadamente acepta un sistema que condena cada año a la muerte en guerras y hambrunas a millones de sus prójimos, y millones más a la prisión y a la tortura, se escandaliza ante la idea de que en una sociedad autogestionaria podrían darse *algunos* abusos, alguna violencia o coerción o injusticia, o incluso simplemente algunas inconveniencias temporales. Olvidan que no es necesario que un nuevo sistema social resuelva todos nuestros problemas; sino simplemente que los trate mejor de lo que lo hace el sistema actual —lo cual no es pedir demasiado.

Si la historia siguiera las opiniones complacientes de los comentaristas oficiales, nunca habría habido revoluciones. En cualquier situación dada hay siempre suficientes ideólogos dispuestos a afirmar que no es posible ningún cambio radical. Si la economía funciona bien, afirmarán que la revolución depende de las crisis económicas; si hay crisis económica, otros declararán con la misma confianza que la revolución es imposible porque la gente está demasiado ocupada haciendo malabarismos para vivir. Los primeros, sorprendidos por la revuelta de mayo de 1968, intentaron descubrir retrospectivamente la crisis invisible que según insiste su ideología debe haber estado allí. Los últimos sostienen que la perspectiva situacionista ha sido refutada por las peores condiciones económicas desde aquel tiempo.

En realidad, los situacionistas señalaron simplemente que el logro creciente de la abundancia capitalista había demostrado que la supervivencia garantizada no era un sustituto para la vida real. Los ascensos y descensos periódicos de la economía no cuestionan de ninguna manera esta conclusión. El hecho de que unos pocos en la cima de la sociedad hayan logrado reunir recientemente de modo gradual una parte aún mayor de la riqueza social, echando a la calle a un número cada vez mayor de personas y aterrorizando al resto de la población con la posibilidad de caer en la misma suerte, hace menos evidente la viabilidad de una sociedad de la post-escasez; pero los prerequisites materiales están ya presentes.

Las crisis económicas que evidenciaban que necesitábamos “reducir nuestras expectativas” fueron realmente causadas por la sobre-producción y la *falta* de trabajo. El absurdo más profundo del actual sistema es que el desempleo se ve como un problema, con las tecnologías potencialmente liberadoras del trabajo dirigidas hacia la creación de nuevos trabajos que reemplacen a los viejos que se han vuelto innecesarios. El problema no es que mucha gente no tenga trabajo, sino que mucha gente lo tiene todavía. Necesitamos ampliar nuestras expectativas, no reducirlas⁴.

⁴“No nos interesa oír hablar de los problemas económicos de los explotadores. Si la economía capitalista no es capaz de

1.7. El dominio creciente del espectáculo

Más serio que este espectáculo de nuestra supuesta falta de poder en el plano de la economía es el poder enormemente incrementado del propio espectáculo, que en años recientes se ha desarrollado hasta el punto de apalastar finalmente cualquier conciencia de historia pre-espectacular o de las posibilidades anti-espectaculares. Los *Comentarios a la sociedad del espectáculo* (1988) de Debord encaran este nuevo desarrollo en detalle:

El cambio de mayor importancia en todo lo que ha sucedido en los últimos veinte años reside en la continuidad misma del espectáculo. Esta importancia no se refiere al perfeccionamiento de su instrumentación por los media, que ya anteriormente había alcanzado un estadio de desarrollo muy avanzado; se trata simplemente de que la dominación espectacular ha educado a una generación sometida a sus leyes. . . La primera intención de la dominación espectacular fue erradicar todo el conocimiento histórico en general, empezando con toda información de lo que está sucediendo, o al menos de que olviden rápidamente todo aquello de lo que puedan haber llegado a ser conscientes. Lo más importante es lo más oculto. Nada en los últimos veinte años ha sido tan profundamente cubierto con las mentiras oficiales como mayo de 1968. . . El flujo de imágenes va arrollándolo todo, y siempre es otro quien controla este resumen simplificado del mundo perceptible, quien decide a dónde llevará el flujo, quien programa el ritmo de lo que es mostrado en una serie inacabable de arbitrarias sorpresas que no deja tiempo para la reflexión. . . separando todo lo que se muestra de su contexto, su pasado, sus intenciones y sus consecuencias. . . No es así sorprendente que los niños estén hoy comenzando su educación con una introducción entusiasta al Conocimiento Absoluto del lenguaje de los ordenadores mientras son cada vez más incapaces de leer. Porque leer requiere hacer juicios a cada línea; y como la conversación casi ha muerto (como lo harán pronto la mayoría de aquellos que sepan cómo conversar) la lectura es el único acceso que queda al vasto campo de la experiencia humana pre-espectacular.

En este texto he tratado de recapitular algunos puntos básicos que han sido sepultados bajo esta intensa represión espectacular. Si estos asuntos parecen banales a unos u oscuros a otros, pueden servir al menos para recordar que una vez fue posible, en aquellos tiempos primitivos de hace unas décadas, que la gente tuviese la singular noción pasada de moda de que podían entender y afectar su propia historia.

Aunque es incuestionable que las cosas han cambiado considerablemente desde los sesenta (en su mayor parte para peor), puede que nuestra situación no sea tan desesperada como parece a quienes engullen todo aquello con lo que el espectáculo los alimenta. A veces sólo hace falta una sacudida para romper el estupor.

Y aunque no hubiese garantía de una victoria final, tales rupturas son ya un placer. ¿Existe alguno mayor?⁵

satisfacer las demandas de los trabajadores, esto simplemente es una razón más para luchar por la nueva sociedad, en la que tengamos el poder de tomar nuestras propias decisiones sobre toda la economía y toda la vida social". (Trabajadores de las líneas aéreas portuguesas, 27 de octubre de 1974).

⁵En el título original —“The Joy of Revolution”— “Joy” participa tanto del sentido de *juego* como del de *placer*. Ken Knabb ironiza acerca de una serie de libros de divulgación para las masas muy populares en América con títulos como “The Joy of Sex”, “The Joy of Cooking”, “The Joy of Reading”, etc. (*Nota del traductor*).

Capítulo 2

Excitación preliminar

“El individuo no puede saber lo que él es realmente hasta que no se ha realizado mediante la acción... El *interés* que el individuo encuentra en un proyecto es ya la respuesta a la cuestión de si debe actuar o no y cómo”.

Hegel, *Fenomenología del espíritu*.

2.1. Descubrimientos personales

Más tarde trataré de responder a algunas objeciones comunes. Pero mientras los objetores permanezcan pasivos, ningún argumento del mundo los conmoverá, y continuarán entonando el viejo refrán: “Es una bonita idea, pero no es realista, va contra la naturaleza humana, siempre ha sido igual”. Quienes no realizan su propio potencial es improbable que reconozcan el potencial de los otros.

Parafraseando esa vieja oración llena de sentido, necesitamos la iniciativa para resolver los problemas que podamos, la paciencia para soportar los que no podamos resolver y la sabiduría para discernir la diferencia. Pero también necesitamos tener presente que algunos de los problemas que el individuo aislado no puede resolver pueden resolverse colectivamente. Descubrir que otros comparten el mismo problema es con frecuencia el principio de la solución.

Algunos problemas puede, por supuesto, resolverse individualmente, mediante métodos diversos que van desde terapias elaboradas o prácticas espirituales hasta simples decisiones de sentido común para corregir algún fallo, romper con algún hábito nocivo, probar alguna cosa nueva, etc. Pero no me ocupo aquí de los expedientes puramente personales, útiles aunque dentro de sus límites, sino de los momentos en que la gente se mueve “hacia fuera” en empresas deliberadamente subversivas.

Existen más posibilidades de lo que parece a simple vista. Una vez que se rechaza la intimidación, algunas de ellas son muy simples. Puedes comenzar por donde quieras. Pero hay que hacerlo por algún sitio —¿Crees que podrías aprender a nadar si nunca te tirases al agua?.

A veces es preciso un poco de acción para romper con la palabrería excesiva y restablecer una perspectiva concreta. No hace falta que sea algo trascendental; si no se presenta otra cosa, puede bastar alguna iniciativa arbitraria —suficiente para mover un poco las cosas y despertar.

Otras veces es necesario detenerse, romper la cadena de acciones y reacciones compulsivas. Aclarar el ambiente, crear un pequeño espacio libre de la cacofonía del espectáculo. Casi todos hacen esto ya en alguna medida, por simple autodefensa psicológica instintiva, practicando alguna forma de meditación, comprometiéndose periódicamente en alguna actividad que sirve efectivamente al mismo propósito (trabajar en el jardín, pasear, ir a pescar), o deteniéndose para tomar un respiro en medio de su rutina cotidiana, volviendo por un momento al “centro tranquilo”. Sin un espacio tal es difícil tener una perspectiva sana sobre el mundo, o conservar siquiera el propio juicio.

Uno de los métodos que yo he encontrado más útiles es escribir. El beneficio es en parte psicológico (algunos problemas pierden su poder sobre nosotros al ordenarse de modo que podamos verlos más objetivamente), en parte una cuestión de organización de nuestros pensamientos para ver los diferentes factores y opciones más claramente. A veces mantenemos nociones inconscientes sin llegar a ser conscientes de sus contradicciones hasta que intentamos ponerlas sobre el papel.

He sido criticado a veces por exagerar la importancia de la escritura. Reconozco, por supuesto, que muchos asuntos pueden tratarse de modo más directo. Pero incluso las acciones no verbales requieren

normalmente que se piense, se hable y se escriba acerca de ellas para llevarlas a cabo, comunicarlás, debatirlas y corregirlas eficazmente.

(En cualquier caso, no pretendo ocuparme de todos los asuntos; sólo abordo algunos puntos acerca de los cuales siento que tengo algo que decir. Si piensas que he pasado por alto algo importante, ¿por qué no lo haces tú mismo?).

2.2. Intervenciones críticas

Escribir te permite desarrollar tus ideas a tu propio ritmo, sin preocuparte por tu habilidad oratoria o tu miedo al público. Puedes expresar una idea de una vez por todas en lugar de tener que repetírtela constantemente. Si hace falta discreción, un texto puede lanzarse anónimamente. La gente puede leerlo a su propio ritmo, pararse y pensar sobre él, volver atrás y revisar puntos específicos, reproducirlo, adaptarlo, recomendarlo a otros, etc. El discurso hablado puede generar una reacción más rápida y precisa, pero puede también dispersar tu energía, impedirte concentrar y ejecutar tus ideas. Quienes son esclavos de la misma rutina que tú tienden a resistir a tus esfuerzos por escapar porque tu éxito desafiaría su propia pasividad.

A veces lo mejor que puedes hacer para provocar mejor a estas personas es simplemente dejarlas atrás y seguir tu propio camino. Al ver tu progreso, algunas de ellas dirán: “¡Hey, espérame!”. O desplazar el diálogo a un plano diferente. Una carta fuerza tanto a quien la escribe como a quien la recibe a desarrollar sus ideas más claramente. Las copias a otras personas implicadas pueden avivar la discusión. Una carta abierta puede atraer el interés de más gente.

Si has logrado crear una reacción en cadena en la cual cada vez más gente lee tu texto porque ven que otros lo leen y lo discuten acaloradamente ya no será posible para nadie fingir que no es consciente de los temas que has planteado¹.

Supongamos, por ejemplo, que criticas a un grupo por ser jerárquico, por permitir que un líder tenga poder sobre otros miembros (o seguidores o fans). Una conversación privada con uno de los miembros puede encontrarse simplemente con una serie de reacciones defensivas contradictorias con las que es infructuoso argumentar. (“No, él no es realmente nuestro líder. Y si lo es, no es autoritario. Y además, ¿qué derecho tienes tú a criticar?”). Pero una crítica pública obliga a sacar esas contradicciones y pone a la gente ante un fuego cruzado. Mientras un miembro niega que el grupo sea jerárquico, un segundo puede admitir que lo es e intentar justificar esto atribuyendo al líder una perspicacia superior. Esto puede hacer pensar a un tercer miembro.

Al principio, molestos de que hayas perturbado su pequeña y cómoda tertulia, es probable que el grupo cierre filas alrededor del líder y denuncie tu “negatividad” o “arrogancia elitista”. Pero si tu intervención ha sido lo bastante aguda puede llegar a calar y tener un impacto tardío. El líder tiene que andarse con cuidado puesto que todos son más sensibles a cualquier cosa que pueda parecer confirmar tu crítica. Para demostrar lo injustificada que estaba, puede que los miembros insistan en una mayor democratización. E incluso si el grupo particular se muestra impermeable al cambio, su ejemplo puede servir como lección para un público más amplio. Otras personas que no estén comprometidas y que, sin tu crítica, habrían cometido tal vez errores similares pueden ver más fácilmente la pertinencia de tu crítica porque tienen menos investidura emocional en el grupo.

Normalmente es más efectivo criticar instituciones e ideologías que atacar a los individuos que se encuentran simplemente implicados en ellas —no sólo porque la máquina es más importante que sus partes reemplazables, sino porque este enfoque hace más sencillo para los individuos salvar la cara disociándose ellos mismo de la máquina.

Pero por muy diplomático que seas, casi toda crítica significativa sea cual sea provocará probablemente reacciones defensivas irracionales, que van desde los ataques personales sobre ti a las invocaciones de una u otra ideología de moda para demostrar la imposibilidad de cualquier consideración racional de los problemas sociales. La razón es denunciada como fría y abstracta por demagogos que encuentran más fácil jugar con los sentimientos de la gente; la teoría es despreciada en nombre de la práctica.

¹La difusión por parte de la Internacional Situacionista de un texto denunciando una asamblea internacional de críticos de arte en Bélgica fue un bello ejemplo de esto: “Se enviaron copias a un gran número de críticos o se les entregó personalmente. A otros se les telefoneó y se les leyó el texto completo o en parte. Un grupo forzó su entrada en el Club de Prensa donde los críticos estaban siendo recibidos y tiró los panfletos entre la audiencia. Otros fueron arrojados a las aceras desde las ventanas de las escaleras o desde un coche. . . En resumen, se dieron todos los pasos necesarios para no dar ninguna posibilidad a los críticos de ser inconscientes de la existencia del texto”.

2.3. Teoría versus ideología

Teorizar es simplemente tratar de entender lo que hacemos. Todos somos teóricos al discutir honestamente sobre lo que sucede, distinguir entre lo significativo y lo irrelevante, penetrar las explicaciones falaces, reconocer lo que fue eficaz y lo que no lo fue, considerar cómo algo puede hacerse mejor la próxima vez. La teoría radical es simplemente hablar o escribir a más gente sobre temas más generales en términos más abstractos (es decir, más ampliamente aplicables). Incluso aquellos que dicen rechazar la teoría teorizan —simplemente lo hacen más inconscientemente y caprichosamente, y por tanto de modo más impreciso.

La teoría sin casos particulares está vacía, pero los casos particulares sin la teoría son ciegos. La práctica prueba la teoría, pero la teoría también inspira prácticas nuevas.

La teoría radical no tiene nada que respetar ni nada que perder. Se critica a sí misma con todo lo demás. No es una doctrina que deba ser aceptada por fe, sino una generalización tentativa que las personas deben probar y corregir constantemente por sí mismas, una simplificación práctica indispensable para tratar con las complejidades de la realidad.

Pero con cuidado de que no sea una simplificación excesiva. Toda teoría puede transformarse en ideología, llegar a ser rígida como un dogma, ser desviada hacia fines jerárquicos. Una ideología sofisticada puede ser relativamente segura en ciertos aspectos; lo que la diferencia de la teoría es que carece de una relación dinámica con la práctica. En la teoría tú tienes ideas; en la ideología las ideas te tienen a ti. “Busca la simplicidad y desconfía de ella”.

2.4. Evitar falsas opciones y elucidar las verdaderas

Hemos de encarar el hecho de que no hay trucos seguros, de que ninguna táctica radical es invariablemente apropiada. Algo que es colectivamente posible durante una revuelta puede no ser una opción sensata para un individuo aislado. En ciertas situaciones urgentes puede ser necesario incitar a la gente a llevar a cabo alguna acción específica; pero en la mayoría de los casos lo que más conviene es elucidar simplemente los factores relevantes que la gente debe tener en cuenta al tomar sus propias decisiones. (Si me atrevo a dar aquí ocasionalmente algunos consejos directos, es por conveniencia de expresión. “Haz” debe entenderse como “En algunas circunstancias hacerlo puede ser una buena idea”).

Un análisis social no necesita ser largo y detallado. Simplemente “dividir uno en dos” (indicar las tendencias contradictorias dentro de un fenómeno o grupo o ideología dados) o “agrupar dos dentro de uno” (revelar un aspecto común entre dos identidades aparentemente distintas) puede ser útil especialmente si se comunica a los directamente involucrados. Ya es accesible una información más que suficiente sobre muchos temas; lo que hace falta es abrirse camino entre el exceso para revelar lo esencial. Una vez hecho esto otras personas, incluidas las informadas, serán estimuladas a investigaciones más completas si son necesarias.

Cuando nos enfrentamos a algún tópico dado, lo primero que hay que hacer es determinar si es en efecto un tópico simple. Es imposible tener una discusión con significado sobre “marxismo” o “violencia” o “tecnología” sin distinguir los diversos sentidos que se incluyen bajo tales etiquetas.

Por otra parte, también puede ser útil tomar una categoría abstracta amplia y mostrar sus tendencias predominantes, aunque tales tipos puros no existan realmente. El panfleto *Sobre la miseria en el medio estudiantil...* de los situacionistas, por ejemplo, enumera mordazmente toda suerte de estupideces y pretensiones de “el estudiante”. Obviamente no todo estudiante es culpable de estos defectos, pero el estereotipo sirve como un enfoque a partir del cual organizar una crítica sistemática de las tendencias generales. Subrayando las cualidades que la mayoría de los estudiantes tienen en común, el panfleto también desafía a aquellos que afirman ser excepciones a probarlo. Lo mismo se aplica a la crítica del “pro-situ” en *La verdadera escisión de la Internacional Situacionista* de Debord y Sanguinetti —un desaire desafiante a los seguidores quizás único en la historia de los movimientos radicales.

“Se pide a todos su opinión acerca de cada detalle para prevenirles de formarse una sobre la totalidad” (Vaneigem). Muchos temas están tan cargados emocionalmente que cualquiera que reaccione a ellos llega a enredarse en falsas opciones. El hecho de que dos lados estén en conflicto, por ejemplo, no significa que debas apoyar a uno u otro. Si no puedes hacer algo acerca de un problema en particular, es mejor confesar claramente este hecho y pasar a otro asunto que tenga posibilidades prácticas presentes².

²“La ausencia de un movimiento revolucionario en Europa ha reducido a la izquierda a su mínima expresión: una masa de espectadores que se desmaya de arrobamiento cada vez que los explotados de las colonias se alzan en armas contra sus dueños, y que no pueden evitar ver estos alzamientos como el epítome de la revolución... Allí donde hay un conflicto ellos ven siempre

Si tomas partido al elegir un mal menor, admítelo; no añadas confusión blanqueando tu elección o demonizando al enemigo. Si hay que hacer algo, es mejor lo contrario: jugar a ser abogado del diablo y neutralizar el delirio polémico compulsivo examinando con calma los puntos fuertes de la posición opuesta y los débiles de la tuya. “Un error muy común: tener el coraje de defender las posiciones propias; ¡la cuestión es tener coraje para *atacar* las propias convicciones!” (Nietzsche).

Combina la modestia con la audacia. Recuerda que si logras realizar algo es sobre la base de los esfuerzos de muchos otros, bastantes de los cuales han enfrentado horrores que nos harían a ti y a mí desplomarnos en la sumisión. Pero no olvides que lo que dices puede tener algún efecto: dentro de un mundo de espectadores pacificados incluso la más pequeña expresión autónoma sobresale.

Puesto que no hay ningún obstáculo material para inaugurar una sociedad sin clases, el problema se ha reducido esencialmente a una cuestión de conciencia: el único obstáculo real es que la gente ignora su propio poder colectivo. (La represión física es efectiva contra las minorías radicales sólo en la medida en que el acondicionamiento social mantiene dócil al resto de la población). Por consiguiente un elemento amplio de la práctica radical es *negativo*: atacar las formas diversas de falsa conciencia que impiden a la gente darse cuenta de sus potencialidades positivas.

2.5. El estilo insurreccional

Tanto Marx como los situacionistas han sido con frecuencia denunciados de modo ignorante por tal negatividad, porque ellos se centraron principalmente en la clarificación crítica y evitaron promover cualquier ideología positiva a la que la gente pudiera adherirse pasivamente. Porque Marx señaló cómo el capitalismo reduce nuestras vidas a una arrebatina económica, los apologistas “idealistas” de este estado de cosas le acusan de “reducir la vida a temas económicos” —como si lo único importante del trabajo de Marx no fuese ayudarnos a superar nuestra esclavitud económica para que nuestros potenciales creativos puedan florecer. “Apelar a que la gente abandone sus ilusiones sobre su condición es apelar a que abandonen una condición que requiere ilusiones. . . La crítica arranca las flores imaginarias de la cadena no para que el hombre continúe soportando esa cadena sin fantasía o consolación, sino para que se sacuda la cadena y recoja la flor viviente (*Introducción a una crítica de la filosofía del derecho de Hegel*).

Expresar acertadamente un tema clave con frecuencia tiene un efecto sorprendentemente poderoso. Sacar a relucir las cosas fuerza a que la gente deje de evadirse y tome posición. Como el diestro carnicero en la fábula taoísta que nunca necesitaba afilar el cuchillo porque siempre cortaba por las juntas, la polarización radical más efectiva no viene de protestas estridentes, sino simplemente de revelar las divisiones que existen, elucidar las diferentes tendencias, contradicciones, opciones. Mucho del impacto de los situacionistas procede del hecho de que articularon cosas que la mayoría de la gente había experimentado ya, pero no eran capaces de expresarlas o temían hacerlo hasta que otro rompiese el hielo. (“Nuestras ideas están en la mente de todos”).

Si algunos textos situacionistas parecen sin embargo difíciles al principio, es porque su estructura dialéctica va contra la fibra de nuestro condicionamiento. Cuando este condicionamiento se rompe no parecen tan oscuros (fueron el origen de algunos de los graffitis más populares de mayo del 68). Muchos espectadores académicos anduvieron confusos tratando de resolver sin éxito las varias descripciones “contradictorias” del espectáculo en *La sociedad del espectáculo* en alguna definición simple, “científicamente consistente”; pero cualquiera que esté comprometido en la contestación de esta sociedad comprobará que el examen de esta sociedad hecho desde diferentes ángulos por Debord es muy claro y útil, y apreciará el hecho de que nunca derrochase una palabra en inanidades académicas o en inútiles expresiones de escándalo.

El método dialéctico que va de Hegel y Marx a los situacionistas no es una fórmula mágica para producir una serie de predicciones correctas, es una herramienta para aprehender los procesos dinámicos de cambio social. Nos recuerda que los conceptos sociales no son eternos; que contienen sus propias contradicciones, interactuando y transformándose entre sí, incluso en sus opuestos; que lo que es verdadero

al Bien luchando contra el Mal, ‘revolución total’ versus ‘reacción total’. . . La crítica revolucionaria comienza más allá del bien y del mal; está enraizada en la historia y opera sobre la totalidad del mundo existente. En ningún caso puede aplaudir a un *estado* beligerante o apoyar la burocracia de un estado explotador en proceso de formación. . . Es obviamente imposible por ahora buscar una solución *revolucionaria* a la guerra de Vietnam. Es necesario en primer lugar poner fin a la agresión americana para permitir que la lucha social real en Vietnam se desarrolle de un modo *natural*, i. e. para capacitar a los trabajadores y campesinos vietnamitas para redescubrir a sus enemigos dentro de su propio país: la burocracia del norte y los estratos dominantes y propietarios del sur. Una vez que los americanos se retiren, la burocracia estalinista tomará el control del país entero —esta conclusión es inevitable. . . La cuestión no es dar apoyo incondicional (o ni siquiera condicional) al Vietcong, pero luchar consistente e intransigentemente contra el imperialismo americano”. (“Dos guerras locales”. *Internationale Situationniste*, §11, págs. 195–196, 203).

y progresista en un contexto puede llegar a ser falso y regresivo en otro³.

Un texto dialéctico puede requerir un estudio cuidadoso, ya que cada nueva lectura es portadora de nuevos descubrimientos. Y aunque sólo influya directamente a poca gente, tiende a hacerlo tan profundamente que muchos de ellos acaban influyendo a otros de la misma forma, llevando a una reacción cualitativa en cadena. El lenguaje no dialéctico de la propaganda izquierdista es más fácil de entender, pero normalmente su efecto es superficial y efímero; al no plantear desafíos, pronto acaba aburriendo hasta a los espectadores atontados para los que ha sido diseñado.

Como planeta Debord en su última película, aquellos que encuentren que lo que dice es demasiado difícil harían mejor culpando a su propia ignorancia y pasividad, y a las escuelas y a la sociedad que los han hecho de este modo, que quejándose de su oscuridad. Quienes no tienen la suficiente iniciativa para releer textos cruciales o hacer una pequeña investigación o una pequeña experimentación por sí mismos es improbable que lleven algo a cabo si son mimados por los demás.

2.6. Cine radical

Debord es prácticamente la única persona que ha hecho un uso verdaderamente dialéctica y antiespectacular del cine. Aunque muchos realizadores que se hacen llamar radicales alaban el “distanciamiento” brechtiano exteriormente —la noción de provocar a los espectadores a pensar y actuar por sí mismo en vez de ser absorbidos en una identificación pasiva con el héroe o la trama— la mayoría de las películas radicales se dirigen a la audiencia como si estuviese conformada por imbéciles. El lerd protagonista “descubre la opresión” gradualmente y se “radicaliza” hasta que está listo para ser un partidario ferviente de los políticos “progresistas” o un militante leal a algún grupo izquierdista burocrático. El distanciamiento se limita a unos cuantos trucos que permiten al espectador pensar: “¡Ah, un toque brechtiano! ¡Qué tío tan inteligente es este realizador! ¡Y qué inteligente soy yo que reconozco tales sutilezas!” El mensaje radical es normalmente tan banal que es obvio casi para cualquiera que hubiera ido a ver tal película por primera vez; pero el espectador tiene la gratificante impresión de que otras personas puedan elevarse a su nivel de conciencia cuando alcanza a verlo.

Si el espectador siente alguna inquietud acerca de la calidad de lo que está consumiendo, es calmado por los críticos, cuya función principal es leer profundos sentidos radicales en prácticamente cualquier película. Como en el cuento del traje nuevo del emperador, no es probable que nadie admita que no es consciente en absoluto de estos supuestos sentidos hasta que es informado de ellos por miedo a que esto le muestre como una persona menos sofisticada que el resto de la audiencia.

Ciertas películas pueden ayudar a exponer alguna condición deplorable o comunicar alguna noción de la sensación ante una situación radical. Pero no es muy significativo presentar imágenes de una lucha si no se critican ni las imágenes ni la lucha. Los espectadores se quejan a veces de que una película trata inadecuadamente a alguna categoría social (e. g., las mujeres). Esto puede ser cierto en la medida en que la película reproduzca ciertos estereotipos falsos; pero la alternativa normalmente implicada —que el realizador “debería haber presentado las imágenes de mujeres luchando contra la opresión”— sería en la mayoría de los casos igualmente falsa. Las mujeres (como los hombres o cualquier otro grupo oprimido) han sido de hecho normalmente pasivas y sumisas —éste es precisamente el problema que tenemos que encarar. Atender a la autosatisfacción de la gente presentado espectáculos de heroísmo radical triunfante sólo refuerza esta esclavitud.

³“En su forma mistificada, la dialéctica llegó a ser una moda en Alemania porque parecía transfigurar y glorificar el estado de cosas existente. En su forma racional es un escándalo y una abominación para la sociedad burguesa y sus profesores doctrinarios, porque comprendiendo el estado de cosas existente reconoce simultáneamente la negación de este estado, su disolución inevitable; porque contempla el movimiento fluido de toda forma históricamente desarrollada, y por lo tanto tiene en cuenta su transitoriedad tanto como su existencia momentánea; y porque no deja que nada se imponga sobre ella, y es en su esencia crítica y revolucionaria” (Marx, *El Capital*).

La escisión entre marxismo y anarquismo mutiló a ambos. Los anarquistas criticaron debidamente las tendencias autoritarias y reductivamente economicistas en el marxismo, pero lo hicieron generalmente de una manera adialéctica, moralista, ahistórica, contraponiendo varios dualismos absolutos (Libertad versus Autoridad, Individualismo versus Colectivismo, Centralización versus Descentralización, etc.) y dejando a Marx y otros cuantos marxistas radicales un virtual monopolio sobre el análisis dialéctico coherente —hasta que los situacionistas volvieron a unir de nuevo los aspectos libertarios y dialécticos. Sobre los méritos e imperfecciones del marxismo y el anarquismo ver *La sociedad del espectáculo*, §78–94.

2.7. Opresionismo versus juego

No es aconsejable confiar en que las condiciones opresivas radicalizarán a la gente; empeorarlas intencionadamente para acelerar este proceso es inaceptable. La represión de algunos proyectos radicales puede incidentalmente poner de manifiesto la absurdidad del orden dominante; pero tales movimientos deben ser dignos de consideración por su propio valor —pierden su credibilidad si son meros pretextos diseñados para provocar la represión. Incluso en los medios más “privilegiados” hay casi siempre problemas más que suficientes sin necesidad de añadir otros. Lo importante es revelar el *contraste* entre las condiciones presentes y las *posibilidades* presentes, y transmitir a la gente tanto gusto por la vida real que deseen más.

Los izquierdistas dan a entender con frecuencia que con necesarias mucha simplificación, exageración y repetición para neutralizar toda la propaganda dominante. Esto es tanto como decir que un boxeador que ha quedado gogy por un gancho de derecha volverá a la lucidez con un gancho de izquierda.

La conciencia de la gente no “aumenta” por sepultarla bajo una avalancha de historias de horror, ni bajo una avalancha de información. La información que no es asimilada críticamente y utilizada pronto se olvida. La salud tanto mental como física requiere un equilibrio entre lo que tomamos y lo que hacemos con ello. Puede ser necesario a veces obligar a las personas complacientes a enfrentarse a alguna atrocidad de la que no estaban informados, pero incluso en tales casos machacando hasta la náusea constantemente con lo mismo normalmente no se consigue otra cosa que provocar la evasión hacia espectáculos menos aburridos y deprimentes.

Una de las cosas principales que nos impide entender nuestra situación es el espectáculo de la felicidad aparente de otras personas, que nos hace ver nuestra propia infelicidad como un signo vergonzoso de fracaso. Pero un espectáculo omnipresente de miseria también nos impide ver nuestros potenciales positivos. La constante difusión de ideas delirantes y atrocidades nauseabundas nos paraliza, nos convierte en cínicos paranoicos y compulsivos.

La estridente propaganda izquierdista, al fijar su atención sobre lo insidioso y lo odioso de los “opresores”, alimenta con frecuencia este delirio, apelando al lado más mórbido y mezquino de la gente. Si nos limitamos a rumiar males, si permitimos que la enfermedad y la fealdad de esta sociedad perversa incluso nuestra rebelión contra ella, olvidamos por qué estamos luchando y terminamos perdiendo la propia capacidad de amar, de crear, de disfrutar.

El mejor “arte radical” es a la vez positivo y crítico. Cuando ataca la alienación de la vida moderna, nos advierte simultáneamente de las potencialidades poéticas ocultas dentro de ella. Más que reforzar nuestra tendencia a revolcarnos en la autocompasión, estimula nuestra resistencia, nos permite reírnos de nuestros propios problemas tanto como de las estupideces de las fuerzas del “orden”. Algunas de las viejas canciones y tiras cómicas del IWW (Industrial Workers of the World, organización anarcosindicalista que todavía existe, pero que tuvo su momento más importante entre 1910–1930 (Nota del traductor)) son buenos ejemplos, aunque la ideología de la IWW está actualmente un tanto rancia. O las irónicas canciones agrídulces de Brecht y Weill. La hilaridad de *El buen soldado Svejk* es probablemente el antídoto más efectivo contra la guerra que el ultraje moral del típico folleto pacifista.

Nada socava tanto a la autoridad como llevarla hasta el ridículo. El argumento más efectivo contra un régimen represivo no es que éste sea malo, sino que es estúpido. Los protagonistas de la novela de Albert Cosséry *La violencia y la burla*, que viven bajo una dictadura en Oriente Medio, cubren las paredes de la capital con un póster de aspecto oficial que glorifica al dictador de un modo tan ridículo que llega a ser el hazmereír y es obligado a dimitir por la vergüenza. Los bromistas de Cosséry son apolíticos y su éxito demasiado bonito para ser cierto, pero se han utilizado algunas parodias similares con fines más radicales (e. g. el golpe de Li I-Che mencionado en *Public Secrets* pág. 304, “Un grupo radical en Hong-Kong”). En las manifestaciones de los años 70 en Italia los Indios Metropolitanos (inspirados tal vez en el primer capítulo de *Sylvie and Bruno* de Lewis Carroll: “¡Menos pan! ¡Más impuestos!”) portaban pancartas y cantaban eslóganes como “¡Poder para los Jefes!” y “¡Más trabajo! ¡Menos sueldo!”. Cualquiera reconocía la ironía, pero era más difícil recharzalos con los habituales calificativos.

El humor es un antídoto saludable contra todo tipo de ortodoxia, tanto de izquierdas como de derechas. Es altamente contagioso y nos recuerda que no nos tomemos demasiado en serio. Pero puede llegar a ser fácilmente una mera válvula de escape, canalizando la insatisfacción en elocuente cinismo pasivo. La sociedad del espectáculo aprovecha las acciones delirantes contra sus más delirantes aspectos. Los satíricos tienen con frecuencia una relación de dependencia amor-odio con sus objetivos; la parodia llega a no distinguirse de aquello que parodia, dando la impresión de que todo es igualmente extraño, insignificante y desesperante.

En una sociedad basada en la confusión mantenida artificialmente, la primera tarea no es añadir

más. Las irrupciones caóticas no generan habitualmente sino irritación o pánico, provocando que la gente apoye cualquier medida que el gobierno tome para restaurar el orden. Una intervención radical puede parecer al principio extraña e incomprensible; pero si ha sido llevada a cabo con suficiente lucidez, la gente pronto la entenderá lo bastante bien.

2.8. El escándalo de Estrasburgo

Imagina que estás en la Universidad de Estrasburgo al inicio del curso escolar de 1966–67, entre los estudiantes, el profesorado y los invitados distinguidos que entran al auditorio para escuchar el discurso inaugural del presidente de Gaulle. Encuentras un pequeño folleto colocado en cada sitio. ¿Un programa? No, algo sobre “la miseria de la vida estudiantil”. Lo abres ociosamente y comienzas a leer: “Podemos afirmar sin gran riesgo de equivocarnos, que tras el policía y el sacerdote, el estudiante es en Francia el ser más universalmente despreciado. . .” Miras alrededor y ves que todos los demás también lo están leyendo, reacciones que van de la perplejidad o el regocijo hasta reacciones de shock y horror. ¿Quién es el responsable de esto? El título de la página revela que ha sido publicado por la Unión de Estudiantes de Estrasburgo, pero se refiere también a la “Internacional Situacionista”, cualquiera que sea ésta. . .

Lo que hizo al escándalo de Estrasburgo diferente de otras bromas estudiantiles, o de cabriolas confusas y confundentes de grupos como los yippies, fue que su forma escandalosa llevaba consigo un contenido igualmente escandaloso. En un momento en que los estudiantes se habían proclamado el sector más radical de la sociedad, este texto fue el único que puso las cosas en su sitio. Pero las miserias particulares de los estudiantes sólo estaban allí para ser el punto de partida; textos igualmente duros podían y debían ser escritos sobre la miseria de todos los demás segmentos de la sociedad (preferiblemente de aquellos que la conocen desde dentro). Se habían realizado algunos intentos, de hecho, pero ninguno se había aproximado a la lucidez y coherencia del panfleto situacionista, tan conciso como comprensivo, tan provocativo como exacto, que llevaba de modo tan metódico de una situación específica a través de ramificaciones cada vez más generales, que el capítulo final presenta el resumen más conciso que existe del proyecto revolucionario moderno. (Ver *Sobre la miseria de la vida estudiantil*. . . y el artículo “Nuestros fines y nuestros métodos en el escándalo de Estrasburgo” en *Internationale Situationniste*, §11).

Los situacionistas nunca pretendieron haber provocado con una sola mano la revolución de mayo de 1968 —como ellos decían, predijeron el contenido de la revuelta, pero no la fecha o el lugar. Pero sin el escándalo de Estrasburgo y la agitación subsiguiente del grupo Enragés influido por la IS (del que el mejor conocido Movimiento 22 de marzo fue sólo una imitación tardía y confusa) la revuelta nunca habría sucedido. No había en Francia crisis económica o gubernamental, ninguna guerra o antagonismo racial desestabilizaba el país, ni ninguna otra cuestión particular que pudiese haber prendido una revuelta como ésta. Había luchas obreras más radicales en marcha en Italia e Inglaterra, luchas estudiantiles más militantes en Alemania y Japón, movimientos contraculturales más amplios en los EE. UU. y en los Países Bajos. Pero sólo en Francia existía una perspectiva que los vinculaba a todos.

Deben distinguirse las intervenciones cuidadosamente calculadas como el escándalo de Estrasburgo no sólo de los desórdenes confusionistas, sino también de las revelaciones meramente espectaculares. En la medida en que la crítica social se limita a contestar éste o aquel detalle, la relación espectáculo-espectador se reconstituye continuamente: si estos críticos consiguen desacreditar a los líderes políticos existentes, se convierten muchas veces en nuevas estrellas (Ralph Nader, Noam Chomsky, etc.) de las que esperan los espectadores un poco más conscientes un flujo continuo de información escandalosa acerca de la cual raramente hacen algo. Las revelaciones más moderadas consiguen la audiencia que apoya a ésta o aquella facción del poder gubernamental; las más sensacionalistas alimentan la curiosidad morbosa de la gente, incitándola a consumir más artículos, teledramas y docudramas, y a interminables debates acerca de las diversas teorías de la conspiración. Es evidente que la mayor parte de estas teorías no son sino reflejos delirantes de la falta de sentido histórico crítico producida por el espectáculo moderno, intentos desesperados de encontrar algún sentido coherente en una sociedad cada vez más incoherente y absurda. En cualquier caso, en la medida en que las cosas permanecen en el terreno espectacular casi no importa que algunas de estas teorías sean ciertas: *aquellos que pasan el día mirando lo que va a suceder nunca lo afectarán.*

Ciertas revelaciones son más interesantes porque no sólo abren al debate público temas significativos, sino porque lo hacen de tal forma que arrastran a mucha gente al juego. Un ejemplo simpático es el escándalo de 1963 de “Spies for Peace” en Inglaterra, en el que unos desconocidos anunciaron la ubicación de un refugio atómico secreto reservado a los miembros del gobierno. Cuanto más vehementemente amenazaba el gobierno con perseguir a cualquiera que reprodujese este “secreto de estado” que

ya no era secreto para nadie, más alegre y creativamente fue difundido por miles de grupos e individuos (que procedieron también a descubrir e invadir muchos otros refugios secretos). No sólo llegaron a ser evidentes para cualquiera la estupidez del gobierno y la locura del espectáculo de la guerra nuclear, la espontánea reacción en cadena humana aportó una muestra de un potencial social muy diferente.

2.9. La miseria de la política electoral

“Ningún gobierno liberal desde 1814 ha ascendido al poder si no es por la violencia. Cánovas fue demasiado inteligente para no ver la inconveniencia y el peligro que esto presentaba. Dispuso por tanto que los gobiernos conservadores debían ser sucedidos regularmente por gobiernos liberales. El plan que siguió fue el siguiente: cuando se presentara una crisis económica o una huelga seria, dimitir y dejar que los liberales resolviesen el problema. Esto explica por qué la mayor parte de la legislación represiva aprobada durante el resto de siglo fue aprobada por ellos”.

Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*

El mejor argumento en favor de la política electoral radical fue hecho por Eugene Debs, el líder socialista americano que en 1920 obtuvo cerca de un millón de votos para la presidencia mientras permanecía en prisión por oponerse a la I Guerra Mundial: “Si la gente no conoce lo suficiente para saber a quién votar, no sabrán contra quién disparar”. Por otro lado, los trabajadores durante la revolución alemana de 1918–19 no sabían contra quién disparar exactamente debido a la presencia de líderes “socialistas” en el gobierno trabajando constantemente para reprimir la revolución.

En sí mismo, votar o no tiene poca importancia (quienes hacen una cuestión importante de su rechazo a votar están revelando simplemente su propio fetichismo). El problema es que el votar tiende a adormecer a la gente confiando a otros que actúen por ellos, desviándolos de posibilidades más significativas. Unas cuantas personas que toman alguna iniciativa creativa (pensemos en las ocupaciones por los derechos civiles) pueden en última instancia tener un efecto mucho más amplio que si hubieran puesto su energía en hacer campañas en favor de políticos “menos malos” que sus oponentes. En el mejor de los casos, los legisladores raramente hace más de lo que son forzados a ahacer por los movimientos populares. Un régimen conservador bajo presión de movimientos radicales independientes con frecuencia hace más concesiones que un régimen liberal que sabe que puede contar con el apoyo radical. Si la gente se repliega invariablemente en los males menores, todo lo que los gobernantes tienen que hacer en cualquier situación en que su poder se vea amenazado es conjurarlos con la amenaza de algún mal mayor.

Incluso en el raro caso en que un político “radical” tiene la oportunidad realista de ganar unas elecciones, todos los tediosos esfuerzos de campaña de miles de personas pueden ir a la alcantarilla un día por algún escándalo trivial descubierto en su vida privada, o porque dice algo inteligente sin darse cuenta. Si logra evitar estos escollos y parece que puede ganar, tiende a evadir temas controvertidos por miedo a enemistarse con votantes indecisos. Si finalmente logra ser elegido, casi nunca se halla en posición de llevar a cabo las reformas que ha prometido, excepto tal vez tras años de sucias negociaciones con sus nuevos colegas; lo cual le da una buena excusa para ver como prioritario hacer todos los compromisos necesarios para mantenerse indefinidamente en el cargo. Alternando con los ricos y los poderosos, desarrolla nuevos intereses y nuevos gustos, que justifica diciéndose a sí mismo que merece algunos beneficios en compensación por todos sus años de trabajo por las buenas causas. Lo peor de todo es que, si consigue finalmente que se aprueben algunas leyes “progresistas”, este éxito excepcional y normalmente trivial se muestra como una evidencia del valor de confiar en la política territorial, convenciendo a mucha gente para que invierta su energía en campañas similares por venir.

Como decía un graffiti de mayo del 68, “Es doloroso soportar a nuestros jefes; pero es más estúpido elegirlos”.

Los referéndums sobre temas específicos son menos susceptibles a la precariedad de las personalidades; pero los resultados no son con frecuencia mejores porque los temas tienden a plantearse de modo simplista, y cualquier proyecto de ley que amenace los intereses de los poderosos es derrotado normalmente por la influencia del dinero y los medios de comunicación.

A veces las elecciones locales ofrecen a la gente una oportunidad más realista de afectar las políticas y mantener vigilados a los diputados electos. Pero ni siquiera las comunidades más ilustradas pueden aislarse del deterioro del resto del mundo. Si una ciudad consigue preservar caracteres ambientales o culturales deseables, estas mismas ventajas la sitúan bajo una creciente presión económica. El hecho de

que haya dado preferencia a los valores humanos respecto a los valores de propiedad causa finalmente enormes incrementos en los últimos (más gente querrá invertir o mudarse allí). Tarde o temprano este incremento de los valores de propiedad se sobrepone a los valores humanos: las políticas locales son anuladas por cámaras altas o por los gobiernos regionales o nacionales, llega mucho dinero del exterior para influir en las elecciones municipales, los políticos municipales son sobornados, los barrios residenciales son demolidos para hacer rascacielos y autopistas, las rentas suben vertiginosamente, las clases más pobres son expulsadas (incluidos los diversos grupos étnicos y los artistas bohemios que contribuían a la animación y al original aspecto de la ciudad), y todo lo que permanece de la comunidad antigua son unos cuantos lugares separados de “interés histórico” para el consumo de los turistas.

2.10. Reformas e instituciones alternativas

No obstante, “actuar localmente” puede ser un buen punto de partida. Quien sienta que la situación global es desesperada o incomprensible puede buscar sin embargo una oportunidad de afectar algún asunto local específico. Asociaciones de vecinos, cooperativas, centros de información, grupos de estudio, escuelas alternativas, clínicas gratuitas de salud, teatros comunales, periódicos de barrio, emisoras de radio y televisión de acceso público y muchos otros tipos de instituciones alternativas son valiosas por sí mismas, y si son suficientemente participativas pueden llevar a movimientos más amplios. Aunque no duren mucho, aportan un terreno temporal para la experimentación radical.

Pero siempre dentro de unos límites. El capitalismo fue capaz de desarrollarse gradualmente dentro de la sociedad feudal, así que en el momento en que la revolución capitalista se deshizo de los últimos vestigios del feudalismo, la mayoría de los mecanismos del nuevo orden burgués estaban ya firmemente asentados. Una revolución anticapitalista, por el contrario, no puede realmente construir una nueva sociedad “sobre el armazón de la vieja”. El capitalismo es mucho más flexible y omnipenetrante de lo que era el feudalismo, y tiende a cooptar cualquier organización opositora.

Los teóricos radicales del siglo XIX podían todavía ver bastantes residuos supervivientes de las formas comunales tradicionales para suponer que, una vez consumada la eliminación de la estructura explotadora, podrían revivirse y ampliarse para formar los cimientos de una sociedad nueva. Pero la penetración global del capitalismo espectacular en el presente siglo ha destruido casi todas las formas de control popular e interacción humana directa. Incluso los esfuerzos más modernos de la contracultura de los sesenta han sido integrados hace tiempo en el sistema. Las cooperativas, los gremios, las granjas de alimentos orgánicos y otras empresas marginales pueden producir bienes de mayor calidad en mejores condiciones laborales, pero aquellos bienes tienen que funcionar todavía como mercancías en el mercado. Las pocas empresas afortunadas tienden a desarrollarse en el comercio ordinario, en los cuales los miembros fundadores asumen gradualmente un rol de propiedad o dirección sobre los nuevos trabajadores y deben tratar con todo tipo de asuntos burocráticos y comerciales rutinarios que nada tienen que ver con “preparar el terreno para una nueva sociedad”.

Cuanto más dura una institución alternativa, más tiende a perder su carácter voluntario, experimental, desinteresado. Sus asalariados permanentes desarrollan un interés personal en el mantenimiento del status quo y evitan las cuestiones controvertidas por miedo a ofender a sus partidarios o perder sus fondos del gobierno o de fundaciones. Las instituciones alternativas también tienden a exigir demasiado del tiempo libre limitado que tiene la gente, empantanándola, sustrayéndole energía e imaginación para confrontar temas más generales. Tras un breve período de participación acaba quemada y la abandona, dejando el trabajo a los tipos serviciales o a los izquierdistas que intentan dar un buen ejemplo ideológico. Puede sonar bonito oír hablar de asociaciones de vecinos, etc., pero a menos que suceda una emergencia local puede ser *fastidioso* aguantar reuniones interminables para escuchar reclamaciones de tus vecinos, o entrar en asuntos que realmente no te importan.

En nombre del realismo, los reformistas se limitan a perseguir objetivos “factibles”, pero incluso cuando consiguen algún ajuste en el sistema es normalmente neutralizado por algún desarrollo a otro nivel. Esto no significa que las reformas sean irrelevantes, simplemente que son insuficientes. Tenemos que continuar resistiendo los males particulares, pero tenemos también que reconocer que el sistema continuará generando otros nuevos hasta que le pongamos fin. Suponer que una serie de reformas sumarán finalmente un cambio cualitativo es como pensar que podemos llegar a atravesar un abismo de diez metros con una serie de saltitos de uno.

Se asume generalmente que como la revolución supone un cambio mucho mayor que las reformas, debe ser más difícil llevarla a cabo. A la larga puede ser en realidad más fácil, porque de un golpe elimina muchas pequeñas complicaciones y provoca un entusiasmo mucho mayor. En cierta medida llega a ser

más práctico empezar de cero que volver a enlucir una estructura podrida.

Mientras tanto, hasta que una situación revolucionaria nos capacite para ser verdaderamente constructivos, lo mejor que podemos hacer es ser *creativamente negativos* —centrarnos en la clarificación crítica, dejando que la gente persiga cualquier objetivo posible que pueda interesarles, pero sin la ilusión de que una sociedad nueva se está “construyendo” mediante la gradual acumulación de tales proyectos.

Los proyectos puramente negativos (e. g. abolición de las leyes contra el uso de las drogas, sexo consensual y otros crímenes sin víctimas) tienen la ventaja de la simplicidad: benefician casi a cualquiera (excepto a este dúo simbiótico, el crimen organizado y la industria de control del crimen) y requieren poco trabajo, si es que alguno, después del éxito. Pero por otra parte, no aportan una gran oportunidad de participación creativa.

Los mejores proyectos son aquellos que son valiosos por sí mismos a la vez que contienen un desafío implícito hacia algún aspecto fundamental del sistema; proyectos que permiten a la gente participar en temas interesantes de acuerdo con su grado de interés, mientras tienden a abrir el camino a posibilidades más radicales.

Menos interesantes, aunque todavía útiles, son las demandas de mejores condiciones o derechos más igualitarios. Aunque tales proyectos no sean en sí mismos muy participativos pueden eliminar impedimentos a la participación.

Las menos deseables son las meras luchas de suma cero, donde la ganancia de un grupo es la pérdida de otro.

Pero incluso en el último caso la cuestión no es decir a la gente lo que debe hacer, sino hacerle tomar conciencia de lo que está haciendo. Si promocionan algún asunto para reclutar gente, es apropiado revelar los motivos manipulativos. Si creen que están contribuyendo a un cambio radical, puede ser útil mostrarles cómo su actividad está realmente reforzando el sistema de alguna forma. Pero si están realmente interesados en su proyecto en sí mismo, ¡qué continúen!

Incluso si estamos en desacuerdo con sus prioridades (recolección de fondos para la ópera, por ejemplo, mientras la calle está llena de gente sin techo) deberíamos guardarnos de cualquier estrategia que meramente invoque la culpabilidad de la gente, no sólo porque tales invocaciones tienen generalmente un efecto negligible sino porque tal moralismo reprime saludables aspiraciones positivas. Abstenerse de enfrentar asuntos de “calidad de vida” porque el sistema continúa planteando cuestiones de supervivencia es someterse a un chantaje que yo no tiene ninguna justificación. “El pan y las rosas” ya no son mutuamente excluyentes⁴.

Los proyectos de “calidad de vida” son con frecuencia de hecho más inspiradores que las demandas políticas y económicas rutinarias porque despiertan en la gente perspectivas más ricas. Los libros de Paul Goodman están llenos de ejemplos imaginativos y a menudo divertidos. Aunque sus propuestas son “reformistas”, lo son de una forma tan viva y provocativa que aportan un contraste estimulante con la servil postura defensiva de la mayoría de los reformistas de hoy, que se limitan a reaccionar a la agenda de los reaccionarios diciendo: “Estamos de acuerdo en que es esencial crear empleo, luchar contra el crimen, defender nuestra patria con energía; pero los métodos moderados conseguirán esto mejor que las propuestas extremistas de los conservadores”.

Si todo sigue igual, tiene más sentido concentrar nuestra energía sobre temas que ya no estén recibiendo la atención pública; y preferir proyectos que puedan llevarse a cabo limpia y directamente a los que requieren compromisos, como trabajar a través de agencias gubernamentales. Aunque tales compromisos no parezcan demasiado serios, crean un mal precedente. La dependencia hacia el estado casi siempre se vuelve contra uno (comisiones designadas para suprimir la corrupción burocrática se desarrollan en nuevas burocracias corruptas; leyes diseñadas para desbaratar grupos reaccionarios armados terminan utilizándose principalmente para perseguir grupos radicales armados).

El sistema es capaz de matar dos pájaros de un tiro al llevar a sus oponentes a ofrecer “soluciones constructivas” a sus propias crisis. De hecho necesita una cierta oposición para dar cuenta de los problemas, forzando a racionalizarse, probar sus instrumentos de control y proveer excusas para imponer nuevas formas de control. Las medidas de emergencia se convierten imperceptiblemente en procedimientos normales, y de igual forma regulaciones que normalmente podrían ser contestadas se introducen en situaciones de pánico. La lenta y constante destrucción de la personalidad humana por todas las instituciones de la sociedad alienada, desde la escuela y la fábrica a la propaganda y el urbanismo, aparece

⁴“Lo que emergió esta primavera en Zurich como manifestación contra la clausura de centros juveniles se ha extendido a toda Suiza, alimentando el descontento de una generación joven ansiosa por romper con lo que ellos ven como sociedad sofocante. ‘No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre se paga con la certeza de morir de aburrimiento’, proclaman las pancartas y las pintadas en los escaparates de Lausanne”. (*Christian Science Monitor*, 28 de octubre de 1980). El eslogan es del *Tratado del saber vivir*. . . de Vaneigem.

como normal cuando el espectáculo enfoca obsesivamente crímenes individuales sensacionales, manipulando a la gente hacia una histeria en favor del orden público.

2.11. Corrección política, o igualdad en la alienación

Por encima de todo, prospera cuando puede desviar la contestación social hacia disputas sobre posiciones privilegiadas dentro de él.

Esta es una cuestión particularmente espinosa. Toda desigualdad social necesita ser desafiada, no sólo porque sea injusta, sino porque en tanto en cuanto permanece puede ser utilizada para dividir a la gente. Pero lograr igualdad en la esclavitud salarial o las mismas oportunidades para llegar a ser burócrata o capitalista apenas constituye una victoria sobre el capitalismo burocrático.

Es natural y necesario que la gente defienda sus propios intereses; pero si intenta hacerlo identificándose demasiado exclusivamente con algún grupo social particular tiende a perder de vista la situación más general. Como las categorías cada vez más fragmentadas pelean por las migajas destinadas a cada una, caen en juegos mezquinos de culpabilización mutua y la noción de abolir la estructura jerárquica completa se olvida. La gente que está dispuesta a denunciar la más leve insinuación de estereotipo derogatorio acaba entusiasmándose hasta agrupar a todos los hombres o a todos los blancos entre los “opresores”, y entonces se preguntan por qué encuentra reacciones tan fuertes en la mayoría de ellos, que son muy conscientes de que tienen poco poder real sobre sus propias vidas, mucho menos sobre la de los demás.

Aparte de los demagogos reaccionarios (agradablemente sorprendidos de que los “progresistas” les aporten blancos tan fáciles para el ridículo) los únicos que pueden beneficiarse de estas disputas de aniquilación mutua son unos cuantos arribistas que luchan por puestos burocráticos, concesiones del gobierno, plazas académicas, contratos de publicación, clientes comerciales o partidarios políticos en un tiempo en que las plazas vacantes del pastel son cada vez más escasas. Olfatear la “incorrección política” les permite derribar rivales y críticos y reforzar sus propias posiciones como especialistas reconocidos o portavoces de su particular fragmento. Los diversos grupos oprimidos que son lo bastante tontos como para aceptar a tales portavoces no reciben a cambio sino la sensación agrídulce de resentimiento autojustificado y una ridícula terminología oficial evocadora de la neolengua de Orwell⁵.

Hay una distinción crucial, aunque a veces sutil, entre luchar contra los males sociales y *alimentarse* de ellos. La gente no aumenta su poder porque es alentada a revolcarse en su propio victimismo. La autonomía individual no se desarrolla tomando refugio en alguna identidad de grupo. No se demuestra igual inteligencia rechazando el pensamiento lógico como una “táctica típica de varón blanco”. No se promueve el diálogo radical persiguiendo a la gente que no se conforma con alguna ortodoxia política, y menos aún luchando para reforzar legalmente tal ortodoxia.

Ni se hace la historia reescribiéndola. Es verdad que necesitamos liberarnos del respeto acrítico al pasado y llegar a ser conscientes de las formas en que ha sido tergiversado. Pero hay que reconocer que a pesar de nuestra desaprobación hacia los prejuicios e injusticias del pasado, es improbable que nosotros hubiéramos actuado mejor de haber vivido bajo las mismas condiciones. Aplicar los estándares actuales retroactivamente (corregir a cada momento con suficiencia a los autores anteriores que utilizan las formas masculinas convencionales anteriormente, o querer censurar *Huckleberry Finn* porque Huck no se refiere a Jim como una “persona de color”) sólo refuerza la ignorancia histórica que el espectáculo moderno a logrado estimular con tanto éxito.

2.12. Inconvenientes del moralismo y del extremismo simplista

Muchos de estos absurdos derivan de la falsa asunción de que ser radical implica vivir conforme a algún “principio” moral —como si nadie pudiera trabajar por la paz sin ser un pacifista total, o defender la abolición del capitalismo sin deshacerse de todo su dinero. La mayoría de la gente tiene demasiado sentido común para seguir realmente estos ideales simplistas, pero se sienten con frecuencia vagamente culpables por no hacerlo. Esta culpabilidad les paraliza y les hace más susceptibles al chantaje de los manipuladores izquierdistas (que nos dicen que si no tenemos el valor de sacrificarnos, debemos apoyar acríticamente a aquellos que lo hacen). O tratan de reprimir su culpa denigrando a otros que parecen

⁵Para algunos ejemplos hilarantes ver Hery Beard y Christopher Cerf: *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook* (Villard, 1992): es difícil discernir con frecuencia si los términos políticamente correctos en este libro son satíricos, si han sido propuestos realmente en serio o si han sido incluso adoptados y reforzados oficialmente. El único antídoto para tal delirio son unas cuantas sanas carcajadas.

más comprometidos: un trabajador manual puede enorgullecerse de no venderse mentalmente como un profesor; quien quizá se siente superior a un publicista; quien puede a su vez menospreciar a alguien que trabaja en la industria de armamento.

Convertir los problemas sociales en cuestiones morales personales distrae la atención de su solución potencial. Tratar de cambiar las condiciones sociales mediante la claridad es como tratar de subir el nivel del mar vertiendo cubos de agua en el océano. Y si se logra algún bien mediante acciones altruistas, confiarse a ellas como estrategia general es fútil porque siempre serán la excepción. Es natural que la mayor parte de las personas consideren ante todo sus propios intereses y los intereses de las más cercanas a ellas. Uno de los méritos de los situacionistas fue haber superado las invocaciones izquierdistas de culpa y el auto-sacrificio subrayando que la primera causa para hacer una reevolución somos nosotros mismos.

“Ir al pueblo” para “servirlo” u “organizarlo” o “radicalizarlo” conduce normalmente a la manipulación y halla con frecuencia la apatía o la hostilidad. El ejemplo de las acciones independientes de otros es un medio de inspiración más fuerte y saludable. Una vez que la gente comienza a actuar por sí misma se encuentra más dispuesta a intercambiar experiencias, colaborar en términos de igualdad y, si es necesario, solicitar asistencia específica. Y cuando gana su propia libertad es mucho más duro volver atrás. Uno de los graffitis de mayo del 68 decía: “No estoy al servicio del pueblo (mucho menos de sus líderes autoproclamados) —que el pueblo se sirva solo”. Otro señalaba más sucintamente: “No me liberes —Yo me ocuparé de ello”.

Una crítica total significa que todo es puesto en cuestión, no que haya que oponerse a todo. Los radicales olvidan esto con frecuencia y caen en una espiral de oposiciones mutuas mediante afirmaciones cada vez más extremistas, suponiendo que cualquier compromiso equivale a venderse o incluso que todo placer equivale a complicidad con el sistema. Realmente, estar “a favor” o “en contra” de alguna posición política es tan fácil, y normalmente tan sin sentido, como estar a favor o en contra de algún equipo deportivo. Aquellos que proclaman arrogantemente su “total oposición” a todo compromiso, toda autoridad, toda organización, toda teoría, toda tecnología, etc., resultan no tener normalmente ninguna perspectiva *revolucionaria*, ninguna concepción práctica sobre cómo el sistema presente puede ser derribado o cómo podría funcionar una sociedad postrevolucionaria. Algunos incluso intentan justificar esta carencia declarando que una simple revolución nunca podría ser lo bastante radical para satisfacer su rebeldía ontológica eterna.

Estas ampulósidades de todo o nada pueden impresionar temporalmente a algunos espectadores, pero su efecto último es simplemente hastiar a la gente. Tarde o temprano las contradicciones e hipocresías conducen al desencanto y la resignación. Al proyectar sobre el mundo sus propias frustraciones, los antiguos extremistas concluyen que todo cambio radical es desesperanzado y reprime la experiencia total; o quizás se alienan en alguna posición reaccionaria igualmente necia.

Si todo radical tuviera que ser un Durruti más nos valdría olvidarnos de ello y dedicarnos a cuestiones más realizables. Pero ser radical no significa ser el más extremo. En su sentido original significa simplemente ir a la raíz. La razón de que sea necesario ser radical para luchar por la abolición del capitalismo y el estado no es que éste sea el objetivo más extremo que quepa imaginarse, sino que ha llegado a ser desgraciadamente evidente que no bastará con menos.

Tenemos que darnos cuenta de lo que es necesario y suficiente; buscar proyectos que seamos verdaderamente capaces de hacer y que sean factibles con una probabilidad realista. Más allá de esto sólo hay aire caliente. Muchas de las tácticas radicales más viejas e incluso más efectivas —debates, críticas, boicots, huelgas, ocupaciones, consejos obreros— logran popularidad precisamente porque son simples, relativamente seguras, ampliamente aplicables, y lo bastante abiertas para conducir a posibilidades más amplias.

El extremismo simplista busca naturalmente su contraste más extremo. Si todos los problemas pueden ser atribuidos a una camarilla siniestra de “fascistas totales” todo lo demás parecerá confortablemente progresista en comparación. Mientras tanto las formas actuales de dominación moderna, que son normalmente más sutiles, proceden inadvertidamente y sin oposición.

Fijar la atención en los reaccionarios sólo los refuerza, los hace parecer más poderosos y fascinantes. “No pasa nada porque nuestros oponentes nos ridiculicen o nos insulten, aunque nos representen como payasos o criminales; lo esencial es que hablan de nosotros, se preocupan de nosotros” (Hitler). Reich señaló que “instruir a la gente para que odie al policía sólo fortalece la autoridad de la policía y la inviste de un poder místico a los ojos de los pobres y desvalidos. Los fuertes son odiados pero también temidos, envidiados y seguidos. Estos sentimientos de miedo y envidia de los ‘desposeídos’ explican una parte del poder de los reaccionarios políticos. Uno de los principales objetivos de la lucha racional por la libertad es desarmar a los reaccionarios exponiendo el carácter ilusorio de su poder” (*People in Trouble*).

El principal problema que supone comprometerse no es tanto moral como práctico: es difícil ata-

car algo cuando nosotros mismos estamos implicados en ello. Criticamos con evasivas por miedo a que otros nos critiquen a su vez. Se vuelve más difícil concebir grandes ideas o actuar audazmente. Como se ha indicado con frecuencia, muchos alemanes consintieron la opresión nazi porque empezó de manera bastante gradual y estuvo al principio dirigida contra minorías impopulares (judíos, gitanos, comunistas, homosexuales); de modo que llegó el momento en que afectó a la población en general, que se volvió incapaz de hacer nada.

Es fácil condenar retrospectivamente a quienes han capitulado ante el fascismo o el estalinismo, pero es probable que la mayoría de nosotros no hubiéramos hecho otra cosa si hubiéramos estado en su lugar. En nuestras ilusiones, al pintarnos como un personaje dramático enfrentado a una opción bien definida al frente de una audiencia que lo valora, imaginamos que no tendríamos problema en llevar a cabo la decisión correcta. Pero las situaciones que encaramos en realidad son normalmente más complejas y oscuras. No siempre es fácil saber dónde fijar los límites.

Se trata de fijarnos en *algún sitio*, dejar de preocuparnos por la culpa y la vergüenza y la autojustificación, y tomar la ofensiva.

2.13. Ventajas de la audacia

Este espíritu está bien ilustrado por aquellos trabajadores italianos que fueron a la huelga sin hacer demandas de ningún tipo. Tales huelgas no sólo son más interesantes que las negociaciones usuales de los sindicatos burocráticos, pueden incluso ser más efectivas: los jefes, sin saber lo lejos que tienen que ir, acaban a menudo concediendo mucho más de lo que los huelguistas se hubieran atrevido a demandar. Estos pueden entonces decidir sobre su segundo movimiento sin haberse comprometido a su vez a nada.

Una reacción defensiva contra este o aquel síntoma social consigue en el mejor de los casos tan sólo alguna concesión temporal sobre el tema específico. La agitación agresiva que rechaza limitarse ejerce mayor presión. Enfrentados a movimientos impredecibles muy extendidos, como la contracultura de los sesenta o la revuelta de mayo del 68 —movimientos que ponen todo en cuestión, generando contestaciones autónomas en muchos frentes, amenazando con extenderse a la sociedad entera y demasiado vastos para ser controlados por líderes cooptables— los dominantes se precipitan a limpiar su imagen, aprueban reformas, aumentan los salarios, excarcelan prisioneros, declaran amnistías, inician procesos de paz —cualquier cosa con la esperanza de adelantarse al movimiento y restablecer su control. (La absoluta incontabilidad de la contracultura americana, que se extendió intensamente hasta el propio ejército, jugó probablemente un gran papel que el movimiento anti-guerra hizo explícito al forzar el fin de la guerra de Vietnam).

El lado que toma la iniciativa define los términos de la lucha. En la medida en que siga innovando, retiene también el elemento sorpresa. “La audacia es en la práctica un poder creativo. Cuando la audacia se enfrenta a la vacilación ya tiene una ventaja significativa porque el propio estado de vacilación implica una pérdida de equilibrio. Sólo cuando la audacia se enfrenta a la previsión cauta está en desventaja” (Clausewitz, *Sobre la guerra*). Pero la previsión cauta es muy rara entre quienes controla esta sociedad. La mayor parte de los procesos de mercantilización, espectacularización y jerarquización son ciegos y automáticos: mercaderes, medios de comunicación y líderes siguen simplemente sus tendencias naturales a hacer dinero o captar audiencia o reclutar seguidores.

La sociedad del espectáculo es con frecuencia víctima de sus propias falsificaciones. Puesto que cada nivel de la burocracia trata por sí mismo de protegerse con estadísticas infladas, cada “fuente de información” sobrepuja a las otras con historias más sensacionales, y los estados en competencia, los departamentos gubernamentales y las compañías privadas ponen en práctica sus propias operaciones de desinformación independientes (ver capítulos 16 y 30 de los *Comentarios a la sociedad del espectáculo*), hasta los dominadores excepcionales que puedan tener alguna lucidez podrán difícilmente averiguar qué está sucediendo realmente. Como observa Debord en otro lugar del mismo libro, un estado que acaba reprimiendo su propio conocimiento histórico ya no puede conducirse estratégicamente.

2.14. Ventajas y límites de la noviolencia

“Toda la historia del progreso de la libertad humana muestra que toda concesión ya hecha a sus augustas afirmaciones ha nacido de la lucha. . . Si no hay lucha no hay progreso. Quienes profesan en favor de la libertad y lamentan todavía la agitación son hombres que quieren cosechar sin arar la tierra. Quieren que llueva sin truenos y relámpagos. Quieren el océano sin el

imponente bramido de sus aguas. La lucha puede ser moral; o puede ser física; o puede ser moral y física a la vez, pero debe ser una lucha. El poder no concede nada sin que se lo pidan. Nunca lo hizo y nunca lo hará”.

Frederick Douglass

Cualquiera con algún conocimiento de historia es consciente de que las sociedades no cambian sin una resistencia tenaz y con frecuencia salvaje a quienes están en el poder. Si nuestros ancestros no hubieran recurrido a violentas revueltas, muchos de los que ahora las deploran virtuosamente serían todavía siervos o esclavos.

El funcionamiento rutinario de esta sociedad es mucho más violento que cualquier reacción contra ella que pudiera darse. Imagina el escándalo que provocaría un movimiento radical que ejecutase a 20.000 oponentes; esta es la estimación mínimo del número de niños que el sistema presente condena a la muerte por inanición *cada día*. Las vacilaciones y compromisos permiten que esta violencia en marcha continúe indefinidamente, causando en última instancia miles de veces más sufrimiento que una simple revolución decisiva.

Afortunadamente una revolución moderna, genuinamente mayoritaria, debería tener relativamente poca necesidad de violencia excepto para neutralizar aquellos elementos de la minoría dominante que tratan de mantener violentamente su propio poder.

La violencia no sólo es indeseable en sí misma, genera pánico (y de este modo manipulabilidad) y promueve la organización militarista (y de este modo jerárquica). La noviolencia implica una organización más abierta y democrática; tiende a promover la serenidad y la compasión y rompe el ciclo miserable de odio y venganza.

Pero tenemos que evitar hacer un fetiche de esto. La réplica común, “¿Cómo se puede trabajar por la paz con métodos violentos?” no tiene más lógica que decir a un hombre que se está ahogando que si quiere estar en tierra firme debe evitar tocar el agua. Al esforzarse por resolver “malentendidos” mediante el diálogo, los pacifistas olvidan que algunos problemas se basan en conflictos de intereses objetivos. Tienden a desestimar la malicia de los enemigos mientras exageran su propia culpabilidad, censurándose incluso sus propios “sentimientos violentos”. La práctica de “declararse” (contra la guerra, etc.), que puede parecer una expresión de autonomía personal, reduce realmente al activista a un objeto pasivo, “otra persona de paz”, que (como un soldado) pone su cuerpo en primera línea mientras abdica de la investigación o experimentación personal. Quienes quieren socavar la noción de guerra excitante y heroica deben ir más allá de una noción de paz tan servil y miserable. Al definir su objeto como supervivencia, los activistas por la paz han tenido poco que decir a quienes están fascinados por la aniquilación global precisamente porque éstos están enfermos de una vida cotidiana reducida a la mera supervivencia, de manera que ven la guerra no ya como una amenaza sino como una liberación bienvenida de su vida de aburrimiento y constante ansiedad mezquina.

Sintiendo que su purismo no soportaría la prueba de la realidad, los pacifistas mantienen por costumbre una ignorancia intencionada sobre las luchas sociales del pasado y del presente. Aunque con frecuencia capaces de estudios intensos y de una autodisciplina estoica en su práctica espiritual personal, parecen creer que un conocimiento histórico y estratégico a nivel del *Reader's Digest* será suficiente para sostener sus iniciativas de “compromiso social”. Como alguien que esperase eliminar las malas caídas eliminando la ley de la gravedad, encuentran más simple imaginar una lucha moral nunca acabada contra la “codicia”, el “odio”, la “ignorancia”, la “intolerancia”, que amenazar las estructuras sociales específicas que refuerzan realmente esas cualidades. Si uno insiste para que se enfrenten a estas cuestiones, se quejan a veces de que la contestación radical es un terreno muy estresante. Lo es en efecto, pero es una objeción extraña cuando viene de aquellos cuyas prácticas espirituales afirman hacer a la gente capaz de enfrentar los problemas con objetividad y ecuanimidad.

Hay un momento maravilloso en *La cabaña del tío Tom*: cuando una familia cuáquera está ayudando a algunos esclavos a escapar a Canadá, aparece un hombre del sur que busca esclavos escapados. Uno de los cuáqueros le apunta con una escopeta y le dice, “Amigo, no es necesaria su ayuda aquí”. Pienso que éste es el tono correcto: no caer en el odio, ni siquiera en el desprecio, sino estar dispuesto a hacer lo que sea necesario en una situación dada.

Las reacciones contra los opresores son comprensibles, pero quienes llegan a estar demasiado enredados en ellas corren el riesgo de llegar a esclavizarse tanto mental como materialmente, encadenados a sus amos por “vínculos de odio”. El odio hacia los amos es en parte una proyección del odio a uno mismo por todas las humillaciones y compromisos que se han aceptado, que es el resultado de la vaga conciencia de que los jefes existen en última instancia sólo porque los gobernados los aguantan. Y aunque “la escoria tiende a levantarse como la espuma”, la mayoría de las personas que ocupan posiciones de poder

no actúan de modo muy diferente a cómo lo habría hecho cualquier otro al que le sucediera encontrarse en la misma posición, con los mismos intereses, tentaciones y miedos nuevos.

Las revanchas vigorosas pueden enseñar a las fuerzas enemigas a respetarte, pero tienden también a perpetuar antagonismos. La misericordia atrae de tu lado a veces a los enemigos, pero en otros casos les da simplemente una oportunidad de recuperarse y golpear de nuevo. No siempre es fácil determinar cuál de estas dos políticas es mejor en qué circunstancias. Las personas que han soportado regímenes particularmente viciados quieren naturalmente ver castigados a quienes los perpetraron; pero un exceso de venganza muestra a otros opresores presentes o futuros que es mejor para ellos luchar hasta la muerte puesto que no tienen nada que perder.

Pero la mayoría de la gente, incluso de aquellos que han sido vergonzosamente cómplices del sistema, esperarán a ver por dónde sopla el viento. La mejor defensa contra la contrarrevolución no es preocuparse en sacar a relucir ante la gente las ofensas del pasado o posibles traiciones futuras, sino profundizar la insurgencia hasta el punto de que atraiga a todo el mundo.

Capítulo 3

Momentos decisivos

“En cuanto el velo místico deja de envolver, revelando su trama, las relaciones de explotación y la violencia que expresa su movimiento, se descubre la lucha contra la alienación y se define el espacio de una claridad, de una ruptura, revelada de repente como una lucha cuerpo a cuerpo con el poder puesto al desnudo, expuesto en su fuerza bruta y su debilidad. . . momento sublime en que la complejidad del mundo se vuelve tangible, transparente, al alcance de todos”.

Raoul Vaneigem, “*Banalités de base*”.

3.1. Causas de las brechas sociales

Es difícil generalizar sobre las causas inmediatas de las brechas radicales. Siempre hubo una buena cantidad de buenas razones para la revuelta, y antes o después surgirán inestabilidades en las que algo debe cambiar. ¿Pero por qué en un determinado momento y no en otro? Las revueltas se han dado con frecuencia en períodos de progreso, mientras que se han soportado las peores condiciones. Aunque algunas han sido provocadas por la desesperación más completa, otras lo han sido por incidentes relativamente triviales. Los agravios que se han aceptado pacientemente tanto tiempo porque parecían inevitables pueden de pronto parecer intolerables una vez que su eliminación parece posible. La mezquindad de alguna medida represiva o la estupidez de cualquier patochada burocrática pueden poner en evidencia lo absurdo del sistema más claramente que una acumulación constante de opresiones.

El poder del sistema se basa en la creencia de la gente en su falta de poder para oponerse a él. Normalmente esta creencia está bien fundada (los que transgreden las normas son castigados). Pero cuando por una razón u otra bastante gente comienza a ignorar las reglas y lo hacen con impunidad, la ilusión colapsa por completo. Lo que se pensaba que era natural e inevitable se ve como arbitrario y absurdo. “Si nadie obedece, nadie manda”.

El problema es cómo alcanzar ese punto. Si sólo desobedecen unos pocos, pueden ser fácilmente aislados y reprimidos. Se suele fantasear a menudo acerca de las cosas maravillosas que podrían llevarse a cabo “si todo el mundo se pusiera de acuerdo en hacer tal o cual cosa a la vez”. Desgraciadamente los movimientos sociales no suelen funcionar de esta manera. Una persona con una pistola de seis balas puede mantener a raya a cientos desarmadas porque cada una de ellas sabe que los primeros seis en atacar serán asesinados.

Por supuesto, algunos pueden estar tan furiosos que ataquen sin hacer caso del riesgo; y hasta salvarles su aparente determinación convenciendo a quienes están en el poder que es más prudente ceder pacíficamente que ser después aplastados despertando un odio aún mayor contra sí mismos. Pero es obviamente preferible no depender de actos de desesperación, sino buscar formas de lucha que minimicen el riesgo hasta que el movimiento se haya extendido lo suficiente para que la represión ya no sea factible.

La gente que vive bajo regímenes particularmente represivos comienza naturalmente por sacar provecho de cualquier punto de reunión ya existente. En 1978 las mezquitas iraníes eran el único lugar donde podía criticarse el régimen del Sha. Entonces las enormes manifestaciones convocadas por Khomeini cada 40 días comenzaron a proporcionar la seguridad del número. Khomeini llegó así a ser reconocido como un símbolo general de oposición, incluso por quienes no le seguían. Pero tolerar a cualquier líder, aunque sea como una mera figura representativa, es en el mejor de los casos una medida temporal que debería abandonarse tan pronto como sea posible una acción más independiente —como hicieron aquellos trabajadores petroleros iraníes que en otoño de 1978 creyeron tener la fuerza suficiente para ir a la

huelga en días diferentes a los convocados por Khomeini.

La Iglesia Católica en la Polonia estalinista jugó un papel igualmente ambiguo: el estado utilizó a la Iglesia para que le ayudase a controlar a la gente, pero la gente también utilizó a la Iglesia para que le ayudase a soslayar al estado.

Una ortodoxia fanática es a menudo el primer paso hacia una auto-expresión más radical. Puede que los extremistas islámicos sean altamente reaccionarios, pero al desarrollar el hábito de tomar los acontecimientos en sus propias manos hacían complicado el retorno al “orden” y podían incluso, si se desilusionaban, llegar a ser genuinamente radicales —como ocurrió con parte de la igualmente fanática guardia roja durante la “revolución cultural” china, cuando lo que fue originalmente una mera treta de Mao para desplazar a algunos de sus rivales burocráticos condujo finalmente a la insurgencia incontralada de millones de jóvenes que tomaron en serio su retórica antiburocrática¹.

3.2. Convulsiones de postguerra

Si alguien proclamara: “Yo soy la persona más grande, más fuerte, más noble, más inteligente y más pacífica del mundo”, sería considerado insoportable, cuando no loco. Pero si dice exactamente las mismas cosas sobre su país es tomado por un ciudadano admirablemente patriota. El patriotismo es extremadamente seductor porque permite al individuo más miserable librarse a un vicario narcisismo colectivo. El afecto nostálgico natural del hogar y la tierra es transformado en un culto estúpido del estado. Los miedos y resentimientos de la gente se proyectan hacia los extranjeros mientras sus aspiraciones frustradas de una comunidad auténtica se proyectan místicamente en su propia nación, que es vista de algún modo como esencialmente maravillosa a pesar de todos sus defectos. (“Sí, América tiene sus problemas; pero por lo que estamos luchando es por la América *real*, por todo lo que América representa realmente”). Esta conciencia mística de rebaño resulta casi irresistible durante la guerra, sofocando finalmente toda tendencia radical.

Sin embargo el patriotismo ha ejercido a veces una función en la puesta en marcha de las luchas radicales (e. g. Hungría 1956). E incluso la guerra ha traído a veces revueltas entre sus secuelas. Quienes han soportado la mayor parte de las cargas militares, supuestamente en nombre de la libertad y la democracia, pueden reclamar al volver a casa una parte ajustada a lo que han aportado. Al ver las luchas históricas en acción y adquirir el hábito de tratar con los obstáculos para destruirlos, se hallan menos inclinados a creer en un status quo inmutable.

Las dislocaciones y desilusiones producidas por la I Guerra Mundial llevaron a sublevaciones en toda Europa. Si la II Guerra Mundial no ocasionó lo mismo fue porque el radicalismo genuino había sido destruido por el estalinismo, el fascismo y el reformismo; porque las justificaciones de los vencedores para llevar a cabo la guerra, aunque llenas de mentiras como siempre, fueron más creíbles que de costumbre (los enemigos vencidos eran obviamente los malos); y porque esta vez los vencedores se cuidaron de elaborar por adelantado el restablecimiento del orden de postguerra (se entregó Europa del este a Stalin a cambio de que garantizase la docilidad de los partidos comunistas francés e italiano y el abandono del Partido Comunista Griego insurgente). No obstante la sacudida de la guerra fue suficiente para abrir el camino de una revolución estalinista autónoma en China (que Stalin no había querido, puesto que esto amenazaba su dominio exclusivo sobre el “campo socialista”) y para dar un nuevo ímpetu a los movimientos anticoloniales (que los poderes coloniales europeos no querían, aunque fuesen finalmente capaces de mantener los aspectos más provechosos de su dominación a través de una suerte de neocolonialismo económico que Estados Unidos ya estaba practicando).

Ante la perspectiva de un vacío de poder en la postguerra, los dominadores colaboran con frecuencia con enemigos ostensibles para reprimir a su propio pueblo. Al terminar la guerra franco-germana de 1870–71 el ejército alemán victorioso ayudó a sitiar la Comuna de París, posibilitando que los dominadores franceses la aplastaran más fácilmente. Cuando el ejército estalinista se aproximaba a Varsovia en 1944 llamó a la gente de la ciudad a levantarse contra los ocupantes nazis, y después esperó fuera de la ciudad unos días mientras los nazis suprimían a los elementos independientes así descubiertos que más tarde podrían haberse resistido a la imposición del estalinismo. Hemos visto recientemente un escenario similar en la alianza de facto Bush-Saddam tras la Guerra del Golfo, cuando, después de llamar al pueblo iraquí a alzarse contra Saddam, el ejército americano masacró sistemáticamente a los conscriptos iraquíes que se replegaban de Kuwait (quienes, si hubieran alcanzado su país, habrían estado maduros para

¹Sobre la revolución cultural, ver “Le point d’explosion de l’ideologie en Chine”, *Internationale Situationniste*, §11 y Simon Leys: *The Chairman’s New Clothes*.

la revuelta) mientras dejaba a la Guardia Republicana de élite de Saddam intacta y libre para aplastar las inmensas sublevaciones al norte y al sur de Irak².

En las sociedades totalitarias los agravios son obvios, pero la revuelta es difícil. En las sociedades “democráticas” las luchas son más fáciles, pero los objetivos están menos claros. Controlados en gran medida por el condicionamiento inconsciente o por vastas y aparentemente incomprensibles fuerzas (“el estado de la economía”) y ante la oferta de un amplio surtido de elecciones aparentemente libres, nos resulta difícil comprender nuestra situación. Como un rebaño de ovejas, somos conducidos en la dirección deseada, pero se deja el margen suficiente a las variaciones individuales para permitirnos preservar una ilusión de independencia.

Los impulsos al vandalismo y el enfrentamiento violento pueden verse a veces como intentos de romper con esta abstracción frustrante y llegar a aferrar algo concreto.

Así como la primera organización del proletariado clásico fue precedida, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, por un período de actos “criminales” aislados, dirigidos a la destrucción de las máquinas de producción que privaban a la gente de su trabajo, asistimos actualmente a la primera aparición de un vago vandalismo hacia las máquinas de consumo que nos privan igualmente de la vida. Es obvio que en este caso como entonces lo valioso no es la destrucción en sí misma, sino la insumisión que puede ser ulteriormente transformada en un proyecto positivo para reconvertir las máquinas en el sentido de un incremento del poder real de los hombres. (“Los malos días pasarán”, *Internationale Situationniste*, §7).

(Adviértase, de paso, esta última frase: El hecho de señalar un síntoma de crisis social, y defenderlo incluso como una reacción comprensible, no implica necesariamente que sea una táctica recomendable).

Podrían enumerarse muchos otros desencadenantes de situaciones radicales. Una huelga puede extenderse (Rusia 1905); la resistencia popular a cualquier amenaza reaccionaria puede desbordar los límites oficiales (España 1936); la gente puede sacar provecho de una liberalización simbólica para ir más lejos (Hungría 1956, Checoslovaquia 1968); un pequeño número de acciones ejemplares pueden catalizar un movimiento de masas (las primeras ocupaciones por los derechos civiles en los Estados Unidos, mayo de 1968 en Francia); un atropello particular puede ser la gota que colme el vaso (Watts 1956, Los Ángeles 1992); el colapso súbito de un régimen puede dejar un vacío de poder (Portugal, 1974); una ocasión especial puede reunir a la gente en tal número que sea imposible evitar que expresen sus resentimientos y aspiraciones (Tiananmen 1976 y 1989;) etc.

Pero una crisis social envuelve tantos imponderables que pocas veces es posible predecirla, y mucho menos provocada. En general parece que lo mejor es apoyar los proyectos que más nos atraigan personalmente, mientras procuramos mantenernos lo bastante conscientes para reconocer rápidamente nuevos desarrollos significativos (peligros, tareas urgentes, oportunidades favorables) que reclamen nuevas tácticas.

Mientras tanto, podemos pasar a examinar alguno de los escenarios decisivos de las situaciones radicales una vez que se han desencadenado.

3.3. Eferescencia de situaciones radicales

Una situación radical es una revelación colectiva. En un extremo puede envolver a unas cuantas docenas de personas en un barrio o lugar de trabajo; en el otro se funda en una situación revolucionaria plena que implica a millones de personas. No es cuestión de número, sino de participación y diálogo siempre públicos y abiertos. El incidente que hay en el origen del Free Speech Movement (FSM, Movimiento por la libre expresión) en 1964 es un ejemplo clásico y particularmente hermoso. Cuando la policía llevaba arrestado a un activista por los derechos civiles del campus de la universidad en Berkeley, algunos estudiantes se sentaron delante del coche de la policía; en unos minutos otros cientos seguían espontáneamente su ejemplo, rodeando el coche de forma que no podía avanzar. Durante las siguientes 32 horas la carrocería del coche se transformó en tribuna para el debate abierto. La ocupación de

²“Como chiitas y kurdos combatían el régimen de Saddam Hussein y los partidos de oposición iraquí trataban de remendar juntos un futuro democrático, los Estados Unidos se encontraron en la incómoda posición de apoyar la continuación de una dictadura de partido único en Irak. Las declaraciones del gobierno de los Estados Unidos, incluida la del presidente Bush, habían acentuado el deseo de ver a Saddam Hussein derrocado, pero no a Irak dividida en una guerra civil. Al mismo tiempo, los oficiales de la administración de Bush habían insistido en que la democracia no es actualmente una alternativa viable para Irak. . . Esto puedo explicar el hecho de que hasta aquí, la administración rechazase reunirse con los líderes de la oposición iraquí en el exilio. . . ‘Los árabes y los americanos tienen la misma agenda’, dijo un diplomático de la coalición (contra Irak). ‘Queremos a Irak en los mismo límites y que Saddam desaparezca. Pero aceptaremos a Saddam en Baghdad para mantener Irak como un estado’ ” (*Christian Science Monitor*, 20 marzo 1991).

la Sorbona de mayo del 68 creó una situación aún más radical al atraer a gran parte de la población parisina no estudiantil; entonces la ocupación de las fábricas por los trabajadores por toda Francia se transformó en una situación revolucionaria.

En tales situaciones la gente se vuelve mucho más susceptible de llevar a cabo nuevas iniciativas, más dispuestas a cuestionar las antiguas creencias, más proclive a penetrar la farsa habitual. Cada día *algunas* personas pasan por experiencias que les llevan a cuestionar el sentido de sus vidas; pero durante una situación radical prácticamente todo el mundo lo hace al mismo tiempo. Cuando la máquina se detiene, las propias piezas empiezan a preguntarse por su función.

Los jefes son ridiculizados. Las órdenes no se respetan. Las separaciones se disuelven. Los problemas personales se convierten en cuestiones públicas; las cuestiones públicas que parecían distantes y abstractas se transforman en un asunto práctico inmediato. Se examina el viejo orden, se le critica, se le satiriza. La gente aprende más sobre la sociedad en una semana que en años de “estudios sociales” académicos o “toma de conciencia” izquierdista. Se reviven experiencias largo tiempo reprimidas³. Todo parece posible —y muchas más cosas lo son realmente. La gente apenas puede creer lo que tenía que soportar en los “viejos días”. Aunque el resultado sea incierto, la experiencia se contempla muchas veces como valiosa en sí misma. “Sólo tenemos tiempo. . .” escribió un graffitero de mayo del 68; al que otros dos respondieron: “En todo caso, ¡no nos arrepentimos!” y “Tres días ya de felicidad”.

Cuando el trabajo se interrumpe, el frenético ir y venir es sustituido por el paseo ocioso, el consumo pasivo por la comunicación activa. Los desconocidos entablan animadas conversaciones en las esquinas. Los debates se suceden sin parar, nuevos recién llegados reemplazan constantemente a aquellos que marchan a otras actividades o tratan de conseguir unas horas de sueño, aunque están normalmente demasiado excitados para dormir mucho tiempo. Mientras unos sucumben a los demagogos, otros empiezan a hacer sus propias propuestas y toman sus propias iniciativas. Los espectadores se lanzan al torbellino y atraviesan cambios increíblemente rápidos. (Un hermoso ejemplo de mayo de 1968: el director del Teatro Nacional de Odeon se retiró consternado al fondo de la escena al ser tomado por las multitudes radicales; pero después de considerar la situación durante unos minutos, avanzó y exclamó: “¡Sí! ¡Ahora que lo tenéis, defendedlo, nunca lo entreguéis; quemadlo antes de hacerlo!”. Citado en el cap. 6 de *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*).

Por supuesto, no todo el mundo es ganado inmediatamente por la causa. Algunos se retraen simplemente, anticipándose al momento en que el movimiento amaine y puedan recuperar sus posesiones y sus posiciones y vengarse. Otros vacilan, desgarrados entre el deseo y el miedo al cambio. Una brecha de unos días puede no ser suficiente para romper el tiempo de vida de condicionamiento jerárquico. La quiebra de los hábitos y rutinas puede ser tan desorientadora como liberadora. Todo sucede tan rápido que es fácil sentir pánico. Y si se logra mantener la calma, no es fácil comprender todos los factores en juego lo bastante deprisa para determinar qué hacer, lo cual puede parecer obvio a posteriori. Uno de los principales propósitos de este texto es indicar algunas situaciones típicas recurrentes, de forma que la gente pueda estar preparada para reconocer y explotar tales oportunidades antes de que sea demasiado tarde.

Las situaciones radicales son los raros momentos en que el cambio cualitativo llega a ser realmente posible. Lejos de ser anormales, revelan en qué medida estamos casi siempre anormalmente reprimidos. En comparación con ellas la vida “normal” parece la de un sonámbulo. Aunque se han escrito un gran número de libros sobre las revoluciones, pocos han hablado en extensión de estos momentos. Aquellos que tratan sobre las revueltas modernas más radicales son casi siempre meramente descriptivos, aportando quizás alguna insinuación de lo que se siente en tales experiencias pero aportando pocas veces alguna penetración táctica útil. Los estudios de las revoluciones burguesa y burocrática son incluso menos relevantes generalmente. En tales revoluciones, donde las “masas” jugaron sólo un papel de apoyo temporal a una u otra dirección, su conducta puede analizarse en gran medida como los movimientos de las masas físicas, en términos de metáforas familiares del flujo y el reflujo de las mareas, la oscilación del péndulo entre la radicalidad y la reacción, etc. Pero una revolución antijerárquica requiere que las personas dejen de ser homogéneas, masas manipulables, que vayan más allá del servilismo y la inconsciencia que les sujetan a este tipo de previsibilidad mecanicista.

³“Me resulta pasmosa la memoria de la gente para retener su propio pasado revolucionario. Los eventos presentes han sacudido esta memoria. Las fechas que nunca aprendieron en la escuela, las canciones nunca cantadas abiertamente, son recordadas en su totalidad. . . El ruido, el ruido, el ruido todavía suena en mis oídos. Los cuernos tocando a juego, los gritos, los eslóganes, los cantos y bailes. Nada estaba dado por Dios, todo debía hacerse por el hombre. La gente podía ver su miseria y sus problemas en una posición histórica. . . Ha pasado una semana, y ya parecen varios meses. Toda hora ha sido vivida intensamente. Ya es difícil recordar el aspecto anterior de los periódicos, o lo que la gente decía entonces. ¿No ha habido siempre una revolución?” (Phil Mailer, *Portugal: ¿La revolución imposible?*).

3.4. Autoorganización popular

En los sesenta se pensaba generalmente que la mejor manera de favorecer una desmasificación tal era formar “grupos de afinidad”: pequeñas asociaciones de amigos con estilos de vida y perspectivas compatibles. Formar tales grupos tenía muchas ventajas obvias. Pueden decidir sobre un proyecto y llevarlo a cabo inmediatamente; son difíciles de infiltrar; y pueden vincularse a otros cuando sea necesario. Pero incluso dejando de lado los diversos peligros a los que la mayoría de los grupos de afinidad de los sesenta sucumbió pronto, es preciso reconocer el hecho de que algunos asuntos requieren una organización a gran escala. Y los grandes grupos se revertirán pronto aceptando la jerarquía a menos que logren organizarse de una forma que haga innecesarios a los líderes.

Una de las formas más simples, para que comience a organizarse una asamblea es que quienes tengan algo que decir se organicen por turnos, físicamente o mediante listas, concediéndose un cierto tiempo a cada uno dentro del cual puedan decir lo que quieran. (La asamblea de la Sorbona y la concentración del FSM alrededor del coche de la policía establecieron un límite de tres minutos para cada uno, que se extendían ocasionalmente por aclamación popular). Algunos de los oradores propondrán proyectos específicos que precipitarán grupos más pequeños y más operativos. (“Algunos de nosotros pretendemos hacer tal y tal; cualquiera que quiera tomar parte puede unirse a nosotros a tal o cual hora y lugar”). Otros suscitarán temas que tendrán que ver con los objetivos generales de la asamblea y su funcionamiento permanente. (¿A quiénes incluye? ¿Cuándo se reunirá de nuevo? ¿Cómo tratará en el ínterin los nuevos desarrollos urgentes? ¿A quién se delegarán los problemas específicos? ¿Con qué grado de responsabilidad?). En este proceso los participantes verán pronto lo que funciona y lo que no —con qué rigor se necesitan ser ordenados los delegados, si hace falta un moderador para facilitar la discusión y que no hablen todos a la vez, etc. Son posibles muchos modos de organización; lo esencial es que las cosas sigan siendo abiertas, democráticas y participativas, que cualquier tendencia a la jerarquía o la manipulación sea inmediatamente expuesta y rechazada.

3.5. El FSM

A pesar de su ingenuidad y de sus confusiones y falta de responsabilidad delegada rigurosa, el FSM es un buen ejemplo de las tendencias espontáneas hacia la autoorganización práctica que surge en una situación radical. Se formaron dos docenas de “centrales” para coordinar impresión, comunicados de prensa, asistencia legal, búsqueda de comida, sistemas de megafonía y otros suministros necesarios, o colocar voluntarios que habían indicado sus habilidades y disponibilidad para diferentes tareas. Cadenas de llamadas telefónicas hicieron posible contactar a veinte mil estudiantes en poco tiempo.

Pero más allá de las meras cuestiones de eficiencia práctica, e incluso más allá de los temas políticos ostensibles, los insurgentes rompieron con toda la fachada espectacular y descubrieron el sabor de la vida real, la comunidad real. Un practicante estimó que en unos meses había llegado a conocer, al menos vagamente, a dos o tres mil personas —es en una universidad que sobresalía por “transformar a las personas en números”. Otro escribió conmovedoramente: “Al enfrentar una institución aparente y frustradamente diseñada para despersonalizar y bloquear la comunicación, ni humana ni elegante ni sensible, encontramos que florecía en nosotros la presencia por cuya ausencia protestábamos de corazón”⁴.

Una situación radical debe extenderse o fracasar. En casos excepcionales puede servir como base más o menos permanente un lugar particular, un centro de coordinación y refugio de la represión externa. (Sanrizuka, una región rural cercana a Tokyo ocupada por los granjeros locales en los años 70 en un esfuerzo para bloquear la construcción de un nuevo aeropuerto, fue tan terca y logradamente defendida durante muchos años que vino a ser utilizada como cuartel general de diversas luchas de todo Japón). Pero una localización fija facilita la manipulación, vigilancia y represión, y el estar comprometido con su defensa inhibe la libertad de la gente para moverse alrededor. Las situaciones radicales se caracterizan siempre por una gran circulación: mientras unos convergen en los lugares clave para ver lo que sucede otros se dispersan para ampliar la contestación a otras áreas.

⁴Uno de los momentos más intensos fue cuando los huelguistas alrededor del coche de la policía evitaron la confrontación potencialmente violenta con una turba hostil de estudiantes conservadores que trataban de interrumpir la asamblea permaneciendo completamente en silencio durante media hora. Al no recibir viento por sus velas, los que interrumpían llegaron a aburrirse y desconcertarse, y finalmente se dispersaron. Tal silencio colectivo tiene la ventaja de disolver las relaciones compulsivas de ambos lados; ya que no hay nada implícito en él, sin el dudoso contenido de muchos eslógans y canciones. (Cantar “We Shall Overcome” (“Venceremos”: canción popular del movimiento por los derechos civiles) ha servido también para calmar a la gente en situaciones difíciles, pero al precio de sentimentalizar la realidad).

Una gestión simple pero esencial en cualquier situación radical es que la gente comunique lo que están haciendo y por qué. Aunque se trate de algo muy limitado, esa comunicación en sí misma es ejemplar: contribuye a extender la partida a un campo más amplio incitando a otros a unirse, rompe con la usual dependencia de los rumores, de los medios espectaculares y de los portavoces autoproclamados.

Es también un paso crucial de auto-clarificación. Una propuesta para lanzar un comunicado colectivo presenta alternativas concretas: ¿Con quién queremos comunicar? ¿Con qué propósito? ¿Quién está interesado en este proyecto? ¿Quién está de acuerdo con esta declaración? ¿Quién discrepa? ¿En qué puntos? Esto puede conducir a una polarización cuando la gente ve las posibilidades diferentes de la situación, recompone sus propios puntos de vista y se agrupa con dos personas de la misma opinión para llevar a cabo diversos proyectos. Tal polarización clarifica puntos a todos. Cada tendencia sigue siendo libre de expresarse y probar en la práctica sus ideas, y el resultado puede discernirse más claramente que si se mezclasen estrategias contradictorias con algún compromiso que hiciese de mínimo denominador común. Cuando la gente encuentra y reconoce una necesidad práctica de coordinación, se coordinará; mientras tanto, la proliferación de individuos autónomos es más fructuosa que la “unidad” superficial y organizada desde arriba a la que siempre apelan los burócratas.

Las grandes muchedumbres permiten a la gente hacer muchas veces cosas que serían imprudentes si fuesen acometidas por individuos aislados; y acciones colectivas, como huelgas y boicots, exigen que la gente actúe concertadamente, o al menos que no vayan contra la decisión de la mayoría. Pero muchos otros asuntos pueden tratarse directamente por individuos o grupos pequeños. Mejor golpear cuando el hierro está caliente que perder el tiempo tratando de debatir las objeciones de masas de espectadores que están todavía bajo el dominio de los manipuladores.

3.6. Los situacionistas en mayo de 1968

Los pequeños grupos tienen todo el derecho a elegir sus colaboradores: algunos proyectos pueden requerir capacidades específicas o un acuerdo pleno entre los participantes. Una situación radical abre posibilidades más amplias entre un sector más amplio de gente. Simplificando los temas básicos y rompiendo con las separaciones habituales, hace que la masa de gente ordinaria sea capaz de llevar adelante tareas que no hubiera imaginado una semana antes. En cualquier caso, las masas autoorganizadas son las únicas que pueden llevar adelante aquellas tareas —nadie más puede hacerlo en su lugar.

¿Cuál es el papel de los individuos radicales en tal situación? Está claro que no deben afirmar que representan o lideran a la gente. Por otro lado es absurdo afirmar, con el pretexto de evitar las jerarquías, que hay que “disolverse en masa” y dejar de proponer los propios puntos de vista o de emprender los propios proyectos. No tienen por qué hacer menos que los individuos ordinarios de “la masa”, que deben expresar sus puntos de vista y emprender sus proyectos o nada en absoluto sucedería. En la práctica aquellos radicales que afirman tener miedo de “decir a la gente lo que tiene que hacer” o de “actuar en lugar de los trabajadores” terminan generalmente no haciendo nada o disfrazando las interminables reiteraciones de su ideología como “informes de discusiones entre algunos trabajadores” (cf. las críticas de la I.S. a ICO en “Commencement d’une époque” y “Preliminaires sur les conseils”).

Los situacionistas y Enragés tuvieron una práctica considerablemente más lúcida y directa en mayo de 1968. Durante los primeros tres o cuatro días de ocupación de la Sorbona (14–17 de mayo) expresaron abiertamente sus puntos de vista acerca de las tareas de la asamblea y el movimiento en general. Sobre la base de aquellos puntos de vista uno de los Enragés, René Riesel, fue elegido para el primer Comité de Ocupación de la Sorbona, y él y los demás delegados fueron reelegidos al día siguiente.

Riesel y otro delegado (el resto desaparecieron aparentemente sin desempeñar sus responsabilidades) se esforzaron en llevar a cabo las dos políticas que habían defendido: mantener la democracia total en la Sorbona y difundir lo más ampliamente posible las llamadas a la ocupación de fábricas y a la formación de los consejos obreros. Pero cuando la asamblea permitió repetidamente que su Comité de Ocupación fuera contradicho por varias burocracias izquierdistas no elegidas y dejó de afirmar la llamada a los consejos obreros (negando por tanto a los trabajadores el estímulo para que hiciesen lo que la propia asamblea estaba haciendo en la Sorbona), los Enragés y situacionistas abandonaron la asamblea y continuaron su agitación independientemente.

No hay nada no democrático en este abandono: la asamblea de la Sorbona siguió siendo libre de hacer lo que quería. Pero cuando dejó de responder a las tareas urgentes de la situación e incluso contradujo sus propias pretensiones de democracia, los situacionistas sintieron que ya no podía considerarse un punto focal de las posibilidades más radicales del movimiento. Su diagnosis fue confirmada por el colapso subsecuente de cualquier pretensión de democracia participativa en la Sorbona: tras su partida

de la asamblea ya no hizo elecciones y revirtió hacia la forma típica izquierdista de burócratas auto-proclamados llevando las cosas sobre las cabezas de las masas pasivas.

Mientras esto estaba ocurriendo entre unas mil personas en la Sorbona, millones de trabajadores estaban ocupando sus fábricas en todo el país. (De ahí el absurdo de caracterizar mayo de 1968 como un “movimiento estudiantil”). Los situacionistas, los Enragés y unas docenas de otros revolucionarios consejistas formaron el Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones (CMDO) con el objeto de incitar a estos trabajadores a prescindir de las burocracias sindicales y vincularse directamente uno a otro para realizar las posibilidades radicales que su acción había ya desplegado⁵.

3.7. El obrerismo está obsoleto, pero la posición de los trabajadores sigue siendo pivotal

“La indignación virtuosa es un poderoso estimulante, pero una dieta peligrosa. Recordar el viejo proverbio: la cólera es mala consejera. . . Allí donde tus simpatías son fuertemente conmovidas por alguna persona o personas cruelmente maltratadas de las de que no sabes nada excepto que son maltratadas, tu generosa indignación les atribuye toda suerte de virtudes, y toda suerte de vicios a aquellos que las oprimen. Pero la verdad franca es que la gente maltratada es peor que la gente bien tratada”.

George Bernard Shaw, *The Intelligent Woman’s Guide to Socialism and Capitalism*.

“Aboliremos los esclavos porque no podemos aguantar su mirada”.

Nietzsche

Luchar por la liberación no supone aplaudir los rasgos de lo oprimido. La más extrema injusticia de la opresión social es que es más probable que degrade a las víctimas que las ennoblezca.

Gran parte de la retórica izquierdista tradicional procede de nociones obsoletas de la ética del trabajo: el burgués sería malo porque no realiza ningún trabajo productivo, mientras que los honorables proletarios merecían los frutos de su trabajo, etc. Como el trabajo ha llegado a ser cada vez más innecesario y dirigido hacia fines cada vez más absurdos, esta perspectiva ha perdido todo el sentido que pudiera haber tenido alguna vez. La cuestión no es alabar el trabajo, sino abolirlo.

La dominación de clase no ha desaparecido sólo porque un siglo de demagogia izquierdista haya conseguido que parte de la vieja terminología radical suene lo bastante sensiblera. Mientras hacía desaparecer progresivamente ciertos tipos de trabajo manual tradicional y abandonaba al desempleo permanente a sectores enteros de la población, el capitalismo moderno ha proletarizado a casi todos los demás. Oficinistas, técnicos, e incluso profesionales de clase media que antiguamente se ufanaban de su independencia (médicos, científicos, académicos) están cada vez más sujetos a la más cruda comercialización e incluso a una regimentación semejante al trabajo en cadena.

Menos de un 1 % de la población mundial posee el 80 % del territorio. E incluso en los supuestamente más igualitarios Estados Unidos, la disparidad económica es extrema y se hace constantemente más extrema. Hace veinte años el salario medio de un alto dirigente era 35 veces mayor que el salario medio del obrero de fábrica; hoy equivale a al menos 120 veces. Hace veinte años el 0.5 % de los más ricos de la población americana poseía el 14 % de la riqueza privada total; ahora poseen el 30 % de la misma. Pero tales proporciones no dan la medida completa del poder de esta élite. La “riqueza” de las clases media y baja se dedica casi enteramente a cubrir sus necesidades cotidianas, dejando poco o nada para invertir en cualquier plano significativo que dé poder social. Un magnate que posea tan sólo el cinco o el diez por ciento de una sociedad anónima podrá normalmente *controlarla* (debido a la apatía de la masa no organizada de pequeños accionistas), ejerciendo así tanto poder como si poseyera la corporación entera. Y hacen falta sólo unas cuantas corporaciones mayores (cuyas direcciones están estrechamente interrelacionadas una con otra y con las burocracias más altas del gobierno) para comprar, suprimir o marginalizar a competidores independientes más pequeños y controlar efectivamente a los políticos clave y a los medios.

El espectáculo omnipresente de la prosperidad de la clase media ha ocultado esta realidad, especialmente en los Estados Unidos donde, debido a su historia particular (y a pesar de la violencia de muchos

⁵Sobre mayo de 1968 ver René Viénet: *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*, y “El comienzo de una nueva época” en *Internationale Situationniste*, §12. También se recomienda Roger Grégoire y Fredy Perlman: *Worker-Student Action Committees, France May ’68* (Black & Red, 1969).

de sus conflictos de clase del pasado), la gente es más ingenuamente inconsciente de las divisiones de clase que en cualquier otra parte del mundo. La extensa variedad de etnias y la multitud de gradaciones intermedias complejas han amortiguado y oscurecido la distinción fundamental entre dominantes y dominados. Los americanos poseen suficientes mercancías para no tener que prestar atención al hecho de que otros posean la sociedad completa. Excepto quienes están en lo más bajo, que no pueden evitar conocer mejor esto, asumen generalmente que la pobreza es culpa de los pobres, que cualquier persona emprendedora encontrará siempre muchas oportunidades, que si no puedes tener una vida satisfactoria en algún lugar puedes encontrar siempre un nuevo punto de partida en cualquier otro. Hace un siglo, cuando la gente simplemente tenía que desplazarse más al oeste, esta creencia tenía algún fundamento; la persistencia del espectáculo nostálgico de la frontera oscurece el hecho de que las condiciones presentes son muy diferentes y que ya no tenemos ningún sitio donde ir.

Los situacionistas utilizaron el término *proletariado* (o más precisamente, el nuevo proletariado) en un sentido amplio para referirse a “todos aquellos que no tienen poder sobre sus propias vidas y lo saben”. Este uso puede ser poco riguroso, pero tiene el mérito de acentuar el hecho de que la sociedad está todavía dividida en clases, y que la división fundamental se da todavía entre unos cuantos que poseen y controlan todo y el resto que tiene poco o nada que cambiar más que su propio poder de trabajo. En algunos contextos puede ser preferible utilizar otros términos, como “el pueblo”; pero no cuando esto contribuye a mezclar indiscriminadamente a explotadores con explotados.

No se trata de romantizar a los trabajadores asalariados que, no sorprendentemente, considerando que el espectáculo se diseña sobre todo para mantenerlos engañados, están con frecuencia entre los sectores más ignorantes y reaccionarios de la sociedad. Ni es cuestión de sopesar agravios diferentes para ver quién está más oprimido. Toda forma de opresión debe ser contestada, y todos pueden contribuir a esta contestación —mujeres, jóvenes, desempleados, minorías, lumpen, bohemios, campesinos, clases medias, e incluso renegados de la élite dominante. Pero ninguno de estos grupos puede alcanzar una liberación definitiva sin abolir el fundamento material de todas estas opresiones: el sistema de producción de mercancías y el trabajo asalariado. Y esta liberación sólo puede alcanzarse mediante la *auto-abolición* colectiva de los trabajadores asalariados. Sólo ellos tienen capacidad no sólo para llevar directamente a detenerse a todo el sistema, sino también para poner de nuevo las cosas en marcha de un modo fundamentalmente nuevo⁶.

Ni se trata de reconocer a nadie privilegios especiales. Los trabajadores en los sectores esenciales (alimentación, transporte, comunicaciones, etc.) que han rechazado a sus jefes capitalistas y sindicales y han comenzado a autogestionar sus actividades no tendrán obviamente interés en defender el “privilegio” de hacer todo el trabajo; por el contrario, tendrán un vivo interés en invitar a los otros, sean no trabajadores o trabajadores de sectores obsoletos (justicia, ejército, comercio, publicidad, etc.), a unirse a su proyecto para reducirlo y transformarlo. Cualquiera que tome parte cooperará en la toma de decisiones; sólo quedarán excluidos quienes permanezcan a un lado reclamando privilegios especiales.

El sindicalismo y el consejismo tradicionales se han inclinado excesivamente a tomar la división del trabajo existente como dada, como si la vida de la gente en una sociedad postrevolucionaria continuase girando alrededor de trabajos y lugares de trabajo fijos. Incluso dentro de la sociedad presente tal perspectiva se está haciendo cada vez más obsoleta: como la mayoría de la gente tiene trabajos absurdos y con frecuencia sólo temporales, sin identificarse de ninguna forma con ellos, y mucho otros no trabajan en absoluto en el mercado asalariado, los temas relativos al trabajo se convierten simplemente en un aspecto de una lucha más general.

Al principio de un movimiento puede convenir que los trabajadores se identifiquen como tales. (“Nosotros, trabajadores de tal o cual compañía, hemos ocupado nuestro lugar de trabajo con tales o cuales objetivo; urgimos a los trabajadores de otros sectores a hacer lo mismo”). La meta última, sin embargo, no es la autogestión de las empresas existentes. Pretender, digamos, que los trabajadores de los medios deban tener control sobre estos sólo porque trabajan allí casualmente sería tan arbitrario como el control actual por parte de cualquiera que los posee casualmente. La gestión de los trabajadores de las condiciones particulares de su trabajo deberá combinarse con la gestión por parte de la comunidad de los asuntos de incumbencia general. Amas de casa y otros que trabajan en condiciones relativamente separadas tendrán que desarrollar sus propias formas de organización que las capaciten para expresar sus intereses particulares. Pero los conflictos potenciales de intereses entre “productores” y “consumidores”

⁶“La clase obrera no sólo DETENDRÁ las industrias, sino que REABRIRÁ, bajo la gestión de los negocios apropiados, las actividades que sean necesarias para preservar la salud y la paz públicas. Si la huelga continúa, la clase obrera puede sentirse inclinada a evitar el sufrimiento público reabriendo más y más actividades BAJO SU PROPIA DIRECCIÓN. Y es por esto por lo que decimos que nos hemos metido en una carretera que conduce ¡NADIE SABE DÓNDE!” (Anuncio de la víspera de la huelga general de Seattle de 1919). Ver Jeremy Brecher: *Strike!* (South End, 1972), págs. 101–114. Recuentos más extensivos se incluyen en *Root & Branch: The Rise of the Worker's Movements* y en *Revolution in Seattle*, de Harvey O'Connor.

se superarán rápidamente cuando todos lleguen a estar directamente involucrados en ambos aspectos; cuando los consejos de trabajadores se interrelacionen con los consejos de comunidad y de barrio; y cuando las posiciones de trabajo fijas se apaguen gradualmente mediante la obsolescencia de la mayoría de los trabajos y la reorganización y rotación de aquellos que se mantengan (incluidos los trabajos del hogar y el cuidado de los niños).

Los situacionistas estuvieron verdaderamente en lo cierto al luchar por la formación de los consejos obreros durante las ocupaciones de fábricas de mayo de 1968. Pero debería anotarse que tales ocupaciones se pusieron en movimiento mediante acciones de la juventud en gran medida no trabajadora. Los situacionistas posteriores a mayo del 68 tendieron a caer en una especie de obrerismo (aunque con una ética resolutivamente anti-obrerista), contemplando la proliferación de huelgas salvajes como el mejor indicador de las posibilidades revolucionarias mientras dedicaban menos atención a desarrollos sobre otros terrenos. En realidad sucede frecuentemente que los obreros que son poco radicales a otros aspectos son forzados a unirse a las luchas salvajes debido tan sólo a la descarada traición de sus sindicatos; y por otra parte, se puede resistir al sistema de muchas formas además de las huelgas (incluyendo en primer lugar evitar el trabajo asalariado en la medida en que sea posible). Los situacionistas reconocieron correctamente la autogestión colectiva y la “subjetividad radical” del individuo como aspectos complementarios e igualmente esenciales del proyecto revolucionario, pero sin conseguir completamente llegar a unirlos (aunque ciertamente lo hicieron más estrechamente que los surrealistas, que trataron de vincular la revuelta política y cultural declarando su adhesión ferviente a una u otra versión de la ideología bolchevique)⁷.

3.8. Huelgas salvajes y ocupaciones

Las huelgas salvajes presentan posibilidades interesantes, especialmente si los huelguistas ocupan su lugar de trabajo. Esto no sólo hace su posición más segura (previene de cierres y esquirolas, y las máquinas y productos sirven como rehenes contra la represión), pone a todos juntos, garantizando prácticamente la autogestión colectiva de la lucha e insinuando la idea de la autogestión de la sociedad completa.

Una vez que el funcionamiento habitual de la fábrica se ha detenido todo adquiere un aspecto diferente. Un lugar de trabajo triste puede transfigurarse en un espacio casi sagrado, celosamente guardado contra la intrusión profana de los jefes o la policía. Un observador de la ocupación de 1937 en Flint, Michigan, describió a los huelguistas como “niños jugando a un nuevo y fascinante juego. Habían hecho un palacio de lo que había sido su prisión”. (Citado en *Sit-Down: The General Motors Strike of 1936-1937*, de Sidney Fine). Aunque el objetivo de la huelga era simplemente conseguir el derecho a sindicación, su organización fue prácticamente consejista. En las seis semanas que vivieron en su fábrica (utilizando como camas asientos de coche y coches como armarios) una asamblea general de todos los 1200 trabajadores se reunía dos veces al día para determinar políticas relativas a la alimentación, sanidad, información, educación, reclamaciones, comunicación, seguridad, defensa, deportes y entretenimientos, y para elegir comités responsables y frecuentemente rotativos para llevarlas a cabo. Hubo incluso un Comité de Rumores, cuyo propósito era contrarrestar la desinformación averiguando la fuente y probando al validez de cada rumor. Fuera de la fábrica, las mujeres de los huelguistas se ocupaban de reunir comida y organizar piquetes, publicidad, y coordinación con los trabajadores de otras ciudades. Algunas de las más audaces organizaron una Brigada de Emergencia de Mujeres que tenía un plan de contingencia para formar una zona de choque en caso de ataque de la policía contra la fábrica. “Si la policía quiere disparar tendrán que hacerlo contra nosotras”.

Desafortunadamente, aunque los trabajadores mantienen una posición pivotal en algunas áreas cruciales (servicios, comunicación, transporte), otros sectores tienen menor capacidad que en el pasado. Las compañías multinacionales tienen normalmente amplias reservas y pueden esperar más que los trabajadores o trasladar operaciones a otros países, mientras los trabajadores tienen que resistir un tiempo duro sin entrada de salario. Lejos de amenazar algo esencial, muchas huelgas actuales son meras llamadas a posponer el cierre de industrial obsoletas que están perdiendo dinero. Así, aunque la huelga siga siendo

⁷Raoul Vaneigem (que escribió incidentalmente una breve y buena historia crítica del surrealismo) representó la expresión más clara de ambos aspectos. Su librito *De la grève sauvage à l'autogestion généralisée* (“De la huelga salvaje a la autogestión generalizada”) recapitula provechosamente una serie de tácticas básicas durante las huelgas salvajes y otras situaciones radicales así como varias posibilidades de organización postrevolucionaria. Desafortunadamente está también adornado con la inflada verborrea característica de los escritos post-IS de Vaneigem, atribuyendo a las luchas obreras un contenido vaneigemista que no es necesario ni está justificado. El aspecto de la subjetividad radical se coaguló en una ideología de hedonismo tediosamente repetida en los últimos libros de Vaneigem (*El libro de los placeres*, etc), que se leen como cándidas parodias de las ideas con las que trató tan incisivamente en sus trabajos anteriores.

la táctica más básica de los trabajadores, deben también inventar otras formas de lucha en el trabajo y encontrar vías de relación con luchas en otros terrenos.

3.9. Huelgas de consumo

Como las huelgas obreras, las huelgas de consumo (boicots) dependen tanto del poder que puedan ejercer como del apoyo que puedan reclutar. Hay tantos boicots en favor de tantas causas que, excepto en algunos casos basados en algún tema moral notablemente claro, la mayoría fracasan. Como es con frecuencia el caso en las luchas sociales, las huelgas de consumidores más fructíferas son aquellas en que las personas están luchando directamente por sí mismas, como los antiguos boicots por los derechos civiles en el sur de los Estados Unidos o los movimientos de “autoreducción” en Italia y otros lugares en que comunidades enteras han decidido pagar sólo un cierto porcentaje de las facturas o de los billetes de tránsito de masas. Una huelga de renta es una acción particularmente simple y poderosa, pero difícilmente alcanza el grado de unidad necesario para iniciarla excepto entre aquellos que no tienen nada que perder; es por esto que los mayores desafíos ejemplares al fetiche de la propiedad privada están siendo llevados a cabo por los okupas sin techo.

En lo que pueden llamarse boicots a la inversa, la gente se une para *apoyar* alguna institución popular que ha sido amenazada. Reunir dinero para una escuela o librería local o institución alternativa es normalmente bastante banal, pero tales movimiento generan ocasionalmente un debate público saludable. En 1974 periodistas en huelga tomaron un periódico importante de Corea del Sur y comenzaron a publicar exposiciones de las mentiras y la represión gubernamentales. En un esfuerzo por arruinar el periódico sin tener que suprimirlo abiertamente, el gobierno presionó a todos los anunciantes para que retirasen sus anuncios del periódico. El público respondió comprando miles de anuncios individuales, utilizando su espacio para manifestaciones personales, poemas, citas de Tom Paine, etc. La “Columna de Apoyo a la Libertad de Expresión” pronto llenó bastantes páginas de cada número y su circulación se incrementó sucesivamente hasta que el periódico fue finalmente suprimido.

Pero las luchas de consumidores están limitadas por el hecho de que los consumidores son los receptores finales del ciclo de la economía: pueden ejercer una cierta presión mediante protestas o boicots o disturbios, pero no controlan los mecanismos de producción. En el incidente coreano mencionado arriba, por ejemplo, la participación del público sólo fue posible gracias a la toma del periódico por parte de los trabajadores.

Una forma particularmente interesante y ejemplar de lucha obrera es lo que se llama a veces “huelga social” o “huelga de donación”, en las que la gente prosigue con su trabajo pero de forma que prefigure un orden social libre: los trabajadores regalan los bienes que ha producido, los dependientes cobran menos a la clientela, los trabajadores del transporte permiten circular libremente a cualquiera. En febrero de 1981, 11.000 trabajadores de teléfonos ocuparon intercambiadores a través de toda la Columbia Británica y mantuvieron todos los servicios de teléfono sin cargo durante seis días antes de ser embaucados para que abandonasen su sindicato. Además, de conseguir muchas de sus demandas, parece que pasaron un tiempo maravilloso⁸. Se pueden imaginar formas de ir más allá y llegar a ser más selectivos, como bloquear llamadas de comercios y del gobierno mientras se permite que se hagan libremente llamadas personales. Los trabajadores postales podrían hacer lo mismo con las cartas; los del transporte podrían continuar enviando bienes necesarios mientras rechazan transportar a la policía o a tropas militares. . .

Pero este tipo de huelga no tendrían sentido para la gran mayoría de trabajadores cuyos trabajos no sirven para un propósito sensato. (Lo mejor que estos trabajadores pueden hacer es denunciar públicamente el absurdo de su propio trabajo, como hicieron algunos diseñadores de publicidad durante mayo de 1968). Más aún, incluso el trabajo útil está con frecuencia tan parcelado que los grupos separados de trabajadores pueden aportar pocos cambios por sí mismo. Y la pequeña minoría que consigue producir productos acabados y vendibles (como hicieron los trabajadores que en 1973 tomaron la fábrica de relojes en quiebra Lip en Besançon, Francia, y comenzaron a hacerla funcionar por sí mismos) continúan normalmente dependiendo de la financiación comercial y las redes de distribución. En el caso excepcional en que tales trabajadores lo consigan por sí mismos, llegan simplemente a ser una compañía

⁸“Es el segundo día de esto (esta huelga), y estoy cansada, pero comparado con las sensaciones positivas que están pasando por este lugar, la fatiga no tiene posibilidad de asentarse. . . ¿Quién olvidará la visión de la cara de los directores cuando les dijimos que nosotros teníamos ahora el control y que sus servicios ya no eran obviamente necesarios. . . Todo continúa normal, excepto que no facturamos las llamadas. . . Estamos también haciendo amigos de otros departamentos. Los muchachos del piso de abajo vienen a ayudarnos y aprender nuestros trabajos. . . Estamos volando. . . Nadando en adrenalina pura. Es como si poseyéramos toda la condenada empresa. . . Los signos que hay en la puerta dicen, CO-OP TEL: BAJO NUEVA DIRECCIÓN — NO SE PERMITEN DIRECTORES”. (Rosa Collette, “Operators Dial Direct Action”, *Open Road*, Vancouver, Sprint 1981).

capitalista más; con más frecuencia, sus innovaciones autogestionadas acaban simplemente racionalizando la operación en beneficio de los propietarios. Un “Estrasburgo de las fábricas” sólo puede ocurrir si los trabajadores que se encuentran en una situación la de Lip utilizan las facilidades y la publicidad de forma que les permita ir más lejos que los trabajadores de Lip (que luchaban simplemente para salvar sus empleos) llamando a otros a unírseles en la superación de todo el sistema de producción mercantil y el trabajo asalariado. Pero es poco probable que esto ocurra hasta que exista un movimiento lo bastante amplio que aumente las perspectivas de la gente y compense los riesgos —como en mayo de 1968, cuando la mayoría de las fábricas de Francia estaban ocupadas.

3.10. Lo que pudo suceder en mayo de 1968

Si, en una simple gran fábrica, entre el 16 y el 30 de mayo, se hubiese constituido una asamblea general como un *consejo* con todos los poderes de decisión y ejecución, expulsando a los burócratas, organizando su autodefensa y llamando a los huelguistas de todas las empresas a unirse a ellos, este paso cualitativo podría haber llevado inmediatamente al movimiento al *momento decisivo*. . . Un número muy amplio de empresas habrían seguido el camino así abierto. Esta fábrica podría haber tomado inmediatamente el lugar de la dudosa y en todos sentidos excéntrica Sorbona de los primeros días y haber llegado a ser el centro real del movimiento de las ocupaciones: *delegados* genuinos de los numerosos consejos que ya existían prácticamente en algunos de los edificios ocupados, y de todos los consejos que podrían haber proclamado la expropiación de todo el capital, *incluyendo el capital del estado*; al anunciar que todos los medios de producción del país serían en lo sucesivo propiedad colectiva del proletariado organizado en democracia directa; y llamar directamente (apoderándose finalmente de algunos medios de comunicación, por ejemplo) a los trabajadores del mundo entero a apoyar esta revolución. Algunos dirán que tal hipótesis es utópica. Nosotros respondemos: es precisamente porque el movimiento de las ocupaciones estuvo objetivamente en mucho momentos *a sólo una hora* de este resultado por lo que infundió tanto terror, visible a la vez para cualquiera en la impotencia del estado y en el pánico del llamado Partido Comunista, y en la conspiración de silencio mantenida desde entonces en lo concerniente a su gravedad. (“El comienzo de una nueva época”, *Internationale Situationniste*, §12).

Los que impidieron que esto sucediera fueron sobre todo los sindicatos, en particular el mayor del país: la CGT dominada por el Partido Comunista. Inspirados por la juventud rebelde que había combatido a la policía en las calles y tomado la Sorbona y otros edificios públicos, diez millones de trabajadores ignoraron a sus sindicatos y ocuparon prácticamente todas las fábricas y muchas de las oficinas del país, lanzando la primera huelga general salvaje de la historia. Pero la mayoría de estos trabajadores no tuvieron nada claro qué hacer después de que hubieron permitido que la burocracia sindical se insinuase al movimiento que había tratado de impedir. Los burócratas hicieron todo lo que pudieron para romper y fragmentar el movimiento: llamadas a breves huelgas, creación de falsas “organizaciones de base” compuestas por miembros fieles del Partido Comunista; control de los sistemas de megafonía; amañamiento de elecciones en favor del retorno al trabajo; y lo más crucial: cierre de las puertas de la fábrica para mantener a los trabajadores aislados unos de otros y de los otros insurgentes (con el pretexto de “defenderse contra los provocadores de fuera”). Los sindicatos procedieron entonces a negociar con los empresarios y el gobierno un paquete de bonificaciones salariales y de vacaciones. Este soborno fue rechazado enfáticamente por una amplia mayoría de trabajadores, que tenían la noción, aunque confusa, de que había un cambio más radical en la agenda. A primeros de junio, al presentar De Gaulle la alternativa de palo o zanahoria de nuevas elecciones o guerra civil, intimidó finalmente a muchos trabajadores que volvieron al trabajo. Hubo todavía numerosos resistentes, pero su separación uno de otro permitía a los sindicatos decir a cada uno que todos los demás habían reanudado el trabajo de manera que tenían que creer que estaban solos y renunciaban.

3.11. Métodos de confusión y cooptación

Como en mayo de 1968, cuando los países más desarrollados están amenazados por una situación radical, utilizan normalmente la confusión, las concesiones, toques de queda, distracciones, desinformación, fragmentación, anticipación, postpuesta y otros medios de desviación, dividiendo y cooptando la

oposición, reservando la represión física abierta como último recurso. Estos métodos, que van de lo sutil a lo ridículo⁹, son tan numerosos que sería imposible mencionar aquí más que unos cuantos.

Un método común para confundir los problemas es distorsionar el alineamiento aparente de fuerzas proyectando diversas posiciones en un esquema lineal, izquierda contra derecha, implicando que si te opones a uno de los lados estás a favor del otro. El espectáculo del comunismo contra capitalismo sirvió a este propósito durante medio siglo. A partir del reciente colapso de esta farsa, la tendencia ha sido declarar un consenso pragmático global centrista, encasillando a toda oposición como “extremismos” lunático-marginales (fascismo y fanatismo religioso a la derecha, terrorismo y “anarquía” a la izquierda).

Uno de los métodos clásicos de divide-et-impera ha sido discutido anteriormente: favorecer que los explotados se fragmenten en una multitud de cerradas identidades de grupo, que pueden ser manipuladas dirigiendo sus energía a disputas entre sí. A la inversa, pueden unirse las clases oponentes mediante la histeria patriótica u otros medios. Los frentes populares, los frente unidos y coaliciones similares sirven para oscurecer los conflictos fundamentales de interés en nombre de una oposición unida frente al enemigo común (burguesía + proletariado contra régimen reaccionario; estratos militares y burocráticos + campesinos contra la dominación extranjera). En tales coaliciones el grupo superior tiene generalmente los recursos materiales e ideológicos para mantener su control sobre el grupo inferior que es obligado a posponer la acción autoorganizada por y para si mismo hasta que sea demasiado tarde. Cuando se ha obtenido la victoria sobre el enemigo común, el grupo superior ha tenido tiempo de consolidar su poder (con frecuencia mediante una nueva alianza con elementos del grupo derrotado) para aplastar a los elementos radicales del grupo inferior.

Cualquier vestigio de jerarquía dentro de un movimiento radical se utilizará para dividirlo y socavarlo. Si no hubiera líderes cooptables, se crean unos cuantos mediante exposición mediática intensiva. Los gobernantes pueden negociar con los líderes y hacerlos responsables de un dominio de sus seguidores: una vez que han sido cooptados, pueden establecer cadenas similares de comandos a su lado, posibilitando que una gran masa de gente sea puesta bajo control sin que los dominantes tengan que tratar con todos ellos abierta y simultáneamente.

La cooptación de líderes sirve no sólo para separarlos de la gente, sino también para dividir a la gente entre sí —algunos ven la cooptación como una victoria, otros la denuncian, otros dudan. Como la atención se desplaza desde las acciones participativas hasta el espectáculo de las celebridades líderes distantes que debaten temas interesantes, la mayoría de la gente se aburre y desilusiona. Al sentir que los asuntos están fuera de su alcance (quizás incluso secretamente aliviada de que otro se ocupe de ello), vuelven a su pasividad previa.

Otro método para desanimar la participación popular es enfatizar problemas que parecen requerir habilidades especializadas. Un ejemplo clásico fue la estratagema de ciertos jefes militares alemanes en 1918, en el momento en que los consejos de trabajadores y soldados que emergieron como consecuencia del colapso alemán al final de la I Guerra Mundial tuvieron potencialmente el país en sus manos¹⁰.

3.12. El terrorismo refuerza el Estado

El terrorismo ha servido con frecuencia para romper el impulso de las situaciones radicales. Esto aturde a la gente, la convierte en espectadores que siguen ansiosamente las últimas noticias y especulaciones. Lejos de debilitar el estado, el terrorismo parece confirmar la necesidad de reforzarlo. Si los espectáculo

⁹“Una compañía sudafricana está vendiendo un vehículo antidisturbios que emite música disco por unos altavoces para calmar los nervios de los individuos potencialmente problemáticos. El vehículo, adquirido ya por una nación negra, que la compañía no identifica, lleva también un cañón de agua y lanzador de gas” (AP, 23 septiembre 1979).

¹⁰“En la tarde del 10 de noviembre, cuando el Comando Supremo estaba todavía en Spa, un grupo de siete hombres alistados se presentaron en el cuartel. Eran el ‘Comité Ejecutivo’ del Consejo Supremo de Soldados del Cuartel General. Sus demandas eran algo confusas, pero obviamente esperaban jugar un papel en el comando de la Armada durante su retiro. Al menos ellos querían el derecho a refrendar las órdenes del Comando Supremo y asegurar que el ejército de operaciones no era utilizado para ningún propósito contrarrevolucionario. Los siete soldados fueron cortésmente recibidos por el lugarteniente coronel Wilhelm von Faupel, que había ensayado cuidadosamente para la ocasión... Faupel dejó a los delegados en la habitación de mapas del Comando Supremo. Todo fue señalado en un mapa gigantesco que ocupaba toda una pared: el enorme complejo de carreteras, líneas de ferrocarril, puentes, conmutadores, tuberías, puestos de mando y depósitos de provisiones —todo un intrincado encaje de líneas rojas, verdes, azules y negras que convergían en un estrecho cuello de botella en los puentes cruciales del Rin... Faupel entonces volvió con ellos. El Comando Supremo no tenía objeción a los consejos de soldados, dijo, pero ¿hizo que sus oyentes se sintiesen competentes para dirigir la evacuación general del ejército alemán a lo largo de estas líneas de comunicación?... Los soldados desconcertados miraban desasosegadamente el inmenso mapa. Uno de ellos concedió que eso no era lo que ellos habían pensador realmente —‘Este trabajo puede bien ser dejado para los oficinistas’. Al final, los siete soldados dieron de buena gana su apoyo a los oficiales. Más que esto, suplicaron prácticamente a los oficinistas que se quedasen con los comandos... Siempre que una delegación del consejo de soldados aparecía en el Cuartel Supremo, el coronel Faupel volvía a repetir su vieja performance; siempre funcionó” (Richar Watt, *The Kings Depart: Versailles and the German Revolution*).

terroristas no surgen espontáneamente cuando se los necesita, el propio estado puede producirlos por medio de provocaciones. (Ver *Sobre el terrorismo y el estado* de Sanguinetti y la última parte del Prefacio a la cuarta edición italiana de *La sociedad del espectáculo* de Debord). Un movimiento popular apenas puede impedir que los individuos lleven a cabo acciones terroristas u otras acciones irreflexivas que pueden desviarlo de su propósito y destruirlo tan seguramente como si fuese obra de un provocador. La única solución es crear un movimiento con tácticas firmemente consistentes y no manipulativas que cualquiera reconozca las estupideces individuales o las provocaciones de la policía de lo que ellos son.

Una revolución antijerárquica debe ser una “conspiración abierta”. Obviamente hay cosas que requieren secreto, especialmente bajo los regímenes más represivos. Pero incluso en tales casos los medios no deberían ser inconscientes con la meta última: la supresión de todo poder separado mediante la participación conscientes de todo. El secreto tiene con frecuencia el resultado absurdo de que la policía es la *única* que sabe lo que está pasando, y puede así infiltrar y manipular un grupo radical sin que nadie más sea consciente de ello. La mejor defensa contra la infiltración es asegurarse de que no hay nada de importancia que infiltrar, es decir, que ninguna organización radical ejerza un poder separado. La mejor salvaguardia está en el número: una vez que miles de personas están abiertamente involucradas, no pasa nada si unos pocos espías están infiltrados entre ellos.

Incluso en las acciones de pequeños grupos la seguridad depende con frecuencia de un máximo de publicidad. Cuando algunos de los participantes en el escándalo de Estrasburgo empezaron a tener miedo y sugirieron moderar las cosas, Mustapha Khayati (el delegado de la I.S. que fue el principal autor del panfleto *Sobre la miseria en el medio estudiantil*) indicó que el curso más seguro no debería ser evitar ofender demasiado a las autoridades —cómo si hubieran de agradecerles que les insultasen sólo moderada e indecisamente!— sino perpetrar un escándalo tan ampliamente publicitado que no pudieran tomar represalias.

3.13. El momento decisivo

Volviendo a las ocupaciones de fábricas de mayo de 1968, supongamos que los trabajadores franceses hubieran rechazado las maniobras de los burócratas y establecido una red consejista a través de todo el país. ¿Y entonces qué?

Ante tal eventualidad, la guerra civil habría sido naturalmente inevitable. . . La contrarrevolución armada habría sido lanzada inmediatamente. Pero no habría estado segura de ganar. Parte de las tropas obviamente se habría amotinado. Los trabajadores habrían aprendido a tener armas, y ciertamente no habrían construido ninguna otra barricada (una buena forma de expresión *política* al principio del movimiento, pero obviamente ridícula desde el punto de vista *estratégico*). . . La intervención extranjera se habría producido inevitablemente. . . Empezando probablemente por las fuerzas de la OTAN, pero con el apoyo directo o indirecto del Pacto de Varsovia. Pero todo habría dependido una vez más del proletariado europeo: doble o nada. (“El comienzo de una nueva época”, *Internationale Situationniste*, §12).

Toscamente hablando, la significación de la lucha armada varía de modo inverso al grado de desarrollo económico. En los países más subdesarrollados las luchas sociales tienden a reducirse a luchas militares, porque sin armas es poco lo que pueden hacer las masas empobrecidas que les lesiones más que los dominadores, especialmente cuando su tradicional autosuficiencia ha sido destruida por una economía de monocultivo destinada a la exportación. (Pero incluso si vencen militarmente, pueden ser normalmente dominados por la intervención extranjera o presionados para someterse a la economía mundial, a menos que otras revoluciones paralelas en otros lugares abran nuevos frentes).

En los países más desarrollados la fuerza armada tiene relativamente menos significación, aunque pueda, por supuesto, ser todavía un factor importante en ciertas coyunturas críticas. Es posible, aunque no muy eficiente, forzar a la gente a hacer trabajos manuales simples a punta de pistola. No es posible hacer esto con la gente que trabaja con papel u ordenadores dentro de una sociedad industrial compleja —hay allí demasiadas oportunidades de fastidiosos “errores” de los cuales resulta imposible averiguar el autor. El capitalismo moderno requiere una cierta cooperación e incluso participación semicreativa de sus trabajadores. Ninguna gran empresa podría funcionar un sólo día sin la autoorganización espontánea de los trabajadores, al reaccionar a los problemas imprevistos, compensar los errores de los gestores, etc. Si los trabajadores se comprometen en una huelga “de celo” en la que no hagan otra cosa que seguir estrictamente todas las regulaciones oficiales, el funcionamiento total se retardará o incluso se interrumpirá completamente (llevando a los dirigentes, que no pueden condenar abiertamente tal rigor,

a una posición divertidamente delicada al tener que indicar a los trabajadores que deberían cumplir con su trabajo sin ser demasiado rigurosos). El sistema sobrevive sólo porque la mayoría de los trabajadores son relativamente apáticos y, para no buscarse problemas, cooperan lo suficiente para que las cosas marchen.

Las revueltas aisladas pueden reprimirse de modo individual; pero si un movimiento se amplía lo bastante rápido, como en mayo de 1968, unos cientos de miles de soldados y policías apenas pueden hacer nada ante diez millones de trabajadores en huelga. Un movimiento tal sólo puede destruirse desde dentro. Si la gente no sabe lo que tiene que hacer, las armas no podrán ayudarles; si lo saben las armas no podrán detenerles.

Sólo en ciertos momentos las personas están lo bastante “unidas” para rebelarse con éxito. Los dominantes más lúcidos saben que pueden estar seguros mientras puedan contener tales intentos antes de que desarrollen demasiado impulso y autoconciencia, sea mediante represión física directa o mediante las varias especies de desviación mencionadas arriba. Apenas importa que la gente se dé cuenta más tarde de que han sido engañados, que hubieran tenido la victoria en sus manos sólo de haberlo sabido: una vez que la oportunidad ha pasado, es demasiado tarde.

Las situaciones ordinarias están llenas de confusiones, pero los problemas no son normalmente tan urgentes. En una situación radical las cosas se simplifican a la vez que se aceleran: los problemas se vuelven más claros, pero hay menos tiempo para resolverlos.

El caso extremo se dramatiza en una famosa escena del *Potemkin* de Eisenstein. Los marineros amotinados, con las cabezas cubiertas por una lona, han sido alineados para ser fusilados. Los guardias apuntan sus rifles y reciben la orden de disparar. Uno de los marineros grita: “¡Hermanos! ¿Sabéis contra quienes disparáis?”. Los guardias vacilan. Se da la orden otra vez. Tras una incertidumbre angustiosa los guardias bajan sus armas. Ayudan a los marineros a atacar el almacén de armas, se unen a ellos contra los oficiales y la batalla pronto es ganada.

Nótese que incluso en esta confrontación violenta el resultado es más un asunto de autoconciencia que de poder bruto: una vez que los guardias se ponen de parte de los marineros, la lucha ha acabado efectivamente. (El resto de la escena de Eisenstein —una larga pelea entre un malvado oficinista y un héroe revolucionario martirizado— es mero melodrama). En contraste con la guerra, en la que dos lados distintos se enfrentan conscientemente uno a otro, “la lucha de clases no es sólo una lucha lanzada contra un enemigo externo, la burguesía, es también la lucha del proletariado contra sí mismo: contra los efectos devastadores y degradantes del sistema capitalista sobre su conciencia de clase” (Lukács, *Historia y conciencia de clase*). La revolución moderna tiene la cualidad peculiar de que la mayoría explotada gana automáticamente tan pronto como llega a ser colectivamente consciente del juego que se juega. El oponente del proletariado no es en última instancia sino el producto de su propia actividad alienada, bien en la forma económica del capital, la forma política de partidos y burocracias sindicales, o la forma psicológica del condicionamiento espectacular. Los dominadores son una minoría tan pequeña que serían aplastados inmediatamente si no hubieran conseguido embaucar a una amplia proporción de la población para que se identifiquen con ellos, o tomen al menos su sistema como dado; y especialmente para que lleguen a dividirse entre ellos.

La lona en la cara, que deshumaniza a los amotinados, haciendo más fácil para los guardias disparar, simboliza esta táctica de divide-et-impera. El grito “¡Hermanos!” representa la contratáctica de la *confraternización*.

Aunque la confraternización refuta la mentira sobre lo que está sucediendo en otras partes, su poder reside en su mayor parte en el efecto emocional del encuentro humano directo, que recuerda a los soldados que los insurgentes son personas no esencialmente diferentes de ellos mismos. El estado trata naturalmente de impedir tal contacto llevando tropas de otras regiones que no estén familiarizadas con lo que está teniendo lugar y que, si es posible, no hablen siquiera la misma lengua; y reemplazándolas rápidamente si a pesar de todo llegan a contaminarse demasiado por las ideas rebeldes. (¡A algunas de las tropas rusas enviadas a aplastar la revolución húngara de 1956 les dijeron que estaban en Alemania y que las personas que se les enfrentaban en las calles eran Nazis resurgidos!).

Para descubrir y eliminar a los elementos más radicales, un gobierno provoca a veces deliberadamente una situación que llevará a una excusa para la represión violenta. Este es un juego peligroso, sin embargo, porque, como el incidente del *Potemkin*, forzar la cuestión puede provocar que las fuerzas armadas se pongan de parte de la gente. Desde el punto de vista de los dominadores la estrategia óptima es blandir la amenaza sólo lo suficiente, de forma que no necesite arriesgar el momento decisivo. Esto funcionó en Polonia en 1980–81. Los burócratas rusos sabían que invadir Polonia podría traer consigo su propia caída; pero la amenaza constantemente insinuada de tal invasión consiguió intimidar a los trabajadores radicales polacos, que podían fácilmente haber derribado el estado, por tolerar la persistencia de fuerzas

militares-burocráticas dentro de Polonia. Éstas pudieron finalmente reprimir el movimiento sin tener que llamar a los rusos.

3.14. Internacionalismo

“Los que hacen las revoluciones a medias sólo cavan su propia tumba”. Un movimiento revolucionario no puede obtener una victoria local y esperar entonces coexistir pacíficamente con el sistema hasta estar listo para intentar algo más. Todos los poderes existentes dejarán de lado sus diferencias para destruir cualquier movimiento popular verdaderamente radical antes de que se extienda. Si no pueden aplastarlo militarmente, lo estrangularán económicamente (las economías locales son ahora tan globalmente interdependientes que ningún país quedaría inmune a tal presión). El único modo de defender una revolución es extenderla, tanto cualitativamente como geográficamente. La única garantía contra la reacción interna es la liberación radical de todos los aspectos de la vida. La única garantía contra la intervención externa es la rápida internacionalización de la lucha.

La expresión más profunda de la solidaridad internacionalista es, por supuesto, hacer una revolución paralela en su propio país (1848, 1917–1920, 1968). Si esto no es posible, la tarea más urgente es al menos prevenir la intervención contrarrevolucionaria *desde* el propio país, como cuando los trabajadores ingleses presionaron a su gobierno para que no apoyase a los estados esclavistas durante la Guerra Civil Americana (incluso cuando esta significaba mayor desempleo debido a la falta de importaciones de algodón); o cuando los trabajadores occidentales se pusieron en huelga y se sublevaron contra los intentos de sus gobiernos de apoyar las fuerzas reaccionarias durante la guerra civil que sucedió a la revolución rusa; o cuando personas de Europa y América se opusieron a la represión de sus países de vueltas anticoloniales.

Desafortunadamente, incluso tales esfuerzos defensivos mínimos son bastante raros. El apoyo internacionalista positivo es todavía más difícil. Mientras los dominadores mantienen el control de los países más poderosos, el refuerzo personal directo se complica y se limita. Las armas y otros suministros pueden ser interceptados. A veces ni siquiera las comunicaciones llegan hasta que es demasiado tarde.

Algo que consigue trascender es un anuncio de un grupo que ha renunciado a su poder sobre otro o a sus reclamaciones contra otro. La revuelta fascista de 1936 en España, por ejemplo, tuvo una de sus bases principales en el Marruecos español. Muchas de las tropas de Franco eran marroquíes y las fuerzas antifascistas podrían haber explotado este hecho declarando a Marruecos independiente, incitando de este modo una revuelta en la retaguardia de Franco y dividiendo sus fuerzas. La probable ampliación de tal revuelta a otros países árabes podría haber desviado al mismo tiempo las fuerzas de Mussolini, que apoyaban a Franco, para defender las posesiones italianas en el norte de África. Pero los líderes del gobierno del Frente Popular español rechazaron esta idea por miedo a que un estímulo tal del anticolonialismo alarmara a Francia e Inglaterra, de las cuales estaban esperando ayuda. No es necesario decir que esta ayuda nunca llegó de ninguna forma¹¹.

De modo similar, si antes de que los seguidores de Khomeini pudieran consolidar su poder, los iraníes insurgentes de 1979 hubieran apoyado la total autonomía de los kurdos, baluchis y azerbaijanos, podría haberlos ganado como firmes aliados de las tendencias iraníes más radicales y podría haber extendido la revolución a los países adyacentes donde se había traslapado porciones de aquellas gentes, mientras socavaban simultáneamente a los seguidores reaccionarios de Khomeini en Irán.

Estimular la autonomía de otros no implica apoyar cualquier organización o régimen que pueda aprovecharse de ello. Es cuestión simplemente de dejar que los marroquíes, los kurdos, o cualquiera

¹¹Si esta cuestión hubiera sido expuesta abiertamente a los trabajadores españoles (que ya habían prescindido del vacilante gobierno del Frente Popular cogiendo las armas y resistiendo al golpe fascista por sí mismo, y en el proceso desencadenó la revolución) ellos probablemente hubiesen estado de acuerdo en conceder la independencia a Marruecos. Pero en cuanto fueron dominados por los líderes políticos —incluyendo incluso a muchos líderes anarquistas— al tolerar a este gobierno en nombre de la unidad antifascista, no pudieron ser conscientes de tales temas.

La revolución española sigue siendo la experiencia revolucionaria más rica de la historia, aunque fue complicada y oscurecida por la guerra civil simultánea contra Franco y por las agudas contradicciones dentro del campo antifascista, que —junto a dos o tres millones de anarquistas y anarcosindicalistas y un contingente considerablemente más pequeños de marxistas revolucionarios (POUM)— incluía republicanos burgueses, autonomistas étnicos, socialistas y estalinistas, con los últimos en particular haciendo todo lo que estaba en su mano para reprimir la revolución. Las historias más comprensivas son *Revolution and the War in Spain* de Pierre Broué y Emile Témime, y *The Spanish Revolution* de Burnett Bolloten (éste último está también sustancialmente incorporado en el trabajo final monumental de Bolloten, *The Spanish Civil War*). Algunos buenos relatos de primera mano están en *Homage to Catalonia* de George Orwell, *The Spanish Cockpit* de Franz borkenau y *Red Spanish Notebook* de Mary Low y Juan Breá. Otros libros dignos de leerse son *Lessons of the Spanish Revolution* de Vernon Richards, *To Remember Spain* de Murray Bookchin, *The Spanish Labyrinth* de Gerald Brenan, Sam Dolgoff: *The Anarchist Collectives*, Abel Paz: *Durruti: The People Arme* y Víctor Alba y Stephen Schwartz: *Spanish Marxism versus Soviet Communism: A History of the P.O.U.M.*

resuelva sus propios acontecimientos. La esperanza es que el ejemplo de una revolución antijerárquica en un país inspire a otros a contestar sus propias jerarquías.

Esta es nuestra única esperanza, pero no es enteramente irreal. El contagio de un movimiento genuinamente liberado nunca debe despreciarse.

Capítulo 4

Renacimiento

“Se dirá, naturalmente, que un esquema como el que aquí se expone es en realidad poco práctico, y va contra la naturaleza humana. Es totalmente cierto. Es poco práctico, y va contra la naturaleza humana. Es por esto por lo que merece la pena llevarse a cabo, y por lo que uno lo propone. Pues, ¿qué es un esquema práctico? Un esquema práctico es un esquema tal que ya existe o que puede llevarse a cabo bajo las condiciones actuales. Pero precisamente uno se opone a las condiciones; y cualquier esquema que aceptase estas condiciones sería equívoco y estúpido. Las condiciones serán superadas, y la naturaleza humana cambiará. Lo único que se sabe realmente sobre la naturaleza humana es que cambia. El cambio es la única cualidad que podemos predicar de ella. Los sistemas que fracasan son los que confían en la permanencia de la naturaleza humana, y no en su crecimiento y desarrollo”.

Oscar Wilde, *El alma del hombre bajo el socialismo*.

4.1. Los utópicos no prevén la diversidad postrevolucionaria

Marx consideraba presuntuoso intentar predecir cómo vivirían las personas en una sociedad libre. “Les tocará a esas personas decidirlo, cuando y qué quieren hacer y qué medios emplear. Yo no me siento capacitado para ofrecer ningún consejo en esta materia. Ellos presumiblemente serán tan inteligentes al menos como nosotros” (carta a Kautsky, 1 de febrero de 1881). Su modestia con respecto a esto es mayor que la de quienes le acusan de arrogancia y autoritarismo aunque no vacilan en proyectar sus propias fantasías al pronunciarse acerca de qué sociedad puede o no ser posible.

Es cierto, sin embargo, que si Marx hubiera sido un poco más explícito acerca de lo que imaginaba, habría sido más difícil para los estalinistas burócratas fingir que llevaban a cabo sus ideas. Un cianotipo exacto de una sociedad liberada no es posible ni necesario, pero la gente debe tener alguna noción de su naturaleza y viabilidad. La creencia de que no hay ninguna alternativa práctica al actual sistema es algo que mantiene a la gente resignada.

Las especulaciones utópicas pueden ayudar a que nos liberemos del hábito de tomar el status quo como algo dado, conseguir pensar sobre lo que realmente queremos y lo que es posible. Lo que las hace “utópicas” en el sentido peyorativo que Marx y Engels criticaron es que no tienen en cuenta las condiciones presentes. No hay generalmente ninguna noción seria acerca de cómo podríamos llevar las cosas de aquí hasta allí. Al ignorar los poderes represivos y cooptadores del sistema, los autores utópicos imaginan generalmente un cambio acumulativo simplista suponiendo que, con la ampliación de las comunidades o de las ideas utópicas, llevarían a más gente a unirse y el viejo sistema se derrumbaría sencillamente.

Espero que este texto haya dado algunas ideas más realistas de cómo podría venir una nueva sociedad. En todo caso, iré más allá y haré alguna especulación propia.

Admitamos para simplificar que una revolución victoriosa se ha extendido en todo el mundo sin una gran destrucción de las infraestructuras básicas, a fin de que no tengamos ya que tener en cuenta los problemas de la guerra civil, amenazas de intervención externa, confusiones de la desinformación o retrasos ocasionados por importantes reconstrucciones de emergencia, y podamos examinar algunas de las cuestiones que podrían aparecer en una sociedad nueva, que se ha transformado fundamentalmente.

Aunque para mayor claridad utilizaré el tiempo futuro en lugar del condicional, las ideas presentadas aquí son simplemente posibilidades a considerar, no reglas o predicciones. Si ocurre alguna vez una

revolución tal, unos años de experimentación popular cambiarán tanto las cosas que las predicciones más atrevidas parecerán pronto ridículamente tímidas y carentes de imaginación. Todo lo que podemos hacer es imaginar los problemas a que haremos de frente al principio y las tendencias principales a desarrollar más adelante. Pero cuanto más exploremos las hipótesis, más preparados estaremos para las nuevas posibilidades y menos riesgo habrá de retornar inconscientemente a los viejos modelos.

Lejos de ser demasiado extravagantes, la mayoría de las utopías literarias son excesivamente estrechas, generalmente se limitan a una realización monolítica de los deseos del autor. Como Marie Louise Berneri señala en el mejor estudio sobre este tema (*Journey Through Utopia*), “Todas las utopías son, por supuesto, expresión de preferencias personales, pero sus autores normalmente tienen la vanidad de suponer que sus gustos personales deberían promulgarse como leyes; si se levantan temprano la totalidad de su comunidad imaginaria tendrá que levantarse a las 4 de la mañana; si detestan los cosméticos femeninos, utilizarlos será un crimen; si son maridos celosos, la infidelidad será castigada con la muerte”.

Si hay algo que se puede predecir con confianza sobre la nueva sociedad, es que estará más allá de la imaginación de cualquier individuo o de cualquier descripción posible realizada por una sola persona. Las diferentes comunidades reflejarán toda clase de gustos —estético y científico, místico y racionalista, de alta tecnología y neoprimitivo, solitario y comunal, hacendoso y perezoso, espartano y epicúreo, tradicional y experimental —evolucionando continuamente hacia todo tipo de nuevas e imprevisibles combinaciones¹.

4.2. Descentralización y coordinación

Habrà una fuerte tendencia hacia la descentralización y la autonomía local. Las pequeñas comunidades promoverán hábitos de cooperación, posibilitarán la democracia directa, y harán posible una experimentación social más rica: si un experimento local falla, sólo un pequeño grupo sufrirá las consecuencias (y otros podrán ayudar); si tiene éxito se imitará y se extenderán sus ventajas. Un sistema descentralizado es también menos vulnerable a una ruptura accidental o al sabotaje. (Este último, sin embargo, será probablemente insignificante de todas formas: una sociedad liberada tendrá seguramente muchos menos enemigos airados de los que produce constantemente la sociedad actual).

Pero la descentralización puede favorecer también el control jerárquico aislando a las personas entre sí. Y hay cosas que pueden organizarse mejor a gran escala. Una gran fábrica de acero tiene más eficacia energética y es menos perjudicial al ambiente que un horno de fundición en cada comunidad. El capitalismo ha tendido a sobrecentralizarse en ciertos terrenos en que una mayor diversidad y autosuficiencia tendría más sentido, pero su competencia irracional ha fragmentado también muchas cosas que podían ser más susceptibles de regularizarse o coordinarse centralmente. Como señala Paul Goodman en *People or Personnel* (libro que está lleno de ejemplos interesantes sobre los pros y los contras de la descentralización en diferentes contextos actuales), dónde, cómo y cuándo descentralizar son cuestiones empíricas que requerirán experimentación. Todo lo que podemos decir es que la nueva sociedad será probablemente tan descentralizada como sea posible, pero sin hacer de ello un fetiche. La mayoría de las cosas pueden estar al cuidado de grupos pequeños o comunidades locales; los consejos regionales y mundiales se limitarán a temas de amplias ramificaciones o que funcionan mejor a una escala significativa, como la restauración del entorno, la exploración del espacio, la resolución de las disputas, el control de las epidemias, la coordinación de la producción global, la distribución, el transporte y la comunicación, y el sostenimiento de ciertos medios especializados (e. g. clínicas o centros de investigación de alta tecnología).

Se dice a menudo que la democracia directa funcionó bastante bien en las asambleas de los pueblos antiguos, pero que el tamaño y complejidad de las sociedades modernas la hace imposible. ¿Cómo pueden millones de personas expresar su propio punto de vista sobre cada asunto?

No lo necesitan. La mayoría de los asuntos prácticos se reducen finalmente a un número limitado de opciones; una vez que se han declarado éstas y se han adelantado los argumentos más significativos, se puede llegar a una decisión sin más. Los observadores de los soviets de 1905 y de los consejos obreros húngaros de 1956 se extrañaron de la brevedad de las manifestaciones de la gente y la rapidez con que se tomaban decisiones. Los que iban al grano eran elegidos como delegados; los que mantenían un discurso vacío fueron muy criticados por hacer perder el tiempo a la gente.

¹P.M.: *Bolo'bolo* (1983; nueva edición: Semiotext(e), 1995) tiene el mérito de ser una de las pocas utopías que reconoce y aprueba plenamente esta diversidad. Dejando de lado sus ligerezas e idiosincrasias y sus nociones más bien poco realistas sobre cómo podemos llegar allí, toca un montón de problemas y posibilidades de una sociedad postrevolucionaria.

Para asuntos más complicados se pueden elegir comités que investiguen las diferentes posibilidades y vuelvan a informar a las asambleas sobre las ramificaciones de las diferentes opciones. Una vez que se adopta un plan, comités más pequeños pueden continuar supervisando su evolución, notificando a las asambleas cualquier nuevo asunto relevante que pueda sugerir cambios. En los temas controvertidos se podrán proponer comités múltiples que reflejen perspectivas opuestas (e. g., protecnológicos contra antitecnológicos) para facilitar la formulación de propuestas alternativas y puntos de vista diferentes. Como siempre, los delegados no impondrán decisiones (excepto con respecto a la organización de su propio trabajo) y se elegirán de modo rotativo y sujetos siempre a la destitución, asegurando así que hagan un buen trabajo y que sus responsabilidades temporales no se les suban a la cabeza. Su trabajo estará abierto al examen público y las decisiones finales siempre revertirán a las asambleas.

Las tecnologías modernas de informática y telecomunicación permitirán que cualquiera compruebe instantáneamente los datos y sus proyecciones por sí mismos, así como comunicar sus propias propuestas. A pesar de la actual propaganda tales tecnologías no promueven automáticamente la participación democrática; pero tienen el potencial de facilitarla si son modificadas adecuadamente y puestas bajo control popular².

Las telecomunicaciones también harán a los delegados menos necesarios que durante los movimientos radicales previos, cuando funcionaban en gran medida como simples portadores de información de un sitio a otro. Pueden circular propuestas diversas y discutirse a la vez, y si un tema tuviera el suficiente interés las reuniones del consejo se transmitirán en directo a las asambleas locales, posibilitando que estas confirmen, modifiquen o repudien las decisiones de los delegados.

Pero cuando los temas no son particularmente polémicos, bastará probablemente con enviar emisarios libres. Habiendo llegado a alguna decisión general (e. g. "Este edificio debe remodelarse para servir como guardería"), una asamblea puede simplemente pedir voluntario o formar un comité electo para llevarla a cabo sin preocuparse de un control riguroso.

4.3. Salvaguardas contra abusos

Los puristas ociosos pueden siempre prever posibles abusos. "¡Ahá! ¡Quién sabe qué maniobras elitistas y sutiles pueden llevar a cabo estos delegados y especialistas tecnocráticos!" No es menos cierto que un gran número de personas no pueden vigilar directamente cada detalle en todo momento. Ninguna sociedad puede evitar contar en alguna medida con la buena voluntad y el sentido común de la gente. El hecho es que los abusos son menos posibles bajo la autogestión generalizada que bajo cualquier otra forma de organización social.

Las personas que han sido lo bastante autónomas para inaugurar una sociedad autogestionada estarán naturalmente atentas a cualquier reemergencia de jerarquía. Vigilarán cómo los delegados llevan a cabo sus mandatos, y les "turnarán" tan frecuentemente como sea posible. Para algunos propósitos podrán elegir delegados por sorteo, como los antiguos atenienses, para eliminar las tendencias que reducen una elección a concurso de popularidad o una suma de tratos. En los asuntos que necesitan expertos técnicos, éstos serán cuidadosamente vigilados hasta que el conocimiento necesario se amplíe o la tec-

²Aunque la llamada revolución en red se ha limitado hasta aquí principalmente a la circulación incrementada de trivialidades para espectadores, las modernas tecnologías de la comunicación continúan jugando un importante papel en el socavamiento de regímenes totalitarios. Hace años los burócratas estalinistas mutilaron su propio funcionamiento restringiendo la accesibilidad de las máquinas fotocopiadoras e incluso para que no pudieran utilizarse para reproducir escritos *samizdat*. Las tecnologías más nuevas han demostrado ser incluso más difíciles de controlar:

"El diario conservador *Guangming Daily* informaba de nuevas medidas de refuerzo destinadas a unos 90.000 faxes ilegales estimados en Beijing. Los especialistas en asuntos chinos dicen que el régimen teme que la proliferación de máquinas de fax permita que la información fluya demasiado rápidamente. Tales máquinas fueron utilizadas extensivamente durante las manifestaciones estudiantiles en 1989 que resultaron en una represión militar. . . En el confort de sus propios hogares en las capitales occidentales, como Londres, los opositores podían enviar mensajes a los activistas de Arabia Saudí que, descargándolos vía Internet en sus propias casas, ya no tenían que temer que golpearan en la puerta en medio de la noche. . . Todo asunto tabú de la política a la pornografía se extiende mediante mensajes electrónicos anónimos más allá de la garra de acero del gobierno. . . Muchos saudíes se encontraron discutiendo abiertamente sobre religión por primera vez. Ateos y fundamentalistas se pelean en el ciberespacio saudí, una novedad en un país donde el castigo por apostasía es la muerte. . . Pero prohibir Internet no es posible sin borrar todos los operadores y líneas telefónicas. . . Los expertos afirman que aquellos que quieran trabajar lo bastante duro para conseguirlo, todavía es poco lo que cualquier gobierno puede hacer para denegar totalmente el acceso a la información en Internet. Correos encriptados y suscripciones a proveedores de servicio fuera del país son dos opciones de seguridad accesibles para individuos "informáticamente" avisados para evitar los actuales controles de Internet. . . Si hay algo que los gobiernos represivos asiáticos temen más que el acceso sin restricción a recursos mediáticos exteriores, es que la competitividad de sus naciones en la rápidamente creciente industria de la información pueda verse comprometida. Ya se han oído protestas en voz alta de los círculos comerciales de Singapur, Malasia y China de que censurando Internet pueden, finalmente, estorbar las aspiraciones de las naciones a ser tecnológicamente las más avanzadas de la región". (*Christian Science Monitor*, 11 de agosto de 1993, 24 de agosto de 1995 y 12 de noviembre de 1996).

nología en cuestión se simplifique o se supere. Se designarán observadores escépticos para dar la alarma a la primera señal de trampa. Un especialista que dé información falsa será descubierto rápidamente y públicamente desacreditado. La insinuación más leve de cualquier conspiración jerárquica o de cualquier práctica explotadora o monopolística despertará el escándalo universal y será eliminada por ostracismo, confiscación, represión física o cualquier otro medio que se estime necesario.

Estas y otras precauciones estarán siempre a disposición de los que se preocupen por los potenciales abusos, pero dudo que sean necesarias a menudo. Cuando se trate de cuestiones importantes, la gente puede insistir cuanto quiera en vigilar o controlar. Pero en la mayoría de casos darán probablemente a los delegados un margen razonable de libertad de acción para utilizar su propio criterio y creatividad.

La autogestión generalizada evita tanto las formas jerárquicas de la izquierda tradicional como las formas simplistas del anarquismo. No se ciñe a ninguna ideología, ni siquiera de tipo “antiautoritario”. Si un problema exige algún tipo de conocimiento especializado o algún grado de “liderazgo”, las personas implicadas se darán pronto cuenta de esto y harán lo que consideren oportuno sin preocuparse de si los dogmas radicales de hoy en día lo aprueban o no. Para ciertas funciones no conflictivas pueden encontrar más convenientemente nombrar especialistas por períodos indefinidos de tiempo, destituyéndolos sólo en el caso improbable de que abusen de su posición. En situaciones de emergencia en que son esenciales decisiones rápidas (e. g. apagar incendios) designarán a personas con los poderes de autoridad provisionales que sean necesarios.

4.4. Consenso, dominio de la mayoría y jerarquías inevitables

Pero estos casos serán excepcionales. La regla general será el consenso cuando sea practicable, la mayoría cuando sea necesario. Un personaje en *News from Nowhere* de William Morris (una de las utopías más sensatas, alegres y realistas) pone el ejemplo de si un puente de metal debe ser sustituido por otro de piedra. En la siguiente Mote (asamblea de la comunidad) se propone esto. Si hay un consenso claro, el tema se resuelve y se procede a llevar adelante los detalles de su realización. Pero

si unos cuantos vecinos discrepan, si piensan que el maldito puente de acero será útil todavía y no quieren preocuparse de construir uno nuevo, no votan en esta cuestión, sino que posponen la discusión formal hasta la siguiente Mote; y mientras tanto se difunden los argumentos en pro y en contra, de los cuales algunos son impresos, de forma que todo el mundo sepa lo que está ocurriendo; y cuando la Mote vuelve a reunirse otra vez hay una discusión regular y por último se vota mediante alzamiento de manos. Si el margen entre las opiniones divididas es estrecho, la cuestión es aplazada de nuevo para una discusión más a fondo; si el margen es amplio, se pregunta a la minoría si se someterían a la opinión más general, lo que ocurre con frecuencia, más aún, es lo más común. Si se niegan, la cuestión se debate por tercera vez, en la que, si la minoría no ha aumentado perceptiblemente, cede siempre; aunque creo que existe una regla medio olvidada por la que pueden todavía ir más allá con ello; pero lo que siempre sucede es que se convencen, tal vez no de que su punto de vista sea el peor, pero sí de que no pueden persuadir o forzar a la comunidad a aceptarlo.

Nótese que lo que simplifica enormemente estos casos es que ya no hay ningún interés económico en conflicto —nadie tiene los medios o motivos para sobornar o embaucar a la gente a que vote de una forma u otra porque haga ocasionalmente una cantidad de dinero, controlo los medios de comunicación, o posea una compañía de construcción o una parcela de tierra cercana a un sitio propuesto. En ausencia de tales conflictos de interés, la gente se inclinará normalmente por la cooperación y el compromiso, aunque sólo sea para aplacar a los oponentes y hacer la vida más fácil para sí mismos. Algunas comunidades pueden tener disposiciones formales para acomodar a las minorías (e. g. si, en lugar de votar simplemente no, un 20 % expresan una “objeción vehemente” a alguna propuesta, debe pasar por una mayoría del 60 %); pero no es probable que nadie abuse de tales poderes formales cuando sabe que el lado contrario puede hacer lo mismo. La solución típica para los conflictos irreconciliables repetidos residiría en la amplia diversidad de culturas: si los que prefieren puentes de metal, etc., son constantemente derrotados en las elecciones por los tradicionalistas de artes y oficios tipo Morris, pueden siempre trasladarse a alguna comunidad vecina donde prevalezcan gustos con los que congenie mejor.

La insistencia en el consenso total sólo tiene sentido cuando el número de personas involucradas es relativamente pequeño y el tema no es urgente. Entre un número de personas amplio la completa unanimidad raramente es posible. Es absurdo sostener el derecho de una minoría a obstruir constantemente a la mayoría por miedo a una posible tiranía de la mayoría; o imaginar que tales problemas desaparecerán si evitamos las “estructuras”.

Como puso de manifiesto un artículo bien conocido desde hace muchos años (Jo Freeman: *The Tyranny of Structurelessness*), no hay algo que pueda llamar grupo “sin estructura”, sino simplemente diferentes tipos de estructuras. Un grupo no estructurado acaba generalmente siendo dominado por un camarilla que posea alguna estructura efectiva. Los miembros no organizados no tienen modo de controlar a esta élite, especialmente cuando su ideología anti-autoritaria les impide admitir que existe.

Al no reconocer el dominio de la mayoría como un respaldo suficiente cuando no se puede obtener unanimidad, los anarquistas y consensistas son a menudo incapaces de llegar a decisiones prácticas si no es siguiendo a líderes de hecho que están especializados en manipular a la gente para llevarla a la unanimidad (aunque sólo sea por su capacidad para aguantar reuniones interminables hasta que toda la oposición se ha aburrido y se ha ido a casa). Al rechazar quisquillosamente los consejos obreros o cualquier otra cosa con alguna mancha de coerción, generalmente se acaban contentando con proyectos mucho menos radicales que compartan un mínimo denominador común.

Es fácil señalar errores en los consejos obreros del pasado, que era, después de todo, improvisaciones apresuradas por gente involucrada en luchas desesperadas. Pero aunque aquellos breves esfuerzos no fueran modelos perfectos a imitar ciegamente, representan sin embargo el paso más práctico en la dirección correcta que se ha dado hasta el momento. El artículo de Riesel sobre los consejos (“Preliminares sobre los consejos y la organización consejista”) discute las limitaciones de estos viejos movimientos, y subraya correctamente que el poder consejista debería entenderse como la soberanía de las asambleas populares como un todo, no simplemente consejos de delegados que han elegido. Grupos de obreros radicales en España, queriendo evitar cualquier ambigüedad sobre este último punto, se han definido a sí mismos como “asamblearios” o “asambleístas” más que como “consejistas”. Uno de los panfletos del CMDO (“Mensaje a todos los trabajadores”) especifica los siguientes rasgos esenciales de la democracia consejista:

- Disolución de todo poder externo
- Democracia directa y total
- Unificación práctica de decisión y ejecución
- Delegados que pueden ser revocados en cualquier momento por quienes los han nombrado
- Abolición de la jerarquía y de las especialidades independientes
- Gestión y transformación consciente de todas las condiciones de la vida liberada
- Participación permanente creativa de las masas
- Extensión y coordinación internacionalistas

Una vez se han reconocido y llevado a cabo estos rasgos, poco importará que la gente se refiera a la nueva forma de organización social como “anarquía”, “comunalismo”, “anarquismo comunista”, “comunismo consejista”, “comunismo libertario”, “socialismo libertario”, “democracia participativa” o “autogestión generalizada”, o en que sus diferentes componentes superpuestos se llamen “consejos obreros”, “consejos antitrabajo”, “consejos revolucionarios”, “asambleas revolucionarias”, “asambleas populares”, “comités populares”, “comunas”, “colectivos”, “kibbutzs”, “bolod”, “motes”, “grupos de afinidad” o cualquier otra cosa. (El término “autogestión generalizada” no es desgraciadamente muy atractivo, pero tiene la ventaja de referirse tanto a los medios como a los fines a la vez que se halla libre de las connotaciones engañosas de términos como “anarquía” o “comunismo”).

En cualquier caso, es importante recordar que la organización formal a gran escala será la excepción. La mayor parte de los asuntos locales pueden manejarse directa e informalmente. Individuos o pequeños grupos saldrán simplemente adelante y harán lo que parezca apropiado en cada situación (“ad-hocracia”). El dominio de la mayoría será simplemente un último recurso en el número cada vez menor de casos en que los conflictos de interés no pueden resolverse de otro modo.

Una sociedad no jerárquica no supone que cualquiera llegue mágicamente a tener el mismo talento o deba participar en todo en igual medida; significa simplemente que las jerarquías *materialmente basadas y reforzadas* han sido eliminadas. Aunque las diferencias de capacidad disminuirán indudablemente cuando todos sean estimulados a desarrollar sus plenos potenciales, lo importante es que cualquier diferencia que permanezca ya no se transforme en diferencia de riqueza o de poder.

Las personas podrán tomar parte en un rango mucho mayor de actividades que ahora, pero no tendrá que rotar todas las posiciones todo el tiempo si no quieren hacerlo. Si alguien tiene una afición y

destreza especiales para una determinada tarea, otros probablemente estarán contentos de permitirle realizarla cuanto quiera —al menos hasta que alguien más quiera llevarla a su vez a cabo. Las “especializaciones independientes” (el control monopolista sobre la información o sobre las tecnologías socialmente vitales) serán abolidas; pero florecerán las especializaciones no dominadoras, abiertas. La gente pedirá consejo a personas más entendidas cuando sienta la necesidad de hacerlo (aunque si es curiosa o suspicaz siempre se animará a investigar por sí misma). Serán libres de someterse voluntariamente como los estudiantes a un profesor, como los aprendices a un maestro, como los jugadores a un entrenador o como los actores a un director —permaneciendo libres también de abandonar la relación en cualquier momento. En algunas actividades, como un grupo de canción folk, cualquiera podrá tomar parte en seguida; otras, como la interpretación de un concierto clásico, pueden requerir un entrenamiento rigurosos y una dirección coherente, con algunas personas asumiendo el papel de líderes, otras que las siguen, y otras que se contentan con escuchar. Debería haber plenitud de oportunidades para ambos tipos. La crítica situacionista del espectáculo es la crítica de una tendencia excesiva en la sociedad actual; no implica que todos debamos ser “participantes activos” veinticuatro horas al día.

Dejando aparte la necesaria custodia de los incompetentes mentales, la única jerarquía inevitable impuesta será la del tiempo necesario para criar a los niños hasta que sean capaces de dirigir sus asuntos. Pero en un mundo más seguro y más sano podría dar a los chicos más libertad y autonomía de la que tienen ahora. Cuando se trata de abrirse a nuevas posibilidades de vida festiva, los adultos pueden aprender tanto de ellos como viceversa. Aquí como en cualquier esfera, la regla general será permitir a la gente encontrar su propio nivel: una chica de diez años que tome parte en algún proyecto puede tener tanto que decir en él como sus coparticipantes adultos, mientras que un adulto no participante no tendrá nada que decir.

La autogestión no supone que todos sean genios, simplemente que la mayoría no son estúpidos totales. Es el sistema el que hace demandas poco realistas —al pretender que las personas a las que sistemáticamente imbeciliza sean capaces de juzgar entre programas políticos diferentes o reclamos publicitarios de mercancías rivales, o de comprometerse en actividades tan complejas e importantes como la crianza de los niños o la conducción de un coche en una autopista concurrida. Con la superación de todos los pseudoproblemas políticos y económicos que son mantenidos ahora intencionadamente en la incompreensión, la mayor parte de los sucesos que se produzcan no serán tan complicados.

Cuando las personas tienen por primera vez la oportunidad de dirigir sus propias vidas cometerán indudablemente montones de errores; pero los descubrirán y corregirán pronto porque, a diferencia de la jerarquía, no tendrán interés en encubrirlos. La autogestión no garantiza que la gente tomará siempre las decisiones correctas; pero cualquier otra forma de organización social garantiza que algún otro tomará las decisiones por ellos.

4.5. Eliminar las raíces de la guerra y el crimen

La abolición del capitalismo eliminará los conflictos de interés que ahora sirven como pretexto al estado. La mayoría de las guerras actuales se basan en última instancia en conflictos económicos; incluso los antagonismos de tipo puramente étnico, religioso o ideológico derivan normalmente gran parte de su motivación real de la competencia económica, o de frustraciones psicológicas que están en última instancia relacionadas con la represión política y económica. En la medida en que la competición desesperada prevalece, se puede manipular fácilmente a la gente haciéndola volver a sus modos de agrupación tradicionales y a disputas sobre diferencias culturales por las cuales no se molestarían en circunstancias más confortables. La guerra supone mucho más trabajo, penas y riesgos que cualquier otra forma de actividad constructiva; las personas con oportunidades reales de realización tendrán cosas más interesantes que hacer.

Lo mismo es cierto para el crimen. Dejando de lado los “crímenes” sin víctimas (consumo de drogas, homosexualidad, etc.) la gran mayoría de los crímenes están directa o indirectamente relacionados con el dinero y dejarán de tener sentido tras la eliminación del sistema mercantil. Las comunidades serán entonces libres de experimentar diversos métodos para resolver cualquier acto antisocial ocasional que pueda todavía darse.

Hay muchas posibilidades diferentes. Las personas implicadas pueden argumentar sus casos ante la comunidad local o un “jurado” elegido a suertes, que trataría de tomar las decisiones más reconciliadoras y rehabilitadores. Un ofensor convicto podría ser “condenado” a algún tipo de servicio público —no a un trabajo intencionalmente desagradable y degradante administrado por sádicos mezquinos, que simplemente producen más cólera y resentimiento, sino a proyectos más significativos y potencialmente

atractivos que puedan iniciarle en intereses más sanos (la restauración ecológica, por ejemplo). Algunos psicópatas incorregibles pueden tener que ser refrenados humanamente de una forma u otra, pero tales casos serían cada vez más raros. (La actual proliferación de violencia “gratuita” es una reacción previsible a la alienación social, una forma de que quienes no son tratados como personas reales tengan al menos la satisfacción macabra de ser reconocidos como amenazas reales). El ostracismo será una medida disuasoria simple y efectiva: el matón que se ríe de la amenaza de un castigo severo, que sólo confirma su prestigio de macho, se lo pensará mucho si sabe que todos le darán de lado. En los raros casos en que esto se muestre inadecuado, la diversidad de culturas puede hacer del destierro una solución factible: un carácter violento que estuviera perturbando constantemente una comunidad tranquila puede que se integre muy bien en alguna región áspera y agitada, tipo salvaje oeste —o arriesgarse a represalias menos apacibles.

Estas son sólo algunas de las posibilidades. La gente liberada descubrirá indudablemente otras soluciones más creativas, efectivas y humanas que cualquiera de las que podamos imaginar actualmente. No digo que no vaya a haber problemas, sólo que habrá muchos menos que ahora, en que las personas que se encuentran en la base de un orden social absurdo son severamente castigadas por sus crudos esfuerzos, mientras los que están en la cima saquean el planeta con impunidad.

La barbarie del actual sistema penal sólo es superada por su estupidez. Los castigos draconianos han mostrado repetidamente no tener un efecto significativo en la proporción de crímenes, que está directamente vinculada con los niveles de pobreza y desempleo tanto como con factores menos cuantificables pero igualmente obvios como el racismo, la destrucción de las comunidades urbanas, y la alienación general producida por el sistema espectacular —mercantil. La amenaza de años en prisión, que puede ser un poderoso disuasor para alguien con un modo de vida satisfactorio, significa poco para quien no tiene otras salidas significativas. No es muy brillante eliminar programas sociales que ya son lastimosamente inadecuados con el fin de economizar, mientras se llenan las prisiones de presos al costo de cerca de un millón de dólares cada uno; pero como muchas otras políticas sociales irracionales, esta tendencia persiste porque es reforzada por poderosos intereses creados³.

4.6. Abolición del dinero

Una sociedad liberada deberá abolir la economía monetario-mercantil por completo. Continuar aceptando la validez del dinero equivaldría a aceptar la dominación continuada de quienes previamente lo han acumulado, o de quienes tuvieran el desparpajo necesario para volver a acumularlo después de cualquier redistribución radical. Se necesitarán todavía otras formas de cálculo “económico” para ciertos propósitos, pero su alcance cuidadosamente limitado tenderá a disminuir a medida que el aumento de la abundancia material y la cooperatividad social las haga menos necesarias.

Una sociedad postrevolucionaria puede tener una organización económica en tres niveles de esta forma:

1. Ciertos bienes y servicios básicos serán libremente accesibles para todos sin ningún tipo de contabilidad.
2. Otros también serán libres, pero sólo en cantidades limitadas, racionadas.
3. Otros, clasificados como “lujos”, serán accesibles a cambio de “créditos”.

³“En la era de post-guerra fría los políticos han descubierto en el acoso al crimen un sustituto del acoso al rojo. Así como el miedo al comunismo propagó una expansión sin impedimentos del complejo industrial-militar, el acoso al crimen ha producido el crecimiento explosivo del complejo industrial-correccional, también conocido como industria de control del crimen. Los que discrepan con esta agenda de más prisiones son marcados como simpatizantes con los criminales y traidores a las víctimas. Como ningún político se arriesgará a llevar la etiqueta de ‘blando con el crimen’, una espiral interminable de políticas destructivas está barriendo el país... La represión y brutalización será promovida más bien por las instituciones que beneficiarios primeras de tales políticas. Como California incrementó su población presa de 19.000 a 124.000 personas en los pasados 16 años, se construyeron 19 nuevas prisiones. Con el incremento de prisiones, la Asociación de Funcionarios por la Paz en los Correccionales de California (CCPOA), el sindicato de carceleros, emergió como el más poderoso lobby del estado... Cuando el porcentaje del presupuesto del estado dedicado a la educación superior ha caído de un 14.4% a un 9.8%, la parte de presupuesto para prisiones aumentó de 3.9% a un 9.8%. El salario medio de un guardia de prisión en California excede los 55.000 dólares —el más alto de la nación. Este año la CCPOA, junto con la Asociación Nacional del Rifle, ha dirigido gran cantidad de dinero a promover la aprobación de la ley “three strikes, you’re out” (que hace que la tercera condena de un individuo sea automáticamente a perpetuidad), que triplicaría el tamaño actual del sistema de prisiones de California. Las mismas dinámicas que se desarrollaron en California resultarán ciertamente del proyecto anti-crimen de Clinton. A medida que una parte cada vez mayor de los recursos se invierten en la industria del control del crimen, su poder e influencia crecerá” (Dan Macallair, *Christian Science Monitor*, 20 septiembre 1994).

A diferencia del dinero, los créditos se aplicarán sólo a ciertos bienes específicos, no a la propiedad comunal básica como la tierra, los servicios públicos o los medios de producción. También tendrán probablemente fechas de expiración para evitar cualquier acumulación excesiva.

Tal sistema será muy flexible. Durante el período de transición inicial la cantidad de bienes puede ser mínima —sólo lo suficiente para que una persona pueda arreglárselas— requiriendo la mayoría de los bienes un pago por créditos ganados mediante el trabajo. A medida que pase el tiempo, cada vez será necesario menos trabajo y más bienes serán accesibles gratuitamente —la proporción entre los dos factores recíprocos seguirá estando siempre determinada por los consejos (e. g. pueden decidir trabajar más para tener más bienes gratis, o aceptar tener menos bienes gratis por menos trabajo). Algunos créditos pueden distribuirse genéricamente, recibiendo periódicamente cada personas una cierta cantidad; otros pueden ser bonos por cierto tipo de trabajos desagradables o peligrosos para los que haya escasez de voluntarios. Los consejos pueden fijar precios para determinados lujos, dejando que otros sigan la ley de la oferta y la demanda; cuando un lujo llegue a ser más abundante será más barato, quizás finalmente gratuito. Los bienes pueden moverse de un nivel a otro dependiendo de las condiciones materiales y las preferencias de la comunidad.

Estas son sólo algunas de las posibilidades⁴. Al experimentar métodos diferentes, la gente se dará pronto cuenta por sí misma de qué formas de propiedad, intercambio y contabilidad necesitan.

En cualquier caso, cualquiera que sean los problemas “económicos” que puedan permanecer, no serán serios porque los límites impuestos por la escasez serán un factor sólo en el sector de “lujos” no esenciales. El acceso universal gratuito a la comida, la ropa, la vivienda, los servicios públicos, la asistencia sanitaria, el transporte, la comunicación, la educación y las facilidades culturales podría alcanzarse casi inmediatamente en las regiones industrializadas y dentro de un breve período de tiempo en las menos desarrolladas. Muchas de estas cosas ya existen y simplemente necesitan hacerse más equivalentemente accesibles; las que no, pueden producirse fácilmente una vez que la energía social se desvíe de empresas irracionales.

Tomemos por cuestión la vivienda, por ejemplo. Los activistas por la paz han señalado a menudo que todo el mundo podría disponer de vivienda digna por menos de lo que cuestan unas semanas de despliegue militar mundial. Pensarían sin duda en una especie de vivienda mínima; pero si la cantidad de energía que la gente pierde ahora ganando dinero para enriquecer a los propietarios y las inmobiliarias se desviase hacia la construcción de nuevas viviendas, pronto todo el mundo podría ser alojado muy dignamente en efecto.

Al principio, la mayoría podría continuar viviendo donde lo hace ahora y concentrarse en construir viviendas accesibles para personas sin techo. Los hoteles y los edificios de oficinas podrían hacerse disponibles. Algunas propiedades escandalosamente extravagantes pueden requisarse y convertirse en viviendas, parques, jardines comunitarios, etc. A la vista de esta tendencia, aquellos que poseen propiedades relativamente espaciales pueden ofrecerlas para alojamiento temporal de personas sin techo mientras les ayudan a construir sus propias casas, aunque sólo sea para alejar de sí mismos el potencial resentimiento.

El próximo paso será elevar e igualar la calidad de las viviendas. Aquí como en otros campos, la meta no será una igualdad rígidamente uniforme (“todos deben tener una vivienda de tales o cuales especificaciones”), sino el sentido general de justicia de la gente, tratando los problemas sobre una base flexible, caso por caso. Si alguien siente que no ha recibido su parte puede apelar a la comunidad general, que, si la queja no es completamente absurda, hará probablemente lo imposible por compensarlo. Los compromisos tendrán que resolverse considerando quién va a vivir en lugares excepcionalmente deseables por cuánto tiempo. (Pueden compartirse mediante sorteo por una serie de personas, o ser alquilados por períodos limitados a la mejor oferta en subastas de créditos, etc.). Puede que tales problemas no se resuelvan a la completa satisfacción de todos, pero serán tratados con mucha mayor ecuanimidad ciertamente que bajo un sistema en que la acumulación de piezas mágicas de papel permite que una persona se afirme “propietaria” de una centena de edificios mientras que otras tienen que vivir en la calle.

Una vez que se han resuelto las necesidades básicas de supervivencia, la perspectiva cuantitativa del tiempo de trabajo se transformará en una nueva perspectiva cualitativa de libre creatividad. Unos cuantos amigos pueden trabajar alegremente construyendo su propia casa aunque les lleve un año concluir lo que una dotación profesional podría hacer más efectivamente en un mes. En tales proyectos se invertirá mucha más alegría, imaginación y amor, y las viviendas resultantes serán mucho más encantadoras,

⁴Otras posibilidades son presentadas en considerable detalle en *Worker's Councils and the Economics of a Self-Managed Society* (edición en *Solidarity* de Londres de un artículo de *Socialisme ou Barbarie* de Cornelius Castoriadis). Este texto está lleno de sugerencias valiosas, pero lamento que asuma que la vida se centra alrededor del trabajo y del lugar de trabajo muchos más de lo que sería necesario. Tal orientación está ya algo obsoleta y probablemente llegará a estarlo mucho más después de una revolución.

abigarradas y personales que las que hoy pasan por “dignas”. Un cartero rural francés del siglo diecinueve llamado Ferdinand Cheval gastó todo su tiempo de ocio de muchas décadas construyendo su propio castillo de fantasía. Gente como Cheval son considerados excéntricos, pero lo único anormal en ellos es que continúan ejerciendo la creatividad innata que todos poseemos, pero que normalmente se nos induce a reprimir después de la primera infancia. Una sociedad liberada dispondrá de grandes cantidades de este tipo de “trabajo” lúdico: los proyectos elegidos personalmente tendrán un atractivo tan intenso que la gente ya no se preocupará de llevar la cuenta de su “tiempo de trabajo” más que de contar las caricias cuando hacen el amor o de ahorrar el tiempo de un baile.

4.7. Absurdo de la mayor parte del trabajo actual

Hace 50 años Paul Goodman estimó que menos del 10 % del trabajo que se hacía entonces satisfaría nuestras necesidades básicas. Cualquiera que se la medida exacta (sería incluso más baja ahora, aunque dependería por supuesto de que se precise lo que consideramos necesidades básicas o razonables), está claro que la mayor parte del trabajo actual es absurdo e innecesario. Con la abolición del sistema mercantil, cientos de millones de personas ocupadas ahora en producir mercancías superfluas, o en anunciarlas, empaquetarlas, transportarlas, venderlas, protegerlas o sacar provecho de ellas (vendedores, funcionarios, capataces, directores, banqueros, agentes del bolsa, propietarios, líderes sindicalistas, políticos, policías, abogados, jueces, carceleros, guardias, soldados, economistas, diseñadores publicitarios, fabricantes de armas, inspectores de aduana, recolectores de impuestos, agentes de seguridad, consejeros de inversión, junto a sus numerosos subordinados) estarán disponibles para compartir las relativamente pocas tareas realmente necesarias.

Añádanse millones de ancianos a los que les gustaría comprometerse en actividades útiles pero que están relegados ahora a un retiro pasivo, aburrido. Y los adolescentes y hasta los niños más jóvenes, que aceptarían con entusiasmo el desafío de muchos proyectos educacionales y útiles si no estuvieran confinados en colegios inútiles diseñados para inculcar la obediencia ignorante.

Considérese entonces el gran componente de gasto incluso en trabajo innegablemente necesario. Médicos y enfermeras, por ejemplo, pierden una gran parte de su tiempo (además de rellenar hojas de seguro, preparar facturas para los enfermos, etc.) esforzándose en éxitos limitados para dominar toda suerte de problemas socialmente inducidos como lesiones ocupacionales, accidentes automovilísticos, enfermedades psicológicas y dolencias causadas por el estrés, la polución, la mala alimentación o las condiciones de vida insalubres, por no decir nada de las guerras y las epidemias que con frecuencia las acompañan —problemas que desaparecerán en gran medida en una sociedad liberada, permitiendo que los proveedores del cuidado de la salud se concentren en una medicina preventiva básica.

Considérese entonces la cantidad igualmente grande de trabajo perdido intencionalmente: trabajos diseñados solamente para mantener a la gente ocupada; supresión de métodos para ahorrar trabajo porque pueden privar a uno de él; trabajar tan lentamente como se pueda; sabotear la maquinaria para presionar a los jefes, o por simple rabia o frustración. Y no olvidemos todos los absurdos de la “ley de Parkinson” (el trabajo tiende a expandirse para rellenar el tiempo disponible), el “principio de Peter” (la gente se eleva hasta su nivel de incompetencia) y tendencias similares hilarantemente satirizadas por C. Northcote Parkinson y Laurence Peter.

Considérese también cuánto trabajo perdido se eliminará una vez que los productos estén hechos para durar en lugar de diseñarse para romperse o pasarse de moda para que la gente tenga que comprar otros nuevos. (Tras un breve período inicial de alta producción para proveer a todos de bienes durables de alta calidad, muchas industrias podrían reducirse a niveles más modestos —sólo lo suficiente para mantener aquellos bienes en buen estado, o mejorarlos ocasionalmente siempre que se desarrolle algún avance significativo).

Tomando en consideración todos estos factores, es fácil ver que en una sociedad sanamente organizada la cantidad de trabajo necesario podría reducirse a uno o dos días por semana.

4.8. Transformar el trabajo en juego

Pero una reducción cuantitativa como ésta producirá un cambio cualitativo. Como descubrió Tom Sawyer (en el capítulo 2 del libro de Mark Twain), cuando la gente no es obligada a trabajar, incluso las tareas más banales pueden llegar a ser insólitas e interesantes: el problema ya no es cómo hacer que la gente lo lleve a cabo, sino cómo acomodar a todos los voluntarios. No sería realista esperar que la gente

trabaje a tiempo completo en trabajos desagradables y sin gran significado sin vigilancia e incentivos económicos; pero la situación se vuelve completamente diferente si se trata de dedicar diez o quince horas a la semana en tareas autogestionadas, variadas y útiles a nuestra elección.

No es necesario inquietarnos por el término del trabajo. El trabajo asalariado tiene que ser abolido; el trabajo pleno de significado, libremente elegido puede ser tan divertido como cualquier otro tipo de juego. Nuestro trabajo actual produce normalmente resultados prácticos, pero no aquellos que nosotros hubiéramos elegido, mientras nuestro tiempo libre está en su mayor parte limitado a trivialidades. Con la abolición del trabajo asalariado, el trabajo llegará a ser más divertido y el juego más activo y creativo. Cuando la gente no sea conducida a la locura por su trabajo, ya no requerirá entretenimientos pasivos estúpidos para reponerse de él.

No es que haya algo malo en divertirse con pasatiempos triviales; es cuestión simplemente de reconocer que mucho de su actual atractivo procede de la ausencia de actividades plenas. Alguien cuya vida carece de aventura real puede derivar al menos un pequeño exotismo vicario de coleccionar artefactos de otros tiempos y lugares; alguien cuyo trabajo es abstracto y fragmentario puede ir muy lejos al producir un objeto concreto totalmente, aunque este objeto no tenga más significado que un arco en miniatura metido en una botella. Estos y otros innumerables hobbies revelan la existencia de impulsos creativos que florecerán realmente cuando se de el libre juego a una escala más amplia. Imagina cómo la gente que se divierte arreglando su casa o cultivando su jardín se entusiasmará ante la oportunidad de recrear a su comunidad entera; o cómo los miles de entusiastas del ferrocarril se apresurarán a aprovechar la oportunidad de reconstruir y operar versiones mejoradas de las redes de ferrocarril, que serán una de las vías principales para reducir el tráfico automovilístico.

Cuando las personas están sujetas a sospecha y regulaciones opresivas intentan naturalmente hacer lo menos posible sin ser castigadas. En situaciones de libertad y confianza mutua hay una tendencia contraria a enorgullecerse haciendo el mejor trabajo posible. Aunque algunas tareas de la nueva sociedad serán más populares que otras, las únicas realmente difíciles o desagradables tendrán probablemente voluntarios más que suficientes, en respuesta a una sensación de reto o al deseo de apreciación, cuando no a un sentido de la responsabilidad. Incluso actualmente muchas personas se alegran de prestarse voluntarios para proyectos que merecen la pena cuando tienen tiempo; mucho más lo estarán una vez que no tenga que preocuparse constantemente de cubrir sus necesidades básicas y las de su familia. En el peor de los casos, las pocas tareas totalmente impopulares tendrán que ser divididas en los turnos más breves practicables y rotar con frecuencia hasta que puedan ser automatizadas. O podrían ser subastadas para ver si alguien quiere hacerlas a cambio de tener que aportar, digamos, cinco horas a la semana en lugar de las usuales diez o quince; o por unos cuantos créditos adicionales.

Los caracteres no cooperativos serán probablemente tan raros que el resto de la población puede dejarlos en paz, en vez de molestarse en presionarlos para que hagan su pequeña cooperación. A partir de un cierto grado de abundancia se hace más sencillo no preocuparse por unos cuantos abusos que alistar a una multitud de cronometadores, contables, inspectores, informadores, espías, guardias, policías, etc., para que husmeen comprobando cada detalle y castigando cada infracción. No es realista esperar que la gente sea generosa y cooperativa cuando no hay mucho que repartir; pero un mayor excedente material creará un "margen de abuso" más amplio de modo que no pasará nada si alguien hace menos que su compañero, o toma un poco más.

La abolición del dinero impedirá a todos que tomen mucho más de lo que aporten. La mayor parte de las dudas acerca de la factibilidad de una sociedad liberada se apoya en la arraigada creencia de que el dinero (y así también su necesario protector: el estado) todavía existiría. Esta asociación de dinero y estado crea posibilidades de abuso ilimitadas (legisladores sobornados para insertar subrepticamente grietas en las leyes de impuestos, etc.); pero una vez que ambos sean abolidos desaparecerán los motivos y los medios para tales abusos. La abstracción de las relaciones de mercado permite que una persona acumule riqueza anónimamente privando indirectamente a otros miles de las necesidades básicas; pero con la eliminación del dinero cualquier monopolización significativa de bienes sería demasiado difícil de manejar y demasiado visible.

En la nueva sociedad podría darse cuenta otra forma de intercambio, la más simple y probablemente la más común será el don. La abundancia general hará fácil ser generoso. Dar es divertido y satisfactorio, y elimina las molestias de la contabilidad. El único cálculo es el que está ligado a la sana emulación mutua. "La comunidad vecina donó tal y tal cosa a una región menos favorecida; nosotros podemos seguramente hacer lo mismo". "Ellos dieron una fiesta magnífica; veamos si podemos hacer una mejor". Una pequeña rivalidad amistosa (quién puede crear la nueva receta más deliciosa, cultivar una hortaliza superior, resolver un problema social, inventar un juego nuevo) beneficiará a todos, incluso a los perdedores.

Una sociedad liberada funcionará probablemente en gran medida como una fiesta de potlach. La mayor parte de las personas disfrutan preparando un plato que otros degustarán; pero aunque algunos no lleven nada hay suficiente todavía para repartir. No es esencial que todos colaboren exactamente en la misma medida, porque las tareas serían tan pequeñas y se distribuirían tan ampliamente que nadie estará sobrecargado. Puesto que todos estarán directamente involucrados, no será preciso investigar a nadie ni instituir castigos por falta de cooperación. El único elemento de “coerción” será la aprobación o desaprobación de los demás participantes: el agradecimiento provee estímulos positivos, y hasta la persona más desconsiderada se da cuenta de que si no contribuye consistentemente empezará a recibir miradas extrañas y podrá no ser invitado otra vez. La organización sólo es necesaria si se tropieza con algún problema. (Si hay normalmente demasiados postres y no suficientes primeros platos, el grupo puede decidir coordinar quién traerá cada cosa. Si unas cuantas almas generosas acaban sosteniendo una cooperación injusta del trabajo de limpieza, un codazo gentil bastará para que otros se avergüencen y se ofrezcan, o se trazará una suerte de rotación sistemática).

Ahora, por supuesto, tal cooperación espontánea es la excepción, que se encuentra principalmente donde los vínculos comunales tradicionales han persistido, o entre grupos pequeños, autoseleccionados de personas animadas por los mismo sentimientos en regiones donde las condiciones no son demasiado miserables. En el mundo en que el hombre de personas animadas por los mismos sentimientos en regiones donde las condiciones no son demasiado miserables. En el mundo en que el hombre es un lobo para el hombre las personas cuidan naturalmente de sí mismas y sospechan de los demás. A menos que el espectáculo les conmueva con alguna historia sentimental de interés humano, se preocupan normalmente poco por quienes están fuera de su círculo inmediato. Cargadas de frustraciones y resentimientos, hasta pueden sentir un placer pernicioso estropeando los placeres de otras personas.

Pero a pesar de todo lo que desalienta su humanidad, a la mayoría de la gente, si se les da una oportunidad, le gusta sentir todavía que están haciendo cosas útiles, y ser apreciados por ello. Adviértase cómo cogen la más leve oportunidad de crear un momento de reconocimiento mutuo, aunque sólo sea abriendo una puerta a alguien o intercambiando algunos comentarios banales. Si surge una inundación o un terremoto o cualquier otra emergencia, hasta el más egoísta y cínico con frecuencia se precipita a actuar, trabajando veinticuatro horas al día para rescatar personas, entregar comida y primeros auxilios, etc., sin ninguna compensación sino la gratitud de los demás. Es por esto por lo que las personas evocan con frecuencia guerras o desastres naturales con lo que puede parecer un sorprendente grado de nostalgia. Como la revolución, tales acontecimientos rompen con las separaciones sociales usuales, da a todos la oportunidad de hacer cosas que realmente importan, y produce un fuerte sentimiento de comunidad (aunque sea uniendo a la gente contra un enemigo común). En una sociedad liberada estos impulsos sociales podrán florecer sin que sean necesarios pretextos tan extremos.

4.9. Objeciones tecnofóbicas

Actualmente la automatización con frecuencia no hace mucho más que expulsar a algunas personas de su trabajo mientras se intensifica la regimentación de aquellos que permanecen en él; si alguna vez se gana realmente tiempo gracias a los dispositivos de “ahorro de trabajo”, se gasta normalmente en un consumo pasivo igualmente alienado. Pero en un mundo liberado los ordenadores y otras tecnologías modernas podrían utilizarse para eliminar tareas peligrosas o aburridas, liberando a todos para concentrarse en actividades más interesantes.

Sin contemplar tales posibilidades, y comprensiblemente disgustadas por el uso actual de muchas tecnologías, muchas personas han llegado a ver la “tecnología” misma como el principal problema y reclaman un retorno a un estilo de vida más simple. Cuánto más simple es motivo de debate —como se descubren defectos en cada período, hacen retroceder cada vez más la línea divisoria. Algunos, considerando la Revolución Industrial como el principal villano, difunden elogios impresos a ordenador de la artesanía manual. Otros, viendo en la invención de la agricultura el pecado original, sienten que deberíamos volver a una sociedad de cazadores-recolectores, aunque no tienen muy claro lo que prevén para la población humana actual que no podría sostenerse sobre una tal economía. Otros, para no quedar por debajo, presentan argumentos elocuentes que prueban que el desarrollo del lenguaje y del pensamiento racional fue el origen real de nuestros problemas. Todavía hay quien sostiene que el género humano entero es tan incorregiblemente malvado que debería extinguirse altruistamente para salvar al resto del ecosistema mundial.

Estas fantasías contienen tantas contradicciones obvias que casi no es necesario criticarlas en detalle. Da una relevancia cuestionable a las sociedades del pasado real y no tienen casi nada que ver con las po-

sibilidades presentes. Incluso suponiendo que la vida fuera mejor en una u otra era previa, tenemos que empezar desde donde nos hallamos. La tecnología moderna está tan entrelazada con todos los aspectos de nuestra vida que no podría interrumpirse abruptamente sin causar un caos mundial que aniquilaría a billones de personas. Los postrevolucionarios decidirán probablemente reducir de modo progresivo el índice de población humana y ciertas industrial, pero esto no puede hacerse la noche a la mañana. Tenemos que considerar seriamente cómo vamos a tratar con todos los problemas prácticos que se formularán en el ínterin.

Si alguna vez la gente llegara a encontrarse en tal situación práctica después de una revolución, dudo que los tecnófobos quisieran realmente eliminar las sillas de ruedas motorizadas; o desenchufar el ingenioso dispositivo informático que permite al físico Stephen Hawking comunicarse a pesar de estar totalmente paralizado; o dejar que muera en un parto una mujer que podría salvarse por procedimientos técnicos; o aceptar la reemergencia de enfermedades que en el pasado mataban o discapacitaban normalmente de modo permanente a un porcentaje amplio de la población; o resignarse a no visitar nunca o comunicarse con gente de otras partes del mundo a menos que se hallen a una distancia que pueda recorrerse a pie; o quedarse parado sin intervenir mientras muere gente en hambrunas que podrían evitarse mediante el transporte mundial de comida.

El problema es que mientras tanto esta ideología cada vez más de moda desvía la atención de los problemas y posibilidades reales. Un dualismo maniqueo simplista (la naturaleza es lo Bueno, la tecnología es lo Malo) hace que ignoremos complejos procesos históricos y dialécticos; es mucho más fácil culpar de todo a algún mal primordial, una especie de diablo o pecado original. Lo que empieza como un cuestionamiento válido de la fe excesiva en la ciencia y en la tecnología acaba como una desesperada y aún menos justificada fe en el retorno a un paraíso primordial, acompañado de un fracaso al abordar el sistema presente, si no es de una manera abstracta y apocalíptica⁵.

Tecnófilos y tecnófobos tratan la tecnología de modo igualmente separado de otros factores sociales, difiriendo sólo en sus conclusiones igualmente simplistas en que las nuevas tecnologías dan automáticamente más poder a la gente o son automáticamente alienantes. En la medida en que el capitalismo aliena todas las producciones humanas en fines autónomos que escapan al control de sus creadores, las tecnologías compartirán esta alienación y serán utilizadas para reforzarla. Pero cuando la gente se libera de esta dominación, no tendrán problema en rechazar aquellas tecnologías que sean perjudiciales mientras adaptan otras para fines beneficiosos.

Ciertas tecnologías —el poder nuclear es el ejemplo más obvio— son en efecto tan peligrosas que no dudarán en llevarlas a una interrupción inmediata. Muchas otras industrias que producen mercancías absurdas, obsoletas o superfluas, cesarán automáticamente, por supuesto, con la interrupción de sus fundamentos comerciales. Pero muchas tecnologías (electricidad, metalurgia, refrigeración, instalaciones sanitarias, imprenta, grabación, fotografía, telecomunicaciones, herramientas, textiles, máquinas de coser, equipamiento agrícola, instrumentos quirúrgicos, anestesia, antibióticos, entre otras docenas de ejemplos que le vendrán al lector a la cabeza), aunque actualmente puede que se abuse de ellas, tienen pocas si es que alguna desventaja inherente. Se trata simplemente de utilizarlas de un modo más sensato, llevándolas bajo control popular, introduciendo algunas mejoras ecológicas y rediseñándolas para fines humanos en vez de capitalistas.

Otras tecnologías son más problemáticas. Todavía serán necesarias en alguna medida, pero sus aspectos nocivos e irracionales se reducirán progresivamente, normalmente por desgaste. Si se considera la industria del automóvil como un todo, incluyendo su vasta infraestructura (fábricas, calles, autopistas, gasolineras, pozos de petróleo) y todos sus inconvenientes y costos ocultos (atascos, aparcamiento, reparaciones, seguros, accidentes, contaminación, destrucción urbana), está claro que serían preferibles muchos otros métodos alternativos. El hecho sigue siendo que esta infraestructura está todavía ahí. La nueva sociedad continuará utilizando indudablemente los automóviles y los camiones existentes durante unos años, mientras se concentra en el desarrollo de modos más sensatos de transporte para reemplazarlos gradualmente cuando se desgasten. Vehículos personales con motores no contaminantes pueden continuar indefinidamente en las áreas rurales, pero la mayor parte del tráfico urbano actual (con algunas excepciones como camiones de reparto, coches de bombero, ambulancias, y taxis para personas discapacitadas)

⁵Fredy Perlman, autor de una de las expresiones más extremas de esta tendencia, *Against His-story, Against Leviathan!* (Black & Red, 1983), aportó la mejor crítica de su propia perspectiva en su libro anterior sobre C. Wright Mills, *The Incoherence of the Intellectual* (Black & Red, 1970): "E incluso aunque Mills rechazase la pasividad con la que los hombres aceptaban su propia fragmentación, ya no luchó contra ella. El hombre autodeterminado coherente llega a ser una criatura exótica que vivió en un pasado distante y en unas circunstancias materiales extremadamente diferentes. . . El movimiento fundamental ya no es el programa de la derecha que pueda oponerse al de la izquierda; ahora es un espectáculo externo que sigue su curso como una enfermedad. . . La grieta entre teoría y práctica, pensamiento y acción, se amplía; los ideales políticos ya no pueden traducirse en proyectos prácticos".

ciudades) podría ser evitado con diversas formas de tránsito público, permitiendo que muchas carreteras y calles se conviertan en parques, jardines, plazas y caminos para bicicletas. Los aviones se reservarán para viajes intercontinentales (racionados si fuera necesario) y para determinados tipos de envíos urgentes, pero la eliminación del trabajo asalariado dejará tiempo a la gente para modos de viajar más pausados —barco, tren, bicicleta, paseo.

Aquí como en otros campos, incumbe a la gente involucrada experimentar con diferentes posibilidades para ver cuál funciona mejor. Una vez que la gente tenga el poder de determinar los objetivos y condiciones de su propio trabajo, presentará naturalmente todo tipo de ideas que harán que el trabajo sea más breve, seguro y agradable; y tales ideas, ya no patentadas o guardadas celosamente como “secretos comerciales”, se extenderán rápidamente e inspirarán mejoras adicionales. Con la eliminación de los motivos comerciales, la gente también será capaz de dar el peso apropiado a los factores sociales y ambientales además de consideraciones puramente cuantitativas del tiempo de trabajo. Si, digamos, la producción de ordenadores supone actualmente algún trabajo sobre-explotado o causa alguna contaminación (aunque mucha menor que las clásicas industrias de “chimeneas”), no hay razón para creer que no puedan imaginarse otros métodos muchos mejores una vez que la gente se mentalice para ello —muy probables precisamente mediante el uso juicioso de la automatización informática. (Afortunadamente, el trabajo más repetitivo es normalmente el más fácil de automatizar). La regla general será simplificar las manufacturas básicas de forma que facilite una flexibilidad óptima. Las técnicas se harán más uniformes y comprensibles, de manera que personas con un aprendizaje general mínimo podrán llevar a cabo la construcción, reparación, alteraciones y otras operaciones que antiguamente requerían entrenamiento especializado. Las herramientas, electrodomésticos, materiales brutos, partes de máquinas y módulos arquitectónicos básicos se estandarizarán probablemente y se producirán en masa, dejando a las “industrias artesanales” los refinamientos específicos a pequeña escala y los aspectos finales y potencialmente más creativos a los usuarios individuales. Una vez que el tiempo deje de ser oro puede que contemplemos, como William Morris deseaba, un revival de artes y oficios primorosos que requieran un largo “trabajo” realizados y dados alegremente por gente que cuida de sus creaciones y de la gente para que están destinadas.

Algunas comunidades pueden preferir mantener una cantidad moderada de tecnología pesada (ecológicamente saneada); otras pueden optar por estilos de vida más simples, aunque apoyados por medios técnicos para facilitar esta simplicidad o para emergencias. Los generadores de energía solar y las telecomunicaciones vía satélite, por ejemplo, permitirán a la gente habitar en los bosques sin necesidad de líneas eléctricas o telefónicas. Si la energía solar generada en la Tierra y otros recursos de energía renovable se mostrasen insuficientes, inmensos receptores solares en órbita podrían transmitir una cantidad casi ilimitada de energía no contaminante.

Incidentalmente, la mayor parte de las regiones del tercer mundo viven en la zona caliente donde la energía solar puede ser más efectiva. Aunque su pobreza presentará algunas dificultades iniciales, sus tradiciones de autosuficiencia cooperativa además del hecho de que no están gravadas con infraestructuras industriales obsoletas pueden darles algunas ventajas compensatorias cuando se trate de crear nuevas estructuras ecológicamente apropiadas. Haciendo uso selectivamente de las regiones desarrolladas para obtener cualquier información o tecnologías, decidirán por sí mismos qué necesitan, podrán saltar por encima del horrible estado “clásico” de industrialización y acumulación de capital y proceder directamente a formas postcapitalistas de organización social. Ni tampoco se producirá la influencia necesariamente en un único sentido: uno de los experimentos sociales más avanzados de la historia se llevó a cabo durante la revolución española por campesinos analfabetos que vivían bajo condiciones casi tercermundistas.

Se cree vulgarmente (y equivocadamente) que una revolución mundial necesitará que las personas de los países desarrollados acepten un triste período transicional de “bajas expectativas” para permitir que las regiones menos desarrolladas se pongan a su nivel. Esta errónea concepción común procede de la falsa asunción de que la mayor parte de los productos actuales son deseables y necesarios —implicando que dar más a los otros supone menos por nosotros. En realidad, una revolución en los países desarrollados superará inmediatamente tantas mercancías y asuntos absurdos que incluso aunque supusiese que determinados bienes y servicios se redujesen temporalmente, la gente todavía estaría mejor que ahora incluso en términos materiales (además de estar mucho mejor en términos “espirituales”). Una vez que se han resuelto sus propios problemas inmediatos, muchos de ellos asistirán de modo entusiasta a los menos afortunados. Pero esta asistencia será voluntaria, y en su mayor parte no acarreará ningún auto-sacrificio serio. Dar trabajo o materiales de construcción o conocimientos arquitectónicos para que otros puedan construir casas por sí mismos, por ejemplo, no requerirá dismantelar la propia casa de uno. La riqueza potencial de la sociedad moderna consiste no sólo en bienes materiales, sino en conocimiento,

ideas, técnicas, ingenio, entusiasmo, compasión y otras cualidades es que se incrementan realmente al compartirlas.

4.10. Temas ecológicos

Una sociedad autogestionada dará naturalmente curso a la mayoría de las demandas ecológicas actuales. Algunas son esenciales para la propia supervivencia de la humanidad; pero por razones tanto estéticas como éticas, la gente liberada elegirá indudablemente ir más allá de este mínimo y promover una rica biodiversidad.

Lo importante es que sólo podremos debatir tales temas libres de prejuicios cuando hayamos eliminado los incentivos a la explotación y la inseguridad económica que socavan ahora incluso los menores esfuerzos para defender el entorno (los madereros temen perder sus trabajos, la miseria crónica tienta a los países del tercer mundo a vender sus recursos forestales, etc.)⁶.

Cuando se culpa a la humanidad como especie de la destrucción del entorno, las causas específicamente sociales se olvidan. Los pocos que toman las decisiones se mezclan con la mayoría impotente. Las hambrunas se ven como venganzas de la naturaleza por la sobrepoblación, como reacciones naturales que conviene dejar que sigan su curso —como si fuera algo natural que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional obliguen a los países del tercer mundo a cultivar productos para la exportación en vez de comida para el consumo local. Se hace que la gente se sienta culpable por utilizar coches, ignorando el hecho de que las compañías automovilísticas (adquiriendo y saboteando sistemas electrónicos de tránsito, cabildeando para la construcción de autopistas y contra los subsidios a los ferrocarriles, etc.) han creado una situación en que la mayoría de la gente tiene que tenerlo. La publicidad espectacular urge seriamente a todos a que reduzcan el consumo de energía (mientras se incita constantemente a consumir más de todo), a pesar de que podríamos haber desarrollado ya fuentes de energía limpias y renovables más que suficientes si las compañías de combustible fósil no hubiesen cabildeado con éxito para que no se dedique ningún fondo significativo para la investigación con estos fines.

No es cuestión siquiera de culpar a los líderes de estas compañías —están igualmente atrapados en un sistema de crecimiento o muerte que les impele a tomar tales decisiones— sino de abolir el sistema que produce continuamente tales presiones irresistibles.

Una sociedad liberada podría acoger tanto a las comunidades humanas como a regiones lo bastante amplias de naturaleza no perturbada para satisfacer a la mayor parte de los ecologistas profundos. Entre estos dos extremos me gusta pensar que habrá todo tipo de interacciones humanas imaginativas, aunque cuidadosas y respetuosas con la naturaleza. Cooperar con ella, trabajar con ella, jugar con ella; crear abigarradas mezclas de bosques, granjas, parques, jardines, huertos, riachuelos, pueblos, ciudades.

Las grandes ciudades serán parceladas, desconcentradas, “reverdecidas”, y reordenadas en una diversidad de formas que incorporen y superen las visiones de los arquitectos y urbanistas más imaginativos del pasado (que estaban normalmente limitados por su asunción de la permanencia del capitalismo). Excepcionalmente, algunas ciudades mayores, especialmente aquellas que tengan algún interés histórico o estético, mantendrán o incluso ampliarán sus rasgos cosmopolitas, proveyendo grandes centros donde culturas y estilos de vida diversos puedan darse cita⁷.

Algunas personas, inspiradas por las antiguas exploraciones “psicogeográficas” y las ideas sobre el “urbanismo unitario” de los situacionistas, construirán elaborados decorados móviles diseñados para facilitar las deambulaciones laberínticas a través de ambientes diversos —Ivan Chitchevlov imaginó “montajes de castillos, grutas, lagos”, “habitaciones que invitan al sueño más que cualquier droga” y gente viviendo en sus propias “catedrales” personales (“Formulario para un nuevo urbanismo”). Otros pueden inclinarse más por la definición que un poeta del Lejano Oriente hacían de la felicidad como vivir en una cabaña al lado de un riachuelo montaraz.

Si no hay suficientes catedrales o riachuelos para repartir, es posible que tenga que establecerse algún compromiso. Pero si lugares como Chartres y Yosemite están actualmente saturados, es sólo porque el resto del planeta ha sido tan afeado. Cuando otras áreas naturales sean revitalizadas y cuando los hábitats humanos se hagan más hermosos e interesantes, ya no será necesario que unos cuantos sitios

⁶Isaac Asimov y Frederick Pohl: *Our Angry Earth: A Ticking Ecological Bomb* (Tor, 1991) está entre los resúmenes más convincentes de esta situación desesperada. Tras demostrar lo inadecuado de las políticas actuales para resolverla, los autores proponen algunas reformas drásticas que pueden posponer las peores catástrofes; pero no es probable que tales reformas se llevaran a cabo mientras el mundo esté dominado por los intereses en conflicto de los estados-nación y las corporaciones multinacionales.

⁷Para una buena cantidad de penetraciones sugestivas sobre las ventajas e inconvenientes de diferentes tipos de comunidades urbanas, pasado, presente y potencial, recomiendo dos libros: Paul y Percival Goodman: *Communitas* y Lewis Mumford: *The City in History*. El último es uno de los análisis más penetrantes y comprensivos de la sociedad humana nunca escritos.

excepcionales acomoden a millones de personas desesperadas por evadirse del bullicio. Por el contrario, puede que mucha gente gravitara incluso hacia las regiones más miserables porque éstas serán las “nuevas fronteras” donde tendrán lugar las transformaciones más excitantes (los edificios feos que son demolidos para permitir una reconstrucción experimental desde cero).

4.11. El florecimiento de comunidades libres

La liberación de la creatividad popular generará animadas comunidades que superarán a Atenas, Florencia, París y otros famosos centros del pasado, en los que la plena participación estaba limitada a minorías privilegiadas. Aunque puede que algunas personas prefieran permanecer solitarias y autosuficientes (ermitaños y nómadas podrán mantenerse aislados excepto por unos cuantos arreglos con las comunidades próximas), la mayoría preferirá probablemente el goce y la conveniencia de hacer las cosas juntos, e instalarán todo tipo de talleres, bibliotecas, laboratorios, lavanderías, cocinas, panaderías, cafés, clínicas, estudios, salas de conciertos, auditorios, saunas, gimnasios, lugares de recreo, ferias y mercadillos de trueque públicos (sin olvidar algunos espacios tranquilos para compensar todo lo socializado). Los bloques de viviendas pueden convertirse en complejos más unificados, conectando algunos de los edificios mediante pasajes y arcadas y eliminando vallas entre patios para crear un parque interior más amplio, jardines o áreas de juego para los niños. La gente podría elegir entre varios tipos y grados de participación, e. g. sea inscribiéndose un par de días al mes como cocinero, fregaplatos o jardinero, lo que le daría derecho a comer en una cafetería comunal o cultivando la mayor parte de su comida y cocinándola por sí mismos.

En todos estos ejemplos hipotéticos es importante tener presente la diversidad de culturas que se desarrollará. En una, cocinar puede verse como un fastidio tedioso que debe aminorarse en la medida de lo posible y repartirse justamente; en otra puede ser una pasión o un ritual social apreciado que atraerá voluntarios entusiastas más que suficientes.

Algunas comunidades, como Paradigma III en *Communitas* (teniendo en cuenta el hecho de que el esquema de Paul y Percival Goodman asume todavía la existencia del dinero), pueden mantener una aguda distinción entre el sector gratuito y el sector de lujo. Otras pueden desarrollar modelos sociales más orgánicamente integrados, en línea con Paradigma II del mismo libro, intentando una unidad máxima de producción y consumo, actividad manual e intelectual, educación científica y estética, armonía social y psicológica, incluso al precio de una eficiencia puramente cuantitativa. El estilo de Paradigma III puede ser más apropiado para una forma transicional inicial, cuando la gente todavía no esté acostumbrada a las nuevas perspectivas y desee tener un marco económico de referencia fijado que le dé una sensación de seguridad contra potenciales abusos. Cuando la gente haya eliminado los defectos del nuevo sistema y desarrollado una mayor confianza mutua, tenderá más probablemente al estilo de Paradigma II.

Como en las encantadoras fantasías de Fourier, pero sin sus excentricidades y con mucha mayor flexibilidad, las personas podrán comprometerse en una variedad de actividades de acuerdo con afinidades elaboradamente interrelacionadas. Una persona puede ser miembro regular de ciertos grupos permanentes (de afinidad, consejo, colectivo, barrial, ciudad, región) mientras sólo tome parte temporalmente en varias actividades ad hoc (como hace la gente hoy en los clubs, redes de aficionados a algún hobby, asociaciones de ayuda mutua, grupos dedicados a una u otra cuestión política y proyectos que resulta más sencillo llevar a cabo colectivamente; e. g., la edificación de un granero por un grupo de vecinos). Las asambleas locales llevarán la cuenta de las ofertas y las demandas; darán a conocer las decisiones de otras asambleas y el estado actual de los proyectos en curso o de los problemas todavía irresueltos; y fundarán bibliotecas, centralitas y redes electrónicas para reunir y difundir información de todo tipo y relacionar a personas de gustos comunes. Los medios serán accesibles para cualquiera, permitiéndoles expresar sus propios proyectos, problemas, propuestas, críticas, entusiasmos, deseos, visiones particulares. Las artes y oficios tradicionales continuarán, pero sólo como una faceta de una vida constantemente creativa. Las personas tomarán todavía parte, con más entusiasmo que nunca, en deportes y juegos, ferias y festivales, música y danza, haciendo el amor y criando niños, construyendo y remodelando, enseñando y aprendiendo, disfrutando del campo o viajando; pero nuevos géneros y artes de vivir que nosotros casi no podemos imaginar actualmente se desarrollarán también.

Gente más que suficiente se sentirá atraída por los proyectos socialmente necesarios, en agronomía, medicina, ingeniería, innovación educativa, restauración del entorno y demás, sin otro motivo que el hecho de encontrarlos interesantes y satisfactorios. Otros pueden preferir actividades menos utilitarias. Algunos vivirán una vida doméstica bastante tranquila; otros se lanzarán a aventuras más atrevidas, o a correrse grandes juergas en fiestas y orgías; aún otros pueden dedicarse a mirar los pájaros, cambiar

fanzines, o coleccionar singulares memorabilia de los tiempos prerrevolucionarios, o a cualquiera de un millón de otros proyectos. Todos podrán seguir sus propias inclinaciones. Si alguno se hunde en una existencia de espectador pasivo, probablemente se aburrirá en algún momento e intentará empresas más creativas. Y si no, será asunto suyo; no dañará a nadie más.

Para quien encuentre la utopía en la tierra demasiado insípida y quiera apartarse realmente de todo, la exploración y colonización del sistema solar —quizás finalmente incluso la emigración a otras estrellas— aportará una frontera que nunca tendrá fin.

Pero puede decirse lo mismo sobre las expropiaciones del “espacio interior”.

4.12. Problemas más interesantes

Una revolución antijerárquica no resolverá todos nuestros problemas; simplemente eliminará algunos de los más anacrónicos, permitiéndonos atacar problemas más interesantes.

Si el presente texto parece descuidar los aspectos “espirituales” de la vida, es porque yo quería poner el énfasis en algunos asuntos materiales básicos que con frecuencia se pasan por alto. Pero estos asuntos materiales son sólo la infraestructura. Una sociedad liberada se basará mucho más en la alegría, el amor y la generosidad espontánea que en reglas rígidas o cálculo egoísta. Podemos probablemente tener un sentido más vívido de lo que podría ser a través de visionarios como Blake o Whitman que con debates pedantes acerca de créditos económicos y delegados revocables.

Sospecho que una vez que las necesidades materiales básicas de la gente sean generosamente resueltas y ya no esté sujeta a una barrera constante de excitación comercial, la mayoría (tras una breve borrachera de indulgencia en cosas de las que previamente había estado privada) encontrará la mayor satisfacción en estilos de vida relativamente simples y desprendidos. Las artes eróticas y del gusto serán indudablemente enriquecidas de muchas formas, pero simplemente como facetas de vidas plenas y equilibradas, que incluyen también una gama amplia de proyectos intelectuales, estéticos y espirituales.

La educación, que ya no se limitaría a acondicionar a la gente joven para un estrecho papel en una economía irracional, se convertirá en una actividad entusiasta para toda la vida. Además de cualquier tipo de institución de educación formal que pueda todavía darse, la gente tendrá acceso al instante a través de libros y ordenadores a información sobre cualquier tema que quieran explorar, y podrán obtener experiencia directa en todo tipo de artes y destrezas, o buscar a cualquiera para instrucción o discusión personal —como los antiguos filósofos griegos debatiendo en público en el ágora, o los chinos medievales cruzando las montañas en busca del más inspirado maestro Zen.

Los aspectos religiosos que ahora sirven como mero escape psicológico de la alienación social se desvanecerán, pero las cuestiones básicas que han encontrado una expresión más o menos distorsionada en la religión permanecerán. Todavía habrá penas y pérdidas, tragedias y frustraciones, enfrentaremos todavía la enfermedad, la vejez y la muerte. Y en el proceso de intentar imaginar qué significa todo esto, si es que significa algo, y qué hacer con ello, algunos redescubrirán aquello que Aldous Huxley, en *La filosofía perenne*, llama el máximo factor común de la conciencia humana.

Puede que otros cultivaran sensibilidades estéticas exquisitas como los personajes de la Historia de Genji, de Murasaki o desarrollarán elevados géneros metaculturales como “El juego de los abalorios” en la novela de Hermann Hesse (liberado de los límites materiales que antiguamente confinaban tales actividades a pequeñas élites).

Me gusta pensar que al alternarse, combinarse y desarrollarse estas actividades diversas, habrá una tendencia general hacia la reintegración personal vislumbrada por Blake, y hacia las genuinas relaciones “Yo-Tu” previstas por Martin Buber. Una revolución espiritual permanente en la que la comunión gozosa no impedirá la rica diversidad y la “generosa contención”. *Hojas de hierba*, donde Whitman expresaba sus esperanzas sobre las potencialidades de la América de su tiempo, quizás sea tan apropiado como otra cosa para sugerir el estado expansivo de la mente de tales comunidades de hombres y mujeres realizados, que trabajan y juegan extáticamente, que aman y holgazanean, que recorren el Camino Abierto sin fin.

Con la proliferación de culturas continuamente se desarrollan y cambian, el viaje puede llegar a ser de nuevo una aventura impredecible. El viajero podría “ver las ciudades y aprender las costumbres de muchas personas diferentes” (La Odisea) sin los peligros y desilusiones enfrentados por los vagabundos y exploradores del pasado. Deslizándose de escena en escena, de encuentro en encuentro; pero deteniéndose ocasionalmente, como aquellas figuras humanas apenas visibles de las pinturas paisajísticas chinas, sólo para contemplar la inmensidad, para comprender que todos nuestros hechos y dichos son sólo murmullos en la superficie de un vasto, insondable universo.

Estas son sólo unas cuantas sugerencias. No estamos limitados a fuentes radicales de inspiración. Toda

suerte de espíritus creativos del pasado han manifestado o imaginado alguna de nuestras casi ilimitadas posibilidades. Podemos inspirarnos en cualquiera de ellos en la medida en que nos preocupemos por desenredar los aspectos relevantes de su contexto original alienado.

Las obras más grandes no nos dicen tanto algo nuevo como nos recuerdan cosas que hemos olvidado. Todos tenemos indicaciones de lo que la vida puede ser en su mayor riqueza —recuerdos de la primera infancia, cuando las experiencias eran todavía frescas y no reprimidas, pero también momentos posteriores ocasionales de amor o camaradería o creatividad entusiasta, tiempos en que estamos impacientes porque llegue la mañana para continuar algún proyecto, o simplemente para ver lo que traerá el nuevo día. Extrapolar estos momentos probablemente nos da la mejor idea de cómo podría ser el mundo entero. Un mundo, como el que Whitman vislumbró,

Donde los hombres y mujeres no tomen las leyes en serio,
Donde el esclavo deje de existir, y el amo de los esclavos,
Donde el populacho se levante inmediatamente contra la audacia inacabable de los elegidos, . . .
Donde los niños aprendan a obrar por cuenta propia, y a depender de sí mismos,
Donde la ecuanimidad se ilustren en hechos,
Donde las especulaciones sobre el alma sean estimuladas,
Donde las mujeres caminen en procesión pública en las calles igual que los hombres,
Donde entren en la asamblea pública y toman sitio igual que los hombres. . .
¡Las formas primordiales surgen!
Formas de la democracia total, resultados de siglos,
Formas que proyectan incluso otras formas,
Formas de turbulentas ciudades masculinas,
Formas de los amigos y anfitriones del mundo,
Formas que abrazan la tierra, y son abrazadas por la tierra entera.